



HARLEQUIN™



DIANA
PALMER
Hielo y fuego

Como si se tratara de una de las heroínas de sus libros, la autora de best sellers Margie Silver estaba dispuesta a aceptar el reto que le planteaba Cal Van Dyne, un arrogante millonario que se oponía a que su hermano pequeño se casara con la hermana de Margie. Ésta, por el contrario, estaba convencida de que esa boda debía celebrarse; lo que no esperaba era el cínico juego de amor en el que el empresario iba a intentar envolverla al llegar a su lujosa finca de Florida. De pronto Margie estaba jugándose el futuro de su hermana... y el suyo frente a un apasionado oponente acostumbrado a obedecer únicamente sus propias reglas. Esta vez, sin embargo, había encontrado una adversaria a su medida.



Diana Palmer

Hielo y fuego

ePub r1.0

Capítulo 1

Margie Silver sabía muy bien que iba a atraer las miradas de los comensales masculinos que cenaban en aquel restaurante tan selecto de Atlanta en el que se hallaba sentada, esperando. El color de su vestido de seda, un verde muy vivo, era de por sí llamativo, pero lo verdaderamente imponente era el corte: de manga larga, ceñido y con un escote muy pronunciado, en pico, que bajaba casi hasta la cintura, rodeada por un ancho cinturón. Unido a la melena negra y a los ojos verdes de Margie, el efecto de aquel vestido era explosivo. La falda tenía una abertura lateral que subía hasta encima de la rodilla y dejaba entrever las piernas, largas, cubiertas por unas medias muy finas que enfundaban también los pies, pequeños y calzados con zapatos negros de tacón alto, muy sexy.

Bebió un sorbo de su ginger-ale. Los dedos de Margie, que en ese momento sujetaban el vaso, eran largos, de pianista. Llevaba las uñas pintadas de rosa. Aunque tenía el aspecto de una modelo de alta costura, en realidad se ganaba la vida escribiendo novelas románticas de tipo histórico bajo el seudónimo de Silver McPherson, una autora muy famosa. No le estaba permitido mencionarlo esa noche, porque semejante revelación caería como un jarro de agua fría sobre el nuevo amor de su hermana Jan. Margie tenía el presentimiento de que aquella invitación a cenar tan de última hora encubría un cara a cara con el futuro cuñado de Jan, el ricachón, y

había elegido ese vestido tan llamativo con el deseo expreso de provocar.

Frunció los labios, irritada. Cuando Jan la había llamado esa tarde, estaba escribiendo y se hallaba en medio de una escena especialmente difícil. Su hermana le había rogado que estuviera en el restaurante a las siete; eran las siete y media y no había ni rastro de Jan. Estaba furiosa.

Cambió de postura y se miró el vestido de seda con expresión divertida. Jan iba a quedarse horrorizada: le había explicado que los Van Dyne eran muy conservadores en cuanto a las formas, y también lo que pensaba el hermano mayor de las mujeres llamativas y estridentes. Había advertido a su hermana mayor que se mostrara comedida, y le había sugerido que se vistiera como una monja. Así que Margie, naturalmente, como detestaba que le dieran órdenes, había sacado del armario el vestido más llamativo y se había maquillado como una vedette.

Le brillaban los ojos sólo con imaginarse cómo reaccionaría Jan, para no hablar de Andrew Van Dyne y su hermano mayor. Si lo que Jan había pretendido era crear un encuentro improvisado entre ellos, se iba a divertir de lo lindo.

«Por favor, Margie, compórtate como una adulta», decía Jan, refunfuñando, cada vez que le daba por hacer una de sus extravagancias, como colocar una estatua de Venus, completamente desnuda, delante de su casa, cuando sabía que la pobre señora James, su vecina, pasaba un apuro tremendo cada tarde al cruzar por allí para ir a regar sus propias plantas. Por lo menos en la foto de la solapa de su última novela, *Ardiente pasión*, aparecía sólo su cara. Había amenazado a Jan con fotografiarse en salto de cama, y su hermana le había asegurado que, si se atrevía a hacer tal cosa, emigraría y se marcharía a vivir a otro país.

Pero ella seguiría viviendo como le apeteciera y urdiendo nuevas maneras de escandalizar a Jan. Su matrimonio, que había sido muy breve, estaba en el origen de aquel modo de comportarse suyo tan alocado. Las extravagancias eran su manera de protegerse del

mundo y encubrir su vulnerabilidad. Su marido había muerto en accidente dos meses después de la boda, y para ella había sido casi un alivio, pues ya para entonces había perdido todas sus ilusiones en lo que se refiere a la intimidad con un hombre y al matrimonio. Había aprendido la lección: uno no conoce de verdad al otro hasta que no convive con él y tenía buenas razones para recordarlo.

En aquella época, con apenas veinte años, creía realmente que estaba enamorada de Larry Silver. Él era joven y, aparentemente, tenía un carácter agradable y una prometedora carrera de abogado. Habían salido unas cuantas veces, luego se casaron y pronto descubrieron que eran incompatibles. Larry murió al cabo de dos meses en un accidente de avión y ella, más que destrozada, se sentía culpable. Habían transcurrido cinco años y desde entonces Margie no se tomaba nada demasiado en serio. Tomarse las cosas en serio era un suicidio mental, solía decirle a Jan, aunque a menudo pensaba que su hermana menor no se dejaba engañar por su aparente superficialidad.

Dio otro sorbo a su ginger-ale y suspiró. Si Jan y Andy no aparecían en los diez minutos siguientes, se marcharía. Faltaba apenas un mes para la fecha límite que le había marcado su editor, no tenía tiempo para andar saliendo a cenar con desconocidos. A pesar de que sabía que su hermana estaba cada vez más encariñada con Andy, no tenía el menor de deseo de conocer al hermano de éste.

Miró a su alrededor, se sentía como si hubiera caído en una trampa. Sabía que «el ricachón», como lo había apodado, desaprobaba la relación de su hermano con Jan. Jan era secretaria de un despacho de abogados. El millonario, claro, quería que su hermano se emparejara con la hija de alguno de sus poderosos amigos de Chicago, no con una insignificante secretaria de Atlanta. Los padres de esas jovencitas controlaban el mercado de la confección y los Van Dyne eran grandes fabricantes de ese mismo sector. Para el hermano de Andrew sería una unión de ensueño.

Sintió un hormigueo en la nuca como si alguien la estuviera mirando. Giró la cabeza y se encontró mirando fijamente a un hombre ceñudo de ojos oscuros que acababa de entrar. La impresión hizo que el vaso casi se le cayera de la mano. Nunca había visto unos ojos semejantes ni una cara parecida. El recién llegado era alto, grande, y tenía un rostro duro, como tallado en madera de teca. La miraba con hostilidad y Margie sintió que aquellos ojos la fascinaban. ¿Por qué ese completo desconocido la miraba con tanto antagonismo?

La desaprobación que leía en su rostro la divertía y, sin pensarlo, frunció los labios y formó el inconfundible perfil de un beso, al tiempo que parpadeaba con coquetería. Luego esbozó una sonrisa seductora y se giró de nuevo. Dejó el vaso en la mesa y se llevó la mano a la cara para disimular un ataque de risa. La cara que había puesto aquel hombre era digna de verse. Un poco de diversión la ayudaría a disipar el aburrimiento y la irritación que sentía. Jan se escandalizaría cuando se enterara de cómo pasaba el rato su hermana mayor.

Vio una sombra a su lado, levantó la vista y descubrió al desconocido junto a ella. Su expresión era tan severa que habría servido para detener el tráfico.

—Cualquiera diría que es la sombra del mismísimo monte Rushmore —murmuró Margie con una sonrisa traviesa. Se giró hacia un lado y apoyó el brazo en el respaldo de su asiento mientras lo miraba de arriba abajo—. Siéntate, encanto, y tómate una copa conmigo.

Él no sonrió. Más aún, parecía como si nunca en su vida hubiera sonreído. Sus ojos miraban a Margie con creciente desaprobación.

—No, gracias. Tengo una cita con una joven —enfaticó esa última palabra como si quisiera insinuar que el termino no era aplicable a Margie. A ésta le gustó su voz de inmediato. Era profunda y algo áspera, muy masculina, propia de una persona educada.

—¿Una cita a ciegas?

Margie se rió. Él negó con la cabeza.

—Un compromiso —lo dijo como si le desagradara—. La joven en cuestión se llama Janet Bannon.

Margie parpadeó.

—Es mi hermana —anunció sin pensar y se sentó muy derecha. Volvió a escrutarlo y vio que él le devolvía una mirada cargada de hostilidad—. ¿Qué quiere de mi hermana?

En lugar de responder, él retiró una silla y se sentó como si aquella mesa fuera suya. Hizo una señal al camarero más cercano.

—Un whisky con hielo —pidió—. Y un... Tom Collins para la señora —añadió al ver el vaso alargado en la mano de Margie.

—Muy bien —dijo el camarero educadamente y se marchó.

—Y retiro la última palabra de la frase anterior —dijo el hombre a Margie cuando volvió a hablar—. Una señora no va por los restaurantes insinuándose de esa manera a un desconocido.

Los ojos de Margie echaban chispas.

—Se equivoca, caballero —dijo con su mejor acento de Georgia—. Cuando yo me insinúo a un hombre, primero me quito la ropa.

Él alzó una ceja y recorrió con la mirada la franja de piel que aquel escote tan pronunciado dejaba a la vista.

—No me parece que eso vaya a darle demasiada ventaja —se limitó a responder él. Margie siempre había sido consciente de sus medidas. Lo miró fijamente.

—¿Es siempre tan directo?

—El que juega con fuego, se quema —replicó. Sus ojos oscuros se clavaron en los de Margie—. No me gustan las mujeres liberales que se visten como una tarta. Ni las que se emborrachan y se comportan como busconas.

—¡Cómo se atreve...! —empezó a decir ella. Era una frase trillada pero se había quedado sin palabras.

—Calla —ordenó él con tanta autoridad que nadie, ni siquiera una autora de novela rosa refunfuñona, se habría atrevido a desobedecer. Esperó hasta que el camarero dejó sobre la mesa las

bebidas y la cuenta. Cuando se hubo alejado, levantó la cabeza, cubierta por una mata de pelo negro, y la miró.

—Tengo entendido que mi hermano quiere casarse con tu hermana. Por encima de mi cadáver.

Ella le echó una rápida ojeada.

—¿Eres el hermano mayor de Andrew? —preguntó educadamente—. ¿El que se dedica a hacer braguitas para señoras? —añadió con una sonrisa pícaro. Si lo que esperaba era incomodarlo, no lo logró. Él se apoyó en el respaldo de su asiento y dio un sorbo a su whisky mientras la miraba fijamente sin parpadear.

—Fabricamos lencería muy sofisticada —replicó. Su mirada volvió a recaer en el escote de Margie—. Nuestra colección de este año incluye un sujetador con un poco de relleno que te sentaría de maravilla.

El ginger-ale le salpicó la servilleta y algunas gotas cayeron sobre el mantel. Por primera vez en cinco años, Margie se sonrojó.

—Tendrás que perdonar a la madre Naturaleza; no tuvo tiempo para los detalles, me hizo entre dos guerras —gruñó.

Él se encogió de hombros. Los tenía muy anchos, y ella se fijó por primera vez en lo elegante que era su traje y en cuánto lo favorecían el blanco de la camisa y el negro de la chaqueta. Iba hecho un pincel. No era ni muy guapo ni muy joven pero tampoco demasiado mayor. Margie le echaba unos cuarenta, tal vez un poco menos. Las arrugas de su rostro no eran producto de la edad sino de la tensión. Su aspecto era el de una apisonadora.

—¿Por qué no ha venido tu hermana? —preguntó fríamente. Margie también se recostó en el respaldo de su silla y clavó en él su mirada.

—No me ha dado explicaciones. Me pidió que me encontrara aquí con ella a las siete y colgó. Estás tan informado como yo. Probablemente más —añadió con picardía—. Parece que cada mañana le dices a tu hermano cómo debe vestirse. ¿Le dices también con qué chicas debe salir?

Él inclinó la cabeza levemente hacia un lado y entrecerró los ojos.

—¿Quieres que hable con franqueza? —inquirió con calma—. Tu hermana encajaría en mi familia como un ratoncito en un congreso de gatos. Mi mundo y el de Andrew, es un círculo social en estado de guerra permanente por medios civilizados. Tu hermana, por lo que he podido ver, ni siquiera podría salir airosa de una simple pelea doméstica.

—Uy, no sé —replicó Margie, pensativa—. De pequeña siempre era la encargada de placar cuando jugábamos al fútbol, y todavía sigue diciéndome lo que debo y no debo hacer.

—Sí, quizá te vendrían bien algunos consejos —contestó él. Seguía mirando fijamente el escote de Margie con una despreocupación absoluta.

—Este vestido es de diseño —afirmó ella.

—Seguro que le queda mejor a quien lo ha diseñado.

—Es un hombre.

—Por eso.

Ella respiró hondo y sus ojos brillaron.

—Bueno, señor Amo de la Lencería, va a tener que perdonarme. Está bastante claro que Jan me ha traído aquí para que te conociera, y ahora que he tenido ese dudoso placer, me marcho a mi casa.

Hizo ademán de ponerse de pie pero una mano de hierro la agarró por la muñeca y la obligó a sentarse de nuevo. No sabría decir qué la impresionaba más, si aquel gesto inesperado o el estremecimiento de placer que le recorrió el brazo cuando él la tocó.

—Todavía no —dijo él en voz baja—. Mi hermano no va a casarse con tu hermana. Voy a encargarme de eso. Puedes estar segura.

—Nada me complacería más —replicó con énfasis—, porque tampoco yo deseo que mi familia se contamine.

—Cuidado, encanto. Puedo morder —la previno él.

—¿En el cuello? —preguntó Margie con una sonrisa malévol.

—Andy y yo vamos a ir a Florida a visitar a mi madre y nos quedaremos allí unas semanas —dijo pensativamente—. Espero que así las cosas entre ellos se enfríen un poco. Y creo que no existe el peligro de que tu hermana se presente por allí.

—¿Por qué? —quiso saber Margie—. ¿Acaso porque crees que una simple secretaria con una cuenta corriente bajo mínimos no puede permitirse semejante dispendio?

—Algo parecido.

—Para tu información —anunció tranquilamente—, yo no tendría ningún problema en fletarle un avión para que vaya a Florida, si eso es lo que quiere. Y lo haré gustosa. No es que Andy me parezca el cuñado ideal, entiéndeme —añadió—, pero no me gusta que un ricachón estirado le diga a ningún miembro de mi familia lo que tiene que hacer.

Él le dirigió una mirada calculadora.

—¿Fijando los frentes de batalla? —preguntó con calma—. Nunca he perdido una pelea, señorita Bannon.

—Mi apellido no es Bannon —lo corrigió—, es Silver.

Él alzó una ceja y echó una ojeada a la mano izquierda de Margie, desnuda, sin alianza matrimonial.

—Mi más sentido pésame a tu marido, aunque apostaría a que estáis separados —se rió al ver que ella se ruborizaba—. He dado en el clavo, ¿verdad? —se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa. Sus ojos eran amenazadores—. No permitiré que Andy se case con tu hermana, independientemente de cuánto dinero pueda tener. Ese matrimonio no funcionaría y no quiero otro divorcio en la familia. Mi madre ya tiene bastantes preocupaciones.

Margie se fijó en que él tampoco llevaba alianza de casado en la mano izquierda y sonrió.

—No me digas..., ¿tu mujer y tú estáis separados? —preguntó con falsa inocencia. Él endureció su expresión, si era que semejante cosa fuera posible.

—Ojalá no hubiera encargado a Andrew la dirección de nuestra delegación en Atlanta —se limitó a responder y se puso de pie—,

pero afortunadamente es un problema que tiene fácil solución. No se meta en esto, señora Silver. No permitiré ninguna intromisión.

—¿Y qué hará, señor Van Dyne? ¿Me estás amenazando con una azotaina, encanto? —preguntó al tiempo que esbozaba una sonrisa—. ¿Por qué no recoges tu atillo y te vuelves a tu querido Norte?

Él alzó una ceja.

—Si vas a recurrir a historias tan antiguas, será mejor que te acuerde que esa guerra la ganamos nosotros. Ciao —y se alejó sin pagar la cuenta.

Capítulo 2

—Y además me dejó la cuenta y tuve que pagar yo —se quejó cuando Jan volvió a casa. Las dos hermanas vivían juntas en una casa de estilo victoriano—. Me puso verde, amenazó con haceros romper a Andy y a ti..., pero ¿qué clase de persona es ese hombre?

—Sólo obedece sus propias leyes —Jan suspiró y se dejó caer en el sofá—. Ay, Margie, yo tenía la esperanza de que si Andy y yo no aparecíamos por allí, tal vez Cannon y tú haríais buenas migas...

—¿Cannon? —inquirió Margie arqueando las cejas.

—Es su nombre, aunque casi todo el mundo lo llama Cal —dijo Jan con aire compungido—. Lo siento, de verdad. Mira, Andy quiere que vaya con él a pasar un par de semanas en la casa que su familia tiene en la playa en Florida, y a mí me encantaría. Así conoceré a su madre que vive allí, pero Cannon no quiere ni oír hablar del asunto. Se opone totalmente a que nos casemos y yo pensaba que... —echó una mirada a Margie e hizo una mueca—, pensaba que si te conocía, tal vez cambiara de idea. Tú eres capaz de conquistar a cualquiera cuando te lo propones. No se me había ocurrido pensar que ibas a vestirte como una buscona —añadió con pesar. Margie ensayó un gesto afectado.

—Debo de estar convirtiéndome en muy buena actriz —sonrió—. Seguro que he convencido a tu futuro cuñado de que tengo mala reputación.

—¡Margie! —se quejó Jan.

—¿Estás segura de querer casarte con Andy? —preguntó Margie verdaderamente preocupada—. Piensa que entonces vas a tener que lidiar con ese energúmeno para el resto de tu vida.

—No tendremos que ver a Cannon muy a menudo —aseguró Jan—. Vive en Chicago, ya te lo he dicho.

Margie se alejó y se puso a jugar con una figurilla que había sobre la repisa de la chimenea.

—¿Casado? —preguntó con naturalidad.

—Ya no. Su mujer se dedicaba a pasar el rato con cualquiera que llevara pantalones. Se divorció y Andy dice que ahora el único tipo de relación que mantiene con las mujeres es... en fin, mejor no hablar de ello.

—No puedo creer que una mujer esté tan desesperada como para acostarse con él —replicó Margie con ojos centelleantes.

—Pues dicen que en Chicago es un hombre muy codiciado —respondió Jan pensativamente, muy interesada en observar cuál era la reacción de su hermana ante esa información.

—Bueno, pues en Atlanta no tendría tanto éxito —refunfuñó Margie—. Desde luego, conmigo no.

Jan meneó la cabeza y frunció el entrecejo. Margie se parecía a Cannon Van Dyne en muchas cosas, pensó, aunque lo más probable era que no hubiera reparado en ello. Su hermana escondía sus sentimientos, disfrazaba su personalidad haciendo payasadas, pero las cosas le importaban más de lo que podía parecer. El día de la muerte de Lawrence Silver en ese accidente aéreo, Margie le había revelado lo infeliz que había sido su matrimonio y, desde entonces, no había querido saber nada de hombres. Para ella sólo contaban como amigos. No permitía que nadie se acercara a su corazón, no quería que la hirieran de nuevo.

Pero con Cannon parecía que reaccionaba de un modo desacostumbrado. Normalmente Margie no se mostraba hostil, pero cuando mencionaba el nombre del hermano de Andy, los ojos de su hermana echaban chispas. Era la emoción más violenta que había mostrado en los últimos cinco años.

—Cannon es un hombre atractivo —murmuró Jan.

—¿Ese pedazo de muro? —Margie se alejó aún más—. No quiero ni hablar de él. Se bebe un whisky, me pide a mí una bebida que ni siquiera he tocado y encima se marcha y me deja a mí que pague. Tendría que haber sumergido la cuenta en un bloque de cemento y habérselo mandado por correo urgente, pero a franquear en destino —los ojos verdes de Margie centelleaban—. Me pregunto cómo podría hacerlo...

Jan no pudo reprimir una sonrisa. Margie era incorregible. El timbre del teléfono irrumpió en la conversación. Jan se apresuró a contestar y sus ojos brillaron.

—Es Andy —murmuró a Margie, la cual asintió y salió de la habitación para que su hermana pudiera hablar con libertad.

Atravesó el gran vestíbulo y, de camino a su dormitorio, sus ojos repararon en el paragüero de madera que Larry y ella habían comprado al poco de casarse. Recordaba perfectamente cómo lo habían encontrado. Habían ido a echar un vistazo a una tienda de antigüedades, aunque él encontraba inexplicable e irritante la afición de Margie al pasado y había protestado por tener que ir hasta allí. Recordaba también el momento en que sus ojos se habían posado en aquella reliquia de madera tallada. Lo había comprado a pesar de que Larry se oponía porque era caro. Ella arguyó que lo pagaría de su bolsillo. Su abuela, por el lado de los McPherson, le había dejado algo de dinero. Larry salió de la tienda muy enojado y la dejó negociar sola la compra. Por la noche, tuvieron una violenta pelea y luego él la violó. No era la primera vez. Estaba muy asustada, dolorida y con algunas heridas. A la mañana siguiente, Larry se levantó y se preparó para tomar aquel último avión mientras ella lo observaba con mirada atormentada. Vio cómo se marchaba con el corazón atenazado por un dolor indescriptible. Se preguntaba qué había ocurrido con su matrimonio y anhelaba librarse de su marido.

Los recuerdos la hicieron estremecerse mientras contemplaba airadamente aquel paragüero. ¿Por qué lo había dejado allí, en una casa que no guardaba ningún rastro de Larry, ni siquiera una foto?

Quizá subconscientemente, se dijo, lo había dejado allí para mantener vivo el sentimiento de culpa que nunca había desaparecido del todo. Ella quería librarse de él y Larry había muerto. En cierto modo se sentía responsable del accidente, aunque por supuesto no hubiera tenido nada que ver en todo aquello.

Se quedó con la vista clavada en ese objeto de coleccionista. Tal vez se lo diera a la señora James, la vecina de al lado. Cuando entró en su dormitorio, decorado en azul y blanco, tenía una sonrisa en el rostro. La señora James era un encanto, a pesar de su lado puritano y estricto. Desaprobaba fervientemente a su famosa vecina y Margie, por razones que nunca se había parado a analizar, alentaba su desaprobación. En realidad no era la persona desinhibida que sus lectores creían que era. Bajo la flamante apariencia se ocultaba una mujer vulnerable que padecía una dolorosa soledad. Pero su matrimonio le había enseñado una cosa: que no había que confiar en las apariencias. Nunca querría otro hombre dominante en su vida, y mientras pensaba aquello surgió en su mente la imagen de Cannon Van Dyne. Se estremeció. Era como Larry, pensó Margie, arrogante, mandón..., el tipo de hombre que deseaba una mujer sumisa y obediente sin independencia ni ideas propias. La asfixiaría...

La puerta del dormitorio se abrió de golpe justo cuando Margie se estaba poniendo el camisón de color verde menta. Se giró y sonrió a Jan, cuya cara traducía claramente la emoción que sentía. Su hermana pequeña raramente se mostraba tan entusiasta. Era una chica tímida, gentil.

—¡Margie, tenemos otra oportunidad! —dijo mirando a su hermana mayor con cautela.

—¿Tenemos? —repitió Margie enarcando las cejas. Estiró el camisón a la altura de las caderas y dejó las manos allí—. Está bien, renacuajo, ¿en qué me has metido esta vez?

Jan se sentó en la cama. Se pasaba la mano por el cabello, corto.

—Margie, tú me quieres, ¿verdad?

Margie se derritió al oír su voz joven llena de nervios.

—Claro que sí, cielo, lo sabes muy bien —se apresuró a responder. Se sentó al lado de su hermana y la abrazó cariñosamente—. Eres lo único que tengo en el mundo. ¿Es que no sabes lo que significas para mí?

Jan se mordió el labio y le devolvió el abrazo.

—Espero que sepas que yo siento lo mismo por ti —murmuró—. Si no te hubiera tenido a ti, no sé cómo habría sobrevivido. Mamá, muerta; papá, alcoholizado y provocando siempre escándalos; la abuela McPherson, luchando para quedarse con nosotras... —levantó la vista—. La abuela fue muy buena con nosotras pero no era cariñosa. Sólo recuerdo haber recibido afecto y cariño de ti.

Margie suspiro.

—Lo mismo digo.

—Nunca olvidaré cómo me trajiste contigo cuando la abuela murió a pesar de que Larry se oponía.

A ella nunca le había gustado Larry, siempre la hacía sentirse como una intrusa. No tenía dónde ir. Margie era su única familia, no tenían parientes. Tampoco podían pagar un internado, era muy caro, así que Margie había rogado e implorado hasta que Larry cedió y aceptó que Jan fuera a vivir con ellos. Pero nunca le gustó la situación, y lo había expresado con crueldad en varias ocasiones.

Jan nunca se había inmiscuido en el matrimonio de Margie y, ante los demás, ésta mostraba una cara muy convincente, pero a ella no la engañaba. Era imposible vivir con dos personas en la misma casa y no notar las tiranteces y los desacuerdos soterrados.

—No debería haberme casado con él —admitió Margie al recordarlo—. Pero parecía tan diferente de cómo luego era en realidad... Nos casamos demasiado pronto. Tres semanas no es tiempo suficiente para meditar una decisión tan importante.

Jan le tocó el hombro con suavidad.

—Estábamos casi en la indigencia, ya no nos quedaba nada del patrimonio de la abuela —recordó Jan tranquilamente—. Seguro que nuestra situación económica te influyó. Larry parecía muy capaz

de mantenerte... Bueno, de mantenernos —entornó los párpados—. Yo creaba mucha tensión en tu vida matrimonial, ¿verdad?

—No —se apresuró a responder Margie con vehemencia—. No, la tensión estuvo ahí desde el principio. Y además, ¿qué esperaba, que te dejara en la calle? Eres mi hermana. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Jan apoyándose en el hombro de Margie.

—Además, parecía realmente un buen hombre. No sabía que le gustaba tanto beber y salir todas las noches. Antes de que nos casáramos nunca vi que abusara de la bebida.

—Y tú preferías salir a dar caminatas por los bosques o reclamar medidas conservacionistas al gobierno de turno —Jan se rió—. Pero Margie, no todos los hombres son como Larry.

La expresión de Margie era melancólica.

—¿Cómo puedes estar segura de un hombre antes de empezar a vivir con él? Ya no confío en mi propio juicio.

Los ojos de Jan mostraban una ligera preocupación mientras estudiaba a su hermana. Pocas personas tenían la posibilidad de ver así a Margie, sin la máscara tras la que se ocultaba, mostrando sus inseguridades. Le dolía mucho pensar que aquella angustia era el resultado de su fallido matrimonio. Como la mayoría de los enamorados, Jan quería que todo el mundo fuera tan feliz como lo era ella, pero no sabía cómo ayudar a su hermana.

—Nos hemos desviado del tema —murmuró Margie, otra vez con la sonrisa en la boca como por arte de magia—. ¿Por qué estabas tan emocionada?, ¿es que hay alguna posibilidad de que el monte Rushmore cambie de opinión?

Jan parpadeó.

—¿El monte Rushmore?

—Cannon Van Dyne.

—Ah, sí, claro —había preocupación en sus ojos tras la conversación que habían mantenido, y vaciló—. Andy ha reservado una mesa para cuatro en Louis Dane's para mañana por la noche.

Margie se puso tensa y fue hacia las cortinas con la espalda tan tiesa como la de la abuela McPherson.

—¿Para cuatro?

Jan asintió.

—Tú, yo, Andy...

—¿Y?

Jan tragó saliva.

—Cannon Van Dyne.

Capítulo 3

Los ojos verdes de Margie adquirieron un brillo peculiar mientras contestaba a su hermana.

—¡No! ¡Ni hablar!

—Los dos habéis tenido un mal comienzo —le recordó Jan—. Y tú has contribuido a ello, y lo sabes muy bien, con ese vestido tan espantoso. No es que te haya abandonado ante el peligro, es que pensaba que si os dejaba a los dos solos... —gimió—. Lo he echado todo a perder al no explicarte por qué quería que fueras a ese restaurante. Pero, Margie, no te imaginas lo importante que es que Cannon nos dé su aprobación. No puedo pedirle a Andy que renuncie a su familia y a la herencia que le corresponde sólo por mí. ¡No puedo! —dirigió a Margie una mirada implorante—. Y yo, sola, soy incapaz de plantar batalla a Cannon; no soy lo bastante fuerte. Ni siquiera tendría una oportunidad frente a él.

—¿Y crees que yo sí? —preguntó Margie.

—Sí, porque tú no le tienes miedo —dijo Jan—. He visto cómo conquistas a la gente. Cuando sonríes de ese modo y te comportas como tú misma, los hombres bailan en la palma de tu mano.

Margie parecía alterada.

—Si crees que voy a hacer que esa apisonadora me...

—Nunca te pediría tal cosa —se apresuró a decir Jan—. Nunca te haría algo semejante. Pero tienes un don para conseguir que la gente te escuche y para trabar conversación. ¡Podrías convencer a

Cannon de que no soy tan joven, tonta y pusilánime como cree para convertirme en una Van Dyne! —siguió diciendo imperturbable.

—No estoy segura de querer que te conviertas en una Van Dyne —contestó Margie con un destello de resentimiento por la encerrona que su hermana le había preparado esa tarde—. Sabes muy bien lo que pienso del esnobismo y de esos grupitos de privilegiados. Y por cierto, ¿no te parece que ya es hora de que le cuentes a Andy el problema de papá con la bebida? No puedes ocultarle tu pasado indefinidamente.

Jan asintió con la cabeza y, por un instante, pareció que se sentía culpable.

—Ya lo sé. Pensaba contárselo cuando estuviéramos en Florida. Es que venimos de ambientes tan distintos... Y Cannon cree que no puedo adaptarme a su estilo de vida ni hacer feliz a Andy.

—Pues claro que puedes —sostuvo Margie—. Eres elegante y tienes unos modales refinados. Y has aprendido a organizar fiestas para tu jefe con la ayuda de su mujer...

—¿Ves? —sonrió Jan—. Tú ya estás convencida de que puedo estar a la altura. Todo lo que te pido es que me vendas delante de Cannon.

—La esclavitud está abolida desde la época de Lincoln —señaló.

—¡Margie!

—El ricachón no me escuchará —fue la hosca respuesta—. Es uno de esos prepotentes que va con la tarjeta de crédito por delante, dándose aires de grandeza. Es un arrogante. ¡Imagínate, un tipo que se dedica a hacer ropa interior! —la cara de Margie se contrajo y le entró la risa floja—. Jan, ¿qué tal si convences a Andy para me traiga un conjunto de lencería con encajes para mi estatua de Venus? ¡Imagínate la cara que pondría la señora James!

Jan no pudo evitarlo y se echó a reír. Cuando Margie empezaba así, era tronchante.

—Está bien, lo intentaré, pero ¿vendrás a cenar con nosotros mañana por la noche? Tal vez tú puedas conseguir que me inviten a Florida.

Margie suspiró.

—¿No se te ha ocurrido pensar que mi presencia puede perjudicarte en vez de favorecerte? Deberían azotarme por haber tratado de darle una falsa impresión esta noche. Ni siquiera sé por qué he hecho semejante tontería —dijo con voz quejumbrosa mientras se echaba hacia atrás su melena larga y enredada—. Es esa dichosa fecha de entrega que tengo que cumplir, sólo me queda un mes y el libro no quiere arrancar —sus ojos se encontraron con los de Jan—. Cariño, lo siento. Intentaré rectificar las cosas mañana, así tenga que pasar toda la cena mordiéndome la lengua, en serio. Y de un modo u otro, conseguiremos que vayas a Florida.

—Sabía que podía contar contigo —dijo Jan emocionada y dio un fuerte abrazo a su hermana—. Todo va salir bien, ya lo veras.

La tarde siguiente mientras se vestía y se miraba en el espejo, llena de dudas, Margie no estaba en absoluto convencida de que la confianza de Jan fuera fundada.

Se había puesto un vestido sencillo: negro, de gasa, con escote en pico adornado con chorreras. Su melena negra, siempre tan rebelde, estaba recogida en un moño alto, del cual escapaban algunos mechones que le enmarcaban el rostro y le daban un aire estudiadamente relajado. Se mostró parca con el maquillaje y eligió un perfume floral ligero. Su aspecto era tan distinto al de la vampiresa de la noche anterior que se le ocurrió que Cannon Van Dyne tal vez no la reconociera. Cuando Jan vio a su irreprochable hermana, tuvo que disimular una carcajada.

—Cielo santo, qué diferencia —dijo—. Me recuerdas a la abuela McPherson.

—Bueno, ésta es su casa. O al menos lo era —suspiró—. Supongo que algo de ella se me habrá pegado. Espero que este vestido no le chocará al carcamal de tu futuro cuñado.

—¿Quieres apostar? —Jan sonrió.

Margie suspiró y contempló lo guapa que estaba Jan con su vestido de tubo de color verde pálido y los accesorios

correspondientes a juego: bolso, zapatos... Estaba tan radiante, tan obviamente enamorada de su Andy... A ella también le gustaba Andy, pensó Margie. Era abierto y cordial.

—Bueno, ¿bajamos?

—Sí, mejor —contestó Jan—. Llegarán enseguida.

Margie bajó las escaleras, entró con su hermana en el salón y se sentó en el borde del sofá.

—¿Quieres relajarte? —bromeó Jan—. Soy yo la que debería estar nerviosa. Nunca he estado con Cannon más tiempo del que lleva decir hola.

De repente, sonó el timbre de la puerta y Margie se puso en pie de un salto. Jan se quedó mirándola con incredulidad. Nunca había visto a su hermana tan inquieta.

—Tranquila —trató de calmarla y le puso una mano en el hombro antes de dirigirse a la puerta principal.

Margie se quedó de pie, intentando controlar sus nervios. No permitiría que Cannon volviera a hacerla callar. No se saldría con la suya. Oyó voces. La de Andy, agradable y cordial, y otra más profunda y áspera. Apretó con fuerza el bolso entre los dedos mientras Andy entraba en el salón, seguido por Cannon.

Andy era casi tan alto como su hermano mayor pero no tan corpulento y musculoso. Tenía el pelo castaño claro y los ojos marrones y una cara que transmitía fortaleza y ternura al mismo tiempo. Era atractivo, pero evidentemente Jan creía que era el hombre más guapo sobre la faz de la tierra, a juzgar por la expresión de arrobó que había en su rostro mientras lo miraba. Andy le rodeó los hombros protectoramente y se inclinó para besarla suavemente, a pesar de la mirada de desaprobación de Cannon.

—Mi madre en persona te ha invitado a Florida... —susurró Andy en la oreja de Jan antes de levantar la cabeza—. Buenas tardes, Margie —añadió en voz más alta.

—Buenas tardes —respondió ella con calma, al tiempo que su mirada agitada se posaba en Cannon. Éste contemplaba su aspecto

con ojos llenos de incredulidad y parecía no haberse percatado de las palabras que Andy y Jan habían intercambiado.

Estaba más atractivo aún que la noche anterior. El traje oscuro acentuaba su aire masculino hasta volverlo casi amenazador. Cuando se movía, los músculos se marcaban bajo la tela de aquel traje tan caro. A pesar de ser muy alto, se movía con agilidad y ligereza. Tenía unas manos grandes, morenas, bonitas a su manera. Llevaba un solo anillo con un sello, y en la muñeca, sobre el vello oscuro que la cubría, un reloj de oro fabulosamente caro pero muy discreto. Margie se preguntaba si el resto de su cuerpo estaría también cubierto por ese vello oscuro y dio un respingo cuando se dio cuenta de hasta dónde la había llevado su imaginación. A la luz de la lámpara del salón, el pelo de Cannon, abundante y oscuro, parecía casi negro. Miraba fijamente a Margie con sus ojos marrones oscuros.

—¿Nos vamos? —preguntó bruscamente—. Me gustaría acabar temprano.

—Dios nos libre de retenerlo, señor Van Dyne —dijo Margie con dulzura mientras tomaba su chal y se lo echaba por los hombros.

—Tranquila, eso no va a pasar —respondió Cannon con calma sin dejar de mirarla—. No me la imaginaba en una casa victoriana, señora Silver.

Margie enarcó una ceja.

—Me imagino qué clase de casa me había adjudicado —esbozó una leve sonrisa—. Siento haberlo escandalizado.

—Le hará falta algo más que su casa para convencerme de que mi primera impresión no era más acertada —replicó Cannon.

—¿Por qué, señor Van Dyne? —murmuró Margie batiendo sus largas pestañas—, ¿en qué se basa?

—Será mejor que nos marchemos —respondió, y se hizo a un lado para dejarla salir por la puerta—, antes de que pierda la poca paciencia que me queda.

Jan lanzó a Margie una mirada preocupada pero ésta no la vio. Estaba traspasando el umbral de la puerta que Cannon sujetaba.

Tenía la sensación difusa de que a él le habría gustado darle con aquella puerta en las narices.

Capítulo 4

El restaurante estaba bastante lleno, pero Cannon atrajo inmediatamente la atención del maître que los acomodó en la mesa reservada a su nombre, junto a una cascada artificial rodeada de plantas.

—Dios mío, la selva —murmuró Andy después de que Cannon pidiera el vino al sumiller. Margie sonrió.

—¿Te has acordado de traer el mosquitero? —bromeó.

—Quizá podamos conseguir una de esas tiras adhesivas donde se quedan pegados los bichos...

—Niños, ¿os importaría comportaros bien en público? —terció Cannon mirando primero a Andy y luego a Margie.

—Sí, papá —respondió ésta última con afectada modestia mientras entornaba los párpados.

Cannon hervía de indignación. Entonces llegó el camarero con el vino y le sirvió un poco. Dio un sorbo y asintió. Esperó a que todos tuvieran sus copas llenas y les hubieran entregado la carta antes de hablar.

—Puede que a vosotros dos no os entusiasme la naturaleza —comentó con brusquedad, y Margie casi se echó a reír ante aquella deducción tan errónea—, pero podríais por lo menos apreciar la maquinaria que ha logrado crear esta cascada.

Margie no se atrevía a mirar a Andy; el efecto habría sido desastroso. En lugar de hacer tal cosa, enterró la nariz en la carta.

—Es muy bonito —concedió con cara seria—. Si se olvidan de traer el agua siempre puede uno beber un poco.

—Margie... —gimió Jan al tiempo que ocultaba el rostro entre las manos.

Andy emitió un sonido estrangulado antes de que pudiera llevarse la servilleta a la boca y fingir una tos. Las manos grandes de Cannon estrujaron los bordes de la carta.

—Si a alguno de vosotros dos se os ocurre pedir alcohol, me marcho y os dejo aquí plantados —dijo a Andy y a Margie—. Dios santo, ¿es que ya se os ha subido el vino a la cabeza?

Margie levantó su semblante tranquilo y lo miró airadamente.

—Margie —dijo Jan con voz aguda—, me prometiste...

Ella asintió y empujó su copa hacia Cannon.

—Tienes razón, te lo prometí. Por esta vez, no me meteré en la fuente —añadió. Cannon la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Cuántos años decías que tenías, doce?

Ella alzó las cejas.

—No estás siendo justo —respondió—. Se supone que esta cena es para que aprendamos a llevarnos bien.

—Se necesitará más que una cena para lograr tal cosa —afirmó con rotundidad él.

—Eso es verdad —reconoció Margie—. Tengo hambre y te rogaría que no me arruinaras la cena. Me he saltado el desayuno y la comida.

—Escribir te va a matar —murmuró Jan y se interrumpió justo a tiempo. Había rogado a Margie que no mencionara todavía cuál era su profesión, a qué se dedicaba. El hermano de Andy tenía ya bastantes cosas en contra de ella, no quería darle aún más armas.

—¿Escribir? —Cannon había captado la palabra al vuelo y miraba fijamente a Margie. Ésta puso a funcionar su mente a toda velocidad.

—Escribo una columna de opinión para un periódico semanal del condado —aclaró.

—¿Y te lleva tanto tiempo como para tener que saltarte las comidas? —preguntó él con suspicacia.

—La columna es semanal —replicó—, pero escribo con dos semanas de adelanto, así me siento libre para irme de vacaciones cuando quiera o para marcharme unos días a Bermudas con el novio de turno.

—Dios ayude a tu pobre marido —dijo él refunfuñando.

—Mi marido murió en un accidente aéreo hace cinco años —dijo con calma; de pronto parecía muy seria—. Si no te importa, preferiría no volver a hablar del tema. Me resulta muy doloroso.

Cannon parecía incómodo y estudió el rostro de Margie todavía un rato antes de volver a clavar la mirada en la carta. Ella hizo lo propio. Aun cuando podía darse el lujo de acudir a restaurantes incluso mejores que aquél, los precios le parecían exorbitantes. No había nada que costara menos de veinte dólares y el plato más económico era una simple pechuga de pollo rellena de jamón y queso. No le gustaba demasiado el pollo, pero no tenía la menor intención de sentirse en deuda con Cannon Van Dyne; ni siquiera por una cena.

—¿Quieres que te lo traduzca? —se ofreció Cannon con forzada educación cuando el camarero regresó para tomar nota. Margie sonrió con dulzura estudiada.

—Eres muy amable —murmuró con gazmoñería—, pero creo que puedo arreglármelas yo sola —levantó la vista hacia el camarero—. Je prends la poule cordon bleu, si'il vous plait —dijo en un francés intachable—, avec des pommes de terre Louis et des choux de Bruxelles.

El camarero sonrió y apuntó lo que le pedía.

—Avec plaisir, madame. Monsieur? —se dirigió a Cannon. Este lanzó a Margie una mirada airada mientras pedía para él un filete con patatas al horno y una ensalada verde. Lo dijo en inglés comiéndose casi las palabras y volvió a mirarla cuando el camarero se acercó a Andy.

—No está mal —dijo fríamente mientras la estudiaba—. Tu francés es bastante bueno. ¿Hablas otros idiomas?

—Español —confirmó ella—, italiano, un poco de árabe y algo de hebreo. Me encantan los idiomas. Era lo que más me gustaba cuando iba la universidad.

—¿Qué estudiaste?

—Periodismo —respondió—. Pero sólo hice dos años.

Él frunció el entrecejo.

—¿Por qué lo dejaste?

El rostro de Margie se oscureció.

—Me casé.

—Margie es una cocinera de primera —informó Jan a Cannon cuando el camarero se hubo marchado y el silencio se prolongó demasiado—. Se le da muy bien.

—¿Ah, sí? —respondió Cannon y miró a Margie—. ¿Cuál es tu especialidad?

—El ganso asado —contestó y sus ojos brillaron un instante. Un resplandor iluminó brevemente los ojos de Cannon.

—¿Acaso estás pensando en mí? —murmuró él—. Olvídalo, encanto, ya lo han intentado manos más expertas.

Los ojos verdes de Margie centellearon.

—También me sale bastante bien con setas venenosas y belladona —añadió—, claro que probablemente a ti te sentaría de maravilla semejante alimentación.

—¡Margie! —gimió Jan.

—No te preocupes —Cannon tranquilizó a la hermana menor—. Margie puede arreglárselas muy bien sola y yo también —se apoyó en el respaldo de la silla. Los ojos le brillaban y una de sus manos sujetaba con desenfado la copa de vino—. No me molestan las conversaciones animadas a la hora de cenar. Resulta estimulante.

—¿Por qué? —se interesó Margie con dulzura—. ¿Es que normalmente la gente se esconde debajo de la mesa cuando no está de acuerdo contigo?

Él movió la cabeza arriba y abajo.

—Es más seguro —murmuró.

—Por cierto —intervino Andy entrando en materia—, he llamado a mamá hace un rato para decirle que Jan va a venir con nosotros a Panama City.

Cannon arqueó una ceja. Andy había dicho aquello sin vacilar en ningún instante.

—Eso me ha contado. Yo también la he llamado, y creo que no será mala idea que Jan venga con nosotros, después de todo. En realidad, he sugerido que tal vez la señora Silver quiera acompañar a su hermana.

Los tres se quedaron mirándolo sorprendidos. Jan y Andy estaban encantados; Margie, horrorizada.

—No viajo mucho, señor Van Dyne —dijo por fin en voz baja—. Tengo ciertas... obligaciones.

—Puedes llevarte allí el ordenador —se apresuró a proponer Jan con ojos implorantes. Esperaba que Margie no desbaratara sus planes. Cannon alzó las cejas.

—¿Es un nuevo tipo de fetichismo?

—Más bien no —respondió Margie tensa—. Sencillamente, me tomo en serio mis responsabilidades. El periódico necesita mi columna...

—Entonces puedes llevarte el ordenador —contestó él.

—Así podrás enseñarla a hacer surf —bromeó Andy con una sonrisa. Margie sonrió también.

—Todavía estoy tratando de enseñarle el alfabeto —replicó mientras guiñaba un ojo a Jan.

—Por lo menos, prométeme que lo pensarás —rogó ésta, y Margie asintió con la cabeza.

Cannon no decía nada pero la miraba. Aquel escrutinio minucioso la ponía nerviosa. Contra su voluntad, Margie levantó la vista y los ojos de ambos se encontraron. Una sensación vaga empezó a florecer en su interior, como un cosquilleo, un temblor, una emoción que nunca antes había sentido. Era como si entre sus miradas fluyera una energía invisible y tuvo que apartar la vista

antes de que aquello explotara. Levantó el cuchillo y casi se le cayó de la mano. Cannon la perturbaba más de lo que creía, se dijo a sí misma.

Después de cenar, cruzaron la calle y entraron en una discoteca. Cuando Jan y Andy se alejaron para bailar al son de una música vibrante y ensordecedora, Margie se encontró a solas con Cannon.

Él encendió un cigarrillo con pulso firme y dio un sorbo al café que había pedido. Ambos parecían fuera de lugar en un sitio como ése. Ella habría regresado con gusto a sentarse junto a la cascada; en realidad, sólo se había burlado de la decoración del restaurante para hacerlo rabiar.

—¿Te estás divirtiendo, encanto? —preguntó él en tono burlón. Ella le dirigió una sonrisa dulce.

—Tanto como usted, señor Van Dyne —replicó levantando la voz para que él la oyera—. ¿No es divino este garito?

Él la miró y dio otro sorbo de café. Al parecer le gustaba solo, no había tocado la jarrita de la leche. No resultaba sorprendente, correspondía muy bien a su imagen.

—¡Dios mío, voy a quedarme sordo! —dijo Cannon al cabo de un minuto apartando la taza. Tenía voz de actor, aterciopelada, profunda, incluso cuando hablaba más alto—. Termínate el café y vámonos de aquí.

Lo obedeció sólo porque el ruido la estaba dejando sorda a ella también. Él fue a decir algo a Andy y luego regresó y la escoltó hasta la puerta. Los envolvió el aire cálido de la noche. Margie se apartó para rehuir los dedos firmes de Cannon. No le agradaban las sensaciones que provocaban en la piel desnuda de su brazo.

—¿Adónde vamos? —preguntó levantando la vista hacia él. Ella era más alta que la media pero aun así había una diferencia notable de estatura entre los dos. Cannon era corpulento, lo bastante como para espantar a cualquier ladrón, y eso hacía que Margie se sintiera a salvo a su lado. Era una sensación extraña.

Él alzó una ceja y la miró con una sonrisa vaga en los labios.

—Ni lo pienses —murmuró pensando equivocadamente que ella intentaba flirtear y que su pregunta era una insinuación—. No eres mi tipo. Demasiado delgada.

Los ojos de Margie casi se salieron de sus órbitas.

—Caballero, no sólo resulta usted insultante sino que, además, es insufrible.

—¿Qué ha ocurrido con la dulce belleza sureña que he recogido esta noche en tu casa? —inquirió él.

—Acaba de disparar el cañón del puerto de Charleston. Y, al contrario que hace dos siglos, esta vez el Sur ganará al Norte. Yo nunca pierdo.

Los ojos de Cannon centelleaban mientras la miraba.

—Yo tampoco.

—Siempre hay una primera vez.

Él se rió entre dientes mientras la acompañaba al coche, un Lincoln enorme. Abrió la puerta del acompañante para que Margie entrara y él se sentó al volante.

—¿Adonde vamos? —volvió a preguntar.

—A ninguna parte. Le he dicho a Andy que fueran terminando y que nos encontráramos aquí —extendió con naturalidad el brazo derecho sobre el respaldo del asiento y se quedó mirándola fijamente hasta que un leve rubor cubrió las mejillas de Margie.

—Los dientes son todos de verdad, nada de fundas —dijo ella—. Y a pesar de lo que puedas pensar, no estoy operada de nada. Todo lo que ves es auténtico.

—No pareces la misma de anoche —señaló él, y observó cómo brillaban los ojos de Margie mientras lo miraba—. ¿Qué has hecho con la otra?

—La he vuelto a guardar en el baúl de los disfraces —murmuró y se encogió de hombros—. Anoche Jan me dijo que me pusiera algo convencional y que fuera corriendo al restaurante. Yo estaba en medio de... de algo y no me apetecía que me sacaran de casa de ese modo.

—¿Y te pusiste ese vestido para hacerla rabiar? —quiso saber él.

—Tenía la corazonada de que Andy y tú también iríais —admitió Margie con una sonrisa pícar—. En alguna ocasión me había comentado que tú eras muy conservador y que, cuando nos presentara, debía portarme bien.

—Conservador —parecía que rumiara el término que Jan le había aplicado. Una leve sonrisa suavizó momentáneamente las líneas duras de su rostro—. Me han llamado muchas cosas, pero me parece que lo de «conservador» es nuevo.

—Te vistes de modo muy tradicional y tienes un coche elegante —señaló ella.

—Así mis rivales se sienten cómodos y bajan la guardia —murmuró él. Margie estaba empezando a darse cuenta de algo: Cannon era un rompecabezas preocupante. Ninguna de las piezas que ella había pensado que lo componían encajaba con las demás.

—Es usted un retorcido, señor Van Dyne —dijo.

—Soy prudente, señora Silver —replicó él—. Si cometo un fallo, mucha gente perderá su puesto de trabajo. Doy la imagen que la empresa necesita que dé... en público.

Margie estudió las líneas inflexibles de su cuerpo.

—¿Y en privado? —preguntó ausente. Él se giró hacia ella en el asiento y la miró directamente a los ojos.

—¿Siempre flirteas con desconocidos? —preguntó sin responder a la pregunta.

—La verdad es que no —respondió ella con sinceridad—. Desde el primer momento te mostraste hostil conmigo, me desaprobaste. Y eso me sacó de mis casillas.

—No estás acostumbrada a que la gente te muestre su desaprobación.

—Únicamente la señora James.

Él parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Es la vecina de al lado —explicó con una sonrisa traviesa—. Muy mojigata, como mi abuela McPherson, la que nos crió a Jan y a mí. Le ofende mucho la estatua de Venus desnuda que tengo en el jardín.

Él alzó las cejas.

—Una Venus desnuda... No me extraña —se rió entre dientes—, cuadra perfectamente con la imagen que me estoy haciendo de ti.

Que era completamente equivocada, se dijo Margie, pero no tenía intención de admitirlo. Que pensara que era sensual, atrevida y extravagante. Eso lo mantendría a distancia.

—¿Vendes mucha... ropa interior?

Él volvió a sentarse mirando el volante. Intimidaba, era frío y calculador... y parecía levemente divertido.

—Será mejor que dejes ese tema, encanto. Se puede volver contra ti. Soy catorce años mayor que tú y apostarí a que he vivido muchas más cosas.

—No me asustas —replicó ella.

—Te creo. En realidad, eso te hace más interesante de lo que había pensado en un principio. La liberación sexual estará muy de moda, pero a mí me espanta que me persigan y se me insinúen.

Margie se quedó estudiando un rato la cara de Cannon.

—Las mujeres te persiguen, ¿verdad? —preguntó muy seria—. Porque tienes dinero e influencia y algunas harían lo que fuera con tal de formar parte de tu mundo.

Parecía como si lo hubiera sorprendido y no era un hombre habituado a las sorpresas.

—Sí —se limitó a contestar.

—¿Por eso se casó contigo tu mujer? —preguntó con voz tranquila. Los ojos de Cannon llameaban peligrosamente.

—No hablo de ese tema.

—Lo siento, no tenía intención de entrometerme. Yo también soy una persona bastante reservada —admitió. Le resultaba sorprendentemente fácil hablar con él.

Cannon se quedó mirándola, escrutándola, durante un buen rato. La hacía sentirse incómoda, la desconcertaba. Nunca un hombre la había alterado de aquel modo.

—Enigma —murmuró él ausente—. No eres del tipo habitual.

—¿El tipo de mujer que suplica que la lleves a la cama? —aventuró—. ¿O estás pensando en otro tipo?

—Si pretendes escandalizarme hablando de ese modo, lamento decirte que no lo has conseguido —respondió él con calma—. Estás muy a la defensiva conmigo, ¿por qué?

A ella no le gustaba el giro que estaba tomando la conversación.

—En todo caso, una dama no habla de esas cosas —dijo arrastrando las palabras.

—Baja la guardia, Margie —gruñó él—. Estoy cansado de esa pose. Ese acento del sur ya está durando mucho.

Los ojos de Margie centellearon.

—Yo también me estoy cansando de usted, Don Ricachón. No me gusta que me acorralen y empiecen a analizarme. ¡Y, por cierto, a mí tu acento del norte también me parece de lo más irritante, yanqui!

—¿Te tranquilizaría saber que una de mis abuelas era de Charleston?

—No mucho, no —respondió Margie. Estaba perdiendo aquel duelo verbal y no le gustaba. No era eso lo que había esperado.

—¿Qué es lo que pasa, encanto? ¿Ya no quieres hechizarme?

Ella lo miró fijamente.

—Sería más fácil intentar hechizar a una batata —comentó. Él soltó una carcajada.

—Puedes apostar lo que quieras —de pronto se echó hacia delante, la agarró por el hombro y la atrajo hacia sí mientras inclinaba la cabeza hacia delante y apuntaba a la cara de Margie con la nariz.

—Aunque no lo sepas aún, vas a venir a Panama City. Y si tratas de nuevo de seducirme, harías mejor en recordar que he estado

casado y que en mi cama no faltan mujeres. No soy un amante tierno, Margie.

—Como si a mí me importara —consiguió responder.

—He conocido a otras mujeres como tú —dijo él sin dejar de mirarla—. Flirtean y provocan con descaro, pero a la primera señal de pasión se dan media vuelta y salen corriendo. Me ha costado un poco darme cuenta pero ahora que te conozco, harías mejor en tener cuidado. Una insinuación más en Panama City y te haré el amor en esa dichosa playa.

La amenaza la traspasó hasta llegar a los dedos de los pies. Él la dejó libre, se retiró a su asiento y encendió otro cigarrillo, tan tranquilo como si hubiera salido a dar un paseo.

—Y para tu información, todo esto no va a ayudar a tu hermana. No va a casarse con Andy. De ninguna manera —enfaticó y sus ojos oscuros echaban chispas—, daré mi aprobación a ese matrimonio.

—Entonces ¿por qué nos invitas a Panama City? ¿Para practicar el tiro al blanco?

—Tengo mis razones —contestó enigmáticamente.

—No vas a darle ni siquiera una oportunidad, ¿verdad? —lo acusó.

—No me atrevo —replicó con severidad—. Yo sé cuáles son las dificultades; tú, no. Tu modo de vida y el mío son tan diferentes como pueden serlo Nueva York y un pantano.

—¡Maldito yanqui sanguinario! —le espetó ella. La furia la embellecía. Sus ojos refulgían, tenía las mejillas arrebatadas... El moño se le había deshecho y el pelo le caía por los hombros.

—¿Se acabaron los miramientos, Silver? —la provocó y aspiró una calada.

—Como si yo quisiera que mi hermana entrara a formar parte de una familia a la que pertenece alguien como tú —gritó—. ¡Preferiría que muriera soltera!

Parecía como si él se fuera a ahogar de tanto aguantar la risa. «Es una sabandija», pensó ella furiosa.

—Cálmate, encanto.

Margie tenía ganas de estrangularlo, de ponerle las manos encima y darle una paliza. Era la primera vez en su vida que sentía una rabia tan física. Él también se había dado cuenta. Sus ojos brillaban con regocijo.

—Quiero irme a casa —gruñó ella. Apartó los ojos de Cannon y contempló el aparcamiento desierto. Notó que las lágrimas le humedecían las pestañas y lo odió por ser capaz de hacerla llorar.

—¿Te rindes? —volvió a provocarla. Ella dejó escapar un suspiro largo y estremecido.

Lo raro fue que en ese instante Cannon arrojó el cigarrillo al cenicero y la tomó entre sus brazos. Margie se puso rígida, estaba alucinada, pero él la atrajo hacia sí y empezó a acariciarla con suavidad. Ella dejó que sus músculos se fueran relajando poco a poco hasta que notó que el pecho cálido de Cannon presionaba la suave curva de sus senos.

—No voy a ir a Panama City —susurró. Sabía que Jan necesitaba su apoyo pero él la asustaba demasiado como para arriesgarse.

—Claro que vas a venir —replicó con suavidad, hablándole al oído para que ella notara el aliento cálido de su respiración en la piel—. Vas a venir porque yo quiero que vengas... y en el fondo, tú también —murmuró en tono misterioso.

Ella le puso las manos en el pecho y lo empujó. Le entró un miedo cerval cuando se dio cuenta de que no podía librarse de él.

—¡No, no! —suplicó inmediatamente y lo empujó con más fuerza. Tenía los ojos muy abiertos—. Por favor, no se te ocurra hacer eso...

Él la dejó libre al instante y observó cómo Margie trataba de recuperar la compostura.

—¿Es sólo conmigo o te comportas así con todos los hombres? —preguntó con voz pausada.

—No soporto que me agarren o me retengan contra mi voluntad —admitió ella—. Me aterroriza.

Él echó un vistazo a la calle a través del parabrisas y distinguió las figuras de Jan y Andy que se dirigían hacia ellos tomados de la mano. Soltó una palabrota para sus adentros.

—Algún día —la amenazó con dulzura—, me vas a contar por qué.

—Yo que tú, no contaría con ello —advirtió Margie, que había recuperado su carácter habitual al mismo tiempo que la calma—. Si voy a Panama City, espero poder verte lo menos posible.

Él esbozó una sonrisa peligrosa.

—Así que vas a venir... Estupendo. Si hace falta te llevaré a rastras.

—Eso se llama secuestro —lo informó ella—. Es un delito.

—Yo decido lo que es legal e ilegal, tengo mis propias leyes, ¿no lo sabías? —manifestó con arrogancia—. Si me empeño en algo, lo consigo.

—Esta vez no.

—Especialmente esta vez —replicó.

Su mirada buscó la de Margie y, durante un instante, ésta sintió como si el mundo desapareciera en la profundidad de los ojos marrones de Cannon. Era como si unos dedos estuvieran recorriendo su piel desnuda, eso era lo que sentía al mirarlo. El tiempo pareció detenerse mientras ella luchaba contra una atracción que no había sentido nunca antes. Cannon no era como se lo había imaginado. Era un rebelde, un proscrito, un pirata al que sólo le faltaba el parche en el ojo. Era la mayor amenaza que había afrontado en toda su vida y una parte de ella quería salir del coche y echar a correr. Pero otra, la más testaruda, estaba intrigada por la curiosidad creciente que sentía por él.

Cannon acercó un dedo a la boca de Margie y tocó delicadamente sus labios; la caricia fue como un suspiro, increíblemente sensual. El dedo se deslizó apenas entre los labios y tocó la blancura de perla de sus dientes. Ella se echó hacia atrás y dejó escapar un extraño jadeo. La boca ancha y sensual de Cannon se curvó en una sonrisa burlona.

—Dime que vendrás a Panama City, Margie —murmuró mientras la pareja formada por Jan y Andy se aproximaba al coche—. O prohibiré a Andy que traiga a tu hermana.

—¡Serías capaz! —lo acusó.

—Muy capaz. ¿Vienes o no? ¡Ya!

—Sí, iré, iré —gimió Margie y apartó la vista. Andy abrió la puerta y Jan y él subieron al asiento trasero. Ambos sonreían y parecían sentirse en la gloria.

—¿Y ahora adónde vamos, hermanito? —dijo Andy entre risas.

—A casa —respondió éste y puso el coche en marcha.

Al cabo de un rato, el Lincoln se detuvo delante de la casa de Margie y Jan y Cannon apagó el motor. Cuando el grupo llegó a la puerta de entrada, Cannon se volvió hacia Margie mientras Andy y Jan se despedían cariñosamente a unos cuantos pasos.

—Pasaré a recogeros a las dos el viernes por la mañana a las seis —dijo con voz pausada.

—Si me dices el nombre de la compañía y el número de vuelo... —alcanzó a balbucir Margie mientras trataba de ocultar lo asustada que estaba.

—¿Número de vuelo? —él sonrió fríamente—. Yo piloto mi propio avión, encanto.

Margie sabía que se había puesto pálida. Notaba cómo la sangre abandonaba su rostro.

—Preferiría no...

—Llevo veinte años pilotando, Margie —su tono impaciente escondía una nota de ternura—. Te prometo que cuando la vida de otros depende de mí, no hago temeridades —la estudió detenidamente—. ¿No has volado en avioneta desde la muerte de tu marido?

Los ojos de Margie miraban la corbata negra de Cannon.

—No.

—Yo cuidaré de que no te pase nada —afirmó él en un tono raro, dulce, que hizo que ella alzara la vista hacia su rostro. Se vio de

nuevo atrapada en la red oscura de los ojos de Cannon y la invadió una extraña ternura.

—Ven conmigo —murmuró él suavemente. Ella intentó hablar pero le faltaba el aliento. Cannon la estaba hipnotizando, era...

—No tengo alternativa ¿verdad? —susurró con voz vacilante.

—No —murmuró él distraídamente. Su mirada bajó hasta los labios suaves y entreabiertos de Margie—. No deseaba tanto la boca de una mujer desde mi época de instituto —dijo en voz baja para que sólo lo oyera ella.

—No te creería ni aunque me lo juraras —respondió Margie tratando de quitarle importancia aunque su corazón latía a la misma velocidad que el de un conejito asustado.

—¿Ah, no?

Dio un paso hacia ella y Margie abrió mucho los ojos. Ya había tenido ocasión de comprobar lo fuerte que era Cannon y le daba miedo. No deseaba averiguar si esa boca tan sensual y levemente cruel era tan experta como parecía.

—Podrías hacerte daño... —dijo sin pensar. No podía pensar. Él bajó la vista hacia el rostro de Margie y vio la ferocidad que había en los ojos de ella.

—Dios mío, te creo —murmuró—. Te defenderías como gato panza arriba, ¿verdad?

Ella asintió lentamente con la cabeza incapaz de romper la magia que los envolvía.

—Con uñas y dientes.

—Al principio —la corrigió él y su mirada descendió como una caricia sobre el cuerpo de Margie antes de volver a clavarse en los ojos de ésta—. Después...

Ella se aclaró la garganta.

—El viernes tengo un compromiso...

—Anúlalo —respondió lacónicamente—. Lo digo en serio. Si te echas atrás, Jan tampoco viene.

Margie buscó los ojos oscuro de Cannon. Estaba confusa, dudaba.

—Si voy, ¿te dignarás a escucharme?

—Sí —respondió él y ella sabía que hablaba en serio.

—Entonces iré.

Él alzó ligeramente la barbilla.

—No prometeré más de lo que puedo ofrecer, Margie.

—Nunca he pensado que fueras a hacer algo semejante —dijo ella con una sonrisa. Él la estudió de nuevo y su mirada se detuvo en los senos.

—Tal vez me he equivocado en una cosa —murmuró.

—¿En qué? —quiso saber Margie.

—En lo del sujetador con relleno —susurró. Ella tuvo que apretar con fuerza los dientes para no abofetearlo pero no pudo evitar ponerse roja como la grana.

—¡Eres infame! —le espetó.

—¿Legítima indignación? —se mofó él—. ¿Pudor ofendido? Creía que eras una mujer liberada.

—Haces que me sienta como cuando tenía trece años —dijo sin pensar, e inmediatamente deseó que el suelo se abriera bajo sus pies y la tragara la tierra por haber reconocido algo así ante un hombre semejante.

—¿En serio? —respondió él en tono burlón.

—Buenas noches, señor Van Dyne —murmuró Margie dándose media vuelta.

—¿No hay beso de despedida? —preguntó Cannon con insolencia.

—Te mordería si te atrevieras a intentarlo —refunfuñó ella. Cannon alzó una de sus espesas cejas al tiempo que sonreía de medio lado.

—Qué intriga. ¿Dónde me morderías?

Margie sabía que estaba derrotada. Sin decir ni una palabra más, dejó a los tres en los escalones de la entrada y entró en casa.

Capítulo 5

—¡Como si yo quisiera darle un beso! —farfulló Margie mientras subía a su dormitorio, sin ver la cara divertida de Jan que la seguía escaleras arriba.

—¿Él quería? —preguntó su hermana. Margie no respondió a la pregunta.

—Es un arrogante y un autoritario —dijo refunfuñando—. Y debo estar loca perdida para haber accedido a este viaje.

—Lo pasarás bien —fue la respuesta—. Y a mí me haces el mayor favor de tu vida.

Margie se calmó y, al llegar a la puerta de su habitación, se giró para dedicarle a su hermana una sonrisa.

—Soy una blanda, y lo sabes —se rió—. Quizá encuentre la manera de evitar a la apisonadora si me pongo a ello. Me llevaré el ordenador: será un incentivo para quedarme en mi habitación y trabajar como loca para cumplir con la fecha límite.

Jan parecía sentirse culpable.

—No te importa que no digamos nada de tus novelas, ¿verdad? —preguntó insegura—. No te pediría algo así si no hubiera una buena razón. Debo decirte que me siento tremendamente orgullosa de lo que has conseguido. Tienes talento, eres famosa... Lo que pasa es que Cannon es tan, tan conservador que...

—No me importa... —dijo Margie—. Será agradable que nadie sepa quién soy en realidad, para variar. Como cuando era reportera,

con mi cámara y mi libreta de notas. Ahora soy una cara en la solapa de mis libros. Mucha gente no se da cuenta de que, bajo el brillo de la fama, no hay nada más que una persona que se dedica a algo que le gusta. No soy nadie especial.

—Claro que eres especial —replicó Jan y la abrazó—. Muy, muy especial.

Margie soltó una risita.

—Pues parece que Cannon no piensa lo mismo —dijo secamente—. En el restaurante, estaba a punto de mandarnos a Andy y a mí castigados al servicio.

Jan también se rió.

—A Andy también le gusta divertirse y le encanta escandalizar. Incluso a Cannon.

—Hablando de convencionalismos —murmuró Margie—, me parece que a lo mejor ese hermano mayor no es la persona estirada que aparenta. Me contó que la imagen conservadora forma parte de su estrategia para despistar a la gente.

—¿Y tú lo has creído?

La pregunta de su hermana menor turbó un poco a Margie.

—Sí —respondió con calma—. Cannon es... impredecible. Esta noche he entendido lo que quiere decir ese refrán de «el que juega con fuego...».

—No le tendrás miedo, ¿verdad? —murmuró Jan con tono divertido.

—¿Yo? —Margie levantó la barbilla como una princesa y se echó el chal por encima del hombro con un gesto teatral—. Te comunico que era famosa en mi clase del instituto por mi capacidad para librarme de los hombres. Cuando se trata de defenderme, no tengo rival. Con los puños, con las piernas, con... ¿Dónde vas?

—Buenas noches —respondió Jan mientras se dirigía a su habitación.

—¡Pero si estábamos llegando a lo más interesante! —protestó Margie.

—Guárdalo para la novela que estás escribiendo, pienso leerla —prometió Jan y cerró su puerta a toda prisa. Margie se giró y entró en su dormitorio con una sonrisa vanidosa.

Pero pasó mucho rato antes de que lograra quedarse dormida. Cuando por fin lo consiguió, Cannon Van Dyne se le apareció en sueños. Se despertó sobresaltada y se sentó en la cama. Su respiración estaba alterada y el cuerpo le ardía. Le temblaban los labios como cuando él había jugueteado con ellos. Tal vez tuviera el aspecto de un severo directivo pero sabía muy bien cómo portarse con una mujer. Margie habría apostado a que lo sabía casi todo en lo referente a las reacciones femeninas, y eso era inquietante. Ella podría resultar vulnerable ante un hombre tan masculino y arrollador, y no quería que nadie le sacara ventaja. Ya había notado que su pulso se disparaba en cuanto él la tocaba. Le espantaba la idea de que Cannon tuviera poder sobre ella.

Tendría que mantenerse a prudente distancia de él durante su estancia en Panama City. Ésa era su única esperanza. No podía arriesgarse a verse envuelta en una relación con otro Larry. Le gustaba demasiado ser libre.

El viernes por la mañana, Margie se puso una blusa verde pálido y un traje de lino blanco muy clásico. Se echó a reír cuando Jan bajó con un sencillo vestido de playa de color verde menta.

—Me parece que me he arreglado demasiado —gimió Margie—. Y seguro que Andy se presenta con pantalones cortos, ¿a que sí?

—No hablemos de Andy —Jan sonrió—. Tú estás muy guapa.

—Tú también. Bueno, vamos a revisar otra vez que todas las puertas, ventanas y llaves de paso estén bien cerradas.

Las dos hermanas habían hecho los preparativos necesarios para ausentarse dos semanas. Habían cancelado las citas que Margie tenía en su agenda, informado al jefe de Jan y pedido a la señora James que vigilara la casa y recogiera el correo.

Revisaron que todo estaba en orden en el piso de arriba y, para cuando volvieron a bajar, un coche estaba estacionando delante de

la casa. El corazón de Margie empezó a latir a toda velocidad. Se echó hacia atrás el pelo con una mano que casi le temblaba de anticipación. Seguro que la causa de ese desacostumbrado nerviosismo era tener que viajar en avión, no la presencia de Cannon, se dijo.

—¡Ya han llegado! —exclamó Jan y fue corriendo a la puerta. Margie no recordaba cuándo su vida y la de su hermana menor habían estado tan llenas de entusiasmo y diversión. Cualquier sacrificio valía la pena con tal de ver a su hermana menor así de contenta.

Jan abrió la puerta y allí estaba Andy, vestido con pantalón bermudas, una camisa de playa y zapatillas deportivas. Se inclinó para darle a Jan un beso suave y luego levantó la cabeza hacia Margie para saludarla.

—Ya sabía yo que voy demasiado arreglada —suspiró ésta.

—Estás muy elegante —comentó Andy observándola detenidamente. Ella fingió una pose como si fuera una modelo.

—¿Llamamos a Vogue y les decimos que pueden sacarme en portada?

Jan y Andy soltaron unas risitas pero la súbita aparición de Cannon en la puerta fue suficiente para acabar con la diversión. Parecía cansado y sin una pizca de humor. Llevaba un traje de safari que, en cualquier otro hombre, habría resultado pretencioso, pero Margie ya se lo estaba imaginando rodeado por un halo de aventura: «el gran hombre blanco», el cazador con el rifle al hombro y una fila de portadores nativos tras él.

Mientras Andy agarraba sus maletas y Jan y él se dirigían hacia el coche, Margie no pudo contenerse.

—¿Es que vamos a pasar por Ciudad del Cabo o por alguna reserva africana? —preguntó a Cannon. Él se quedó mirándola fijamente con los ojos cargados de una violenta emoción.

—Dentro de tres horas y cuando me haya tomado al menos cuatro cafés, a lo mejor me parece divertido —respondió—. Pero ahora mismo lo único que quiero es que nos marchemos.

—¡Vaya, encanto, pues que no se diga que estoy estorbando el paso a un hombre ocupado! —dijo arrastrando las palabras, y agarró su bolso.

Él no se movió como Margie había esperado que haría. Se chocó con su corpachón y lanzó un gemido de sorpresa. Cannon la sujetó por los hombros y la miró a los ojos. Ella se ruborizó.

—Deja de actuar —ordenó él tranquilamente—. Sé tú misma, al menos conmigo.

Margie casi no podía respirar. Él la hacía sentirse rara, joven, nerviosa.

—No estoy actuando —consiguió responder temblorosamente. La agarró con más fuerza y ella se puso rígida involuntariamente.

—Eres como la porcelana —murmuró—. Tan bonita e igual de frágil. Vamos, preciosa. Llevo toda la noche despierto hablando de fusiones y estoy hecho polvo. Vámonos.

—¿Estás seguro de que serás capaz de volar? —preguntó.

—No —admitió él para sorpresa de Margie—. Por eso he llamado a mi piloto para que nos lleve a Panama City. Todavía tengo que hacer muchas llamadas y no puedo hablar por teléfono y pilotar al mismo tiempo.

Ella lo siguió fuera, casi tenía que correr para mantenerse a su paso.

—Jan, ¿llevas mi ordenador?

La pregunta interrumpió la perezosa conversación de su hermana con Andy.

—Sí, claro —Jan sonrió—. Está en el maletero con el resto del equipaje.

—¿Necesitas dar esa imagen de trabajadora incansable para impresionar a la gente? —preguntó Cannon con una sonrisa provocadora.

—Ya te he dicho que siempre me gusta ir un poco por delante y tener escritos los artículos de las semanas siguientes —levantó la vista mientras él le abría la puerta para que subiera al coche—. Y mira quién habla de trabajar demasiado. ¿Alguna vez te relajas?

—Sólo en la cama —admitió Cannon. Ella se ruborizó y apartó la vista rápidamente, consciente de cómo se le había disparado el pulso. Él dejó escapar una carcajada.

—Pero... qué mente tan retorcida tienes. Quiero decir que sólo me relajo cuando duermo.

Margie no se dejó vencer.

—¡Hace un día precioso para viajar! —afirmó con convicción.

Capítulo 6

La casa de verano de los Van Dyne estaba situada apenas a unas millas de Panama City, en Florida. Se hallaba rodeada por un muro alto de piedra blanca, y un sendero empedrado flanqueado por palmeras e hibiscos en flor llevaba hasta la casa. Ésta también era de piedra, espaciosa, con imponentes puertas de caoba y una escalera en curva también de caoba. Los muebles tenían un aire de las Indias Occidentales y el suelo del vestíbulo estaba cubierto con baldosas. El resto de la casa estaba decorada con elegancia: los ventanales, enmarcados por pesadas cortinas y las estanterías y mesas, llenas de objetos y adornos tremendamente caros.

Victorine Van Dyne encajaba a la perfección en aquel ambiente. Era como los muebles de su casa de verano: elegante, venerable y encantadora. Se parecía a sus hijos, a los dos. Tenía los ojos de color marrón oscuro igual que Cannon, pero su expresión era abierta y amigable como la de Andy. Era bajita, de complexión delicada, y una nube de cabellos plateados enmarcaba su cara, a la que era difícil poner edad.

—He oído hablar mucho de vosotras a Cannon y Andrew —dijo Victorine y sus ojos oscuros brillaron—. Diferentes versiones, ya sabéis —añadió con malicia—. Cannon casi no me había dicho nada hasta principios de esta semana pero desde entonces no ha parado de hablar de vosotras. Estoy encantada de conoceros.

Jan le dio un impulsivo abrazo después de que Cannon hiciera las presentaciones y Victorine se lo devolvió con una ligera reserva. Su atención estaba centrada en Margie. Ésta esbozó una sonrisa traviesa.

—A pesar de lo que estoy segura de que le habrán contado sobre mí, no me dedico a la profesión más antigua del mundo.

Victorine le sonrió.

—Iba a preguntarte si te gustaba tu trabajo —se rió—, pero supongo que primero será mejor que te pregunte a qué te dedicas.

—A quedarse en casa y provocar a sus vecinas —dijo Cannon por encima del hombro de Margie, y a continuación desapareció escaleras arriba con varias maletas. Jan y Andy lo siguieron mientras trataban con todas sus fuerzas de no echarse a reír.

—Ahora —dijo Victorine cuando Margie y ella se quedaron solas—, espero que me cuentes qué está pasando.

Y Margie hizo lo que le pedía sin ahorrar detalle.

—Una cosa llevó a la otra y, tras nuestro primer encuentro, Cannon se marchó convencido de que yo era una comehombres. Después del segundo quería mandarme a un sanatorio mental, y ahora creo que querría hacerme picadillo —añadió con una sonrisa.

—Ten cuidado, jovencita —le advirtió la mujer mayor entre risas—. Nunca antes había mostrado tanto disgusto por alguien a primera vista. Podría ser un presagio.

Margie arqueó las cejas.

—¿Algo parecido a un hechizo?

Victorine la miró.

—Cannon me ha dicho que eres viuda.

—Sí —bajó la vista—. Mi marido murió en un accidente de avión hace cinco años.

—Yo perdí al mío hace más o menos ese tiempo —suspiró Victorine—. Su muerte fue un golpe muy duro, no sólo para mí, también para Cannon porque heredó todas las responsabilidades. Andrew lo ayuda, claro, pero el que lleva las empresas es Cannon.

—Un hombre sometido a una gran presión —comentó Margie.

—Grandísima, y no sabe delegar. Y en algún punto del camino ha perdido su sentido del humor y se le ha olvidado cómo disfrutar de la vida. Tuvo un matrimonio difícil y un divorcio aún más difícil. Fue una bendición que no hubiera niños de por medio —miró a Margie—. ¿Tú...?

—No —respondió ella secamente, con más sequedad de la que habría querido imprimir a su voz. Con delicadeza, Victorine le puso una mano en el brazo.

—¿No fue un matrimonio feliz? —preguntó con voz pausada. Margie movió la cabeza a un lado y a otro y, durante un instante, la máscara tras la que se ocultaba se desvaneció. La madre de Cannon pareció entenderlo todo y se alejó.

—Siéntate y vamos a seguir hablando. Tengo angina de pecho y no puedo moverme mucho aunque lo intento —por un momento pareció que estaba enfadada—. Me protegen demasiado, ya sabes. Cannon pide a los empleados que me espíen.

Los ojos de Margie brillaron.

—¿Que él qué?

Victorine frunció el ceño mientras se sentaba en el sofá.

—Hace que me espíen y si hago cosas que él y el tonto ese del médico no me dejan hacer, se pone furioso.

—Debe resultar un tormento —comentó Margie sentándose a su lado—, empezando por vivir con él.

Victorine sonrió y pensó que le gustaba aquella joven. Y tenía la extraña sensación de que a Cannon también llegaría a gustarle.

Los días se sucedían perezosamente. Cannon estaba casi siempre ausente en reuniones de negocios. Jan y Margie se quedaban en la casa disfrutando del sol y de la playa. Hablaban con Victorine, veían la televisión y saboreaban los deliciosos platos que preparaba el cocinero francés. Era la clase de vacaciones que Margie necesitaba desde hacía tiempo y se dio cuenta de que lograba relajarse y se tomaba las cosas con calma. Trabajaba en su libro con un ritmo pausado, sin agobios, casi siempre por la mañana. Pero seguía

perturbándola la mirada pensativa de Cannon cuando estaba en la casa. La miraba del modo en que un gato acecha a su presa, sin parpadear, fijamente, y eso la ponía nerviosa.

—¿Pretendes descubrir si tengo alguna verruga? —preguntó Margie el tercer día en la casa mientras esperaban a los demás para cenar.

—¿Es que tienes una? —inquirió él recostado en el gran sillón que parecía ser de su propiedad particular.

—No en sitio visible —respondió ella pensativamente.

—Ahora me has intrigado —replicó Cannon, y sus ojos oscuros se pasearon perezosamente por el cuerpo de Margie. Ésta llevaba un vestido blanco de tirantes y, de repente, su piel notó como si alguien la estuviera acariciando.

Habría deseado poder devolverle una mirada igualmente sensual pero no se atrevía. Cannon llevaba una camisa azul de seda abierta hasta el pecho y pantalones blancos. Por su apariencia, se diría que era un actor famoso.

—Mañana van a venir a cenar unos señores, una cena de negocios —dijo de pronto, y se detuvo para encender un cigarrillo y dar una calada antes de continuar—. Te agradecería que no te colgaras de la araña y que no te pusieras un vestido escandaloso, del estilo sin espalda.

—No tengo ningún vestido sin espalda —lo informó. Él esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Ni siquiera para escandalizar a la señora James? —la provocó.

—En algún punto tengo que establecer los límites... —contestó ella a la defensiva sin darse por vencida. Cannon miró el modo como sus manos jugueteaban con la tela del vestido.

—Me gusta tu pelo así como lo llevas, suelto —señaló, y dejó que sus ojos se deslizaran por la melena larga y algo despeinada de Margie—. Es sexy.

Ella se ruborizó y se puso inmediatamente de pie.

—¿No tendríamos que entrar ya? —preguntó. Él también se levantó lenta, perezosamente, y fue hacia ella. Se movía con la agilidad y la elegancia de un jaguar.

—¿Me tienes miedo? —dijo acercándose a Margie—. ¿Por qué? Ella se retiró y se encogió de hombros mientras dejaba escapar una carcajada.

—Miedo no. Simplemente, tengo cuidado. A veces haces que me sienta acorralada.

—¿Yo? —dijo él pensativamente mirándola desde arriba—. Qué reacción tan interesante.

Margie lo miró a su vez.

—Creía que esta noche tenías una reunión.

Él soltó una risotada.

—¿Estás tratando de librarte de mí, Margie? Efectivamente tengo una reunión pero después de cenar.

—El trabajo ocupa la mayor parte de tu vida, ¿no? —señaló tranquilamente. Él asintió y se llevó el cigarrillo a los labios. Estaba mirándola, catalogándola, y aquello hizo temblar a Margie.

—El remedio universal, ya sabes —respondió.

—¿Es que necesitas remedios? —contestó con brusquedad. Cannon buscó los grandes ojos de Margie.

—¿Y tú? —preguntó a su vez—. Pasas mucho tiempo sentada delante del ordenador para ser alguien que tan sólo publica una columna a la semana. ¿Te compensa?

—¿Cómo que si me compensa? —tenía que contener las ganas de salir corriendo.

—Por la falta de un amante —dijo sin rodeos y sonrió burlonamente al ver que los ojos verdes de Margie casi se salían de sus órbitas.

Capítulo 7

Margie sintió que se quedaba sin respiración momentáneamente y levantó la vista hacia los ojos oscuros y burlones de Cannon.

—No quiero amantes —respondió fríamente.

—Eso lo dejas muy claro —dijo él imperturbable—. Pareces una mujer a la que nadie ha tocado hace años. Ni acariciado —murmuró. Se acercó a ella y le pasó el dorso de los dedos por el pómulos. Ella se apartó de un salto con los ojos como platos y los labios entreabiertos.

—¡No...! —le advirtió. Él alzó la cabeza y la estudió detenidamente. El humo del cigarrillo formaba una delgada pantalla de humo entre ellos.

—No te gusta que te toquen, ¿verdad? —preguntó—. Lo cual prueba mi teoría. ¿Cuánto tiempo hace que no te ha besado un hombre? Que no te ha besado de verdad, con pasión.

Margie sentía que se asfixiaba.

—El sexo no lo es todo, señor Van Dyne —afirmó puntuando cada palabra.

—Hablas como una monja —alabó él con sorna.

—Los hombres sólo pensáis en eso —lo acusó—. ¿Qué importancia pueden tener para vosotros las necesidades de una mujer?

—¿Y qué sabes tú de lo que necesita una mujer? —la retó él, y dejó que sus ojos vagaran por el cuerpo de Margie—. Dime una

cosa, Silver. ¿Tu marido murió de verdad en un accidente de avión... o pereció de congelación en tu cama?

Ella levantó una mano sin pensar. Fue un gesto involuntario, una respuesta pasional, pero él fue más rápido. Le agarró la muñeca con mano de hierro y detuvo la mano de Margie a apenas unos centímetros de su bronceada mejilla.

—Si vuelves a levantarme la mano, fierecilla, te tumbaré en el suelo y te daré unas clases de pasión que nunca has visto —le advirtió con voz pausada.

—¿Qué sabrás tú de pasión, si eres un adicto al trabajo? —replicó ella mientras trataba de librarse de la mano que atenazaba su muñeca. Tenía el pelo revuelto y las mejillas encendidas, estaba realmente guapa.

El se rió por lo bajo. Alargó el otro brazo para sujetarla y la pegó a su cuerpo. La retenía con una facilidad sorprendente, sin esfuerzo. Ella lo miró con ojos asustados y se revolvió con ímpetu. Su expresión revelaba la aprehensión que sentía.

—Maldito seas —balbució mientras intentaba darle patadas en las espinillas.

—Por fin —murmuró él—. La mujer real debajo de la máscara.

Ella le puso las manos en el pecho para empujarlo y sus palmas entraron en contacto con el vello rizado que lo cubría. Se quedó helada ante aquel contacto inusual. Siempre había evitado tocar a Larry pero descubrió que a sus manos les gustaba el tacto de la piel de Cannon y, precisamente por eso, las retiró como si se hubiera quemado.

Él la agarró por el pelo, una melena sedosa y abundante, y la obligó a levantar la cara y mirarlo. Sus ojos se habían oscurecido mientras ella se debatía hasta volverse casi negros, y su mirada no era risueña. Sus labios estaban entreabiertos y las aletas de la nariz, dilatadas.

—Suéltame, Cannon —susurró ella temblando.

—Estamos peleando, encanto —replicó con un voz profunda, ronca—. Y has perdido. ¿Nunca has oído quién se queda con el

botín?

Estaba bajando la cabeza y ella tenía miedo, miedo de que la obligara a someterse.

—¡Por favor, no! —gritó y su cara se quedó blanca como el papel mientras veía sobre ella la cara de Larry, insensible, dominada por el deseo sexual... De pronto Cannon la alzó en brazos, la llevó al sofá y la tumbó encima. Sus ojos mostraban confusión y preocupación a la vez.

—¿Quieres un brandy? —preguntó. Ella meneó la cabeza a derecha e izquierda. Su respiración era agitada. Cerró los ojos con la esperanza de que él se marchara.

—¿Vas a contarme qué es lo que te pasa? —inquirió él concisamente—. Me acerco a ti y retrocedes; te toco y parece como si te hubiera arrancado la piel. Y ahora, hace un momento... Dios mío, ¿es que creías que iba a violarte?

Margie no era capaz de mirarlo.

—No me gusta que me retengan contra mi voluntad —susurró—. No lo soporto.

—Ya me he dado cuenta.

—Entonces ¿por qué lo haces? —farfulló con la voz quebrada. Él respiró hondo.

—Tú hieres mi orgullo —explicó con voz calmada—. No me gusta que me digan que soy un adicto al trabajo sin sentimientos.

Ella se sentó y suspiró pesadamente.

—No se trata de ti —dijo con tono cansado—. No es por ti.

—Entonces ¿por qué es? —quería una explicación. Ella se rió con amargura.

—Deja de intentar tomar por asalto la ciudad, ¿de acuerdo, Atila? —le pidió—. Yo no me entrometo en tu vida, ¿a que no?

Él frunció el entrecejo.

—No, tengo que reconocerlo. Y eso también me irrita —murmuró al tiempo que se giraba para ver llegar a los demás y se olvidaba de la tensión que reinaba en el ambiente.

—¡Salvada! —susurró ella para irritarlo.

—Sólo por ahora —aseguró él.

Esa noche, cuando Margie estaba a punto de subir a acostarse, Cannon regresó de su reunión de negocios. Sin casi mirarla fue hasta la barra del bar que había junto al salón y se sirvió un brandy. Llevaba la camisa abierta hasta la cintura y la chaqueta blanca del traje colgada al hombro. Dejó ésta encima de la barra y se bebió el brandy de un trago. Tenía el pelo revuelto como si lo hubiera despeinado la brisa del mar, y los ojos rojos, cansados.

Margie se alejó lentamente con la esperanza de salir de allí sin tener que hablar con él pero Cannon se interpuso entre la puerta y ella con una sonrisa tan burlona que decidió sentarse en el sofá en lugar de intentar escapar.

—¿Qué es lo que tengo que siempre te entran ganas de salir corriendo? —preguntó él secamente. Se dejó caer en el sofá junto a ella y cruzó una pierna.

—No me gusta tu manera de abordar las cosas —le espetó, y se frotó los brazos como si tuviera frío.

—Dios mío, ¿qué manera de abordar las cosas? —dijo refunfuñando—. Antes querías pegarme, ¿ya no te acuerdas?

La cara de Margie se quedó helada.

—¿Y tú ya no te acuerdas de lo que me has dicho?

—Pues no, no me acuerdo —admitió él—. No era nada importante —respiró hondo mientras ella bufaba en silencio—. Estoy cansado. A medida que me hago mayor, más me convengo de que los ejecutivos de segundo nivel sólo existen para volverlo a uno loco.

—¿Has tenido que lidiar con alguno esta noche, puedo suponer? —preguntó y apretó las manos en el regazo. No podía salir corriendo. Él dejó escapar una carcajada breve.

—Ésa es una manera agradable de decirlo.

Los ojos de Margie se posaron en la mano de Cannon, la mano bien dibujada que sujetaba el cigarrillo. Tenía manos fuertes, pensó, muy masculinas. Sus ojos se elevaron de manera involuntaria hasta

el pecho de Cannon medio desnudo, y notó que un estremecimiento la recorría mientras recordaba la sensación de sentirlo bajo sus manos. No tenía intención de tocarlo, no deseaba hacerlo, pero aquel fugaz contacto con la piel cubierta de vello rizado había desencadenado sensaciones increíbles en ella. Avergonzada de sus propios pensamientos, volvió a bajar la vista a las manos de Cannon mientras notaba que sus mejillas se ruborizaban.

—¿Mis manos te molestan? —preguntó él pausadamente—. Puedo guardarlas en los bolsillos...

Ella se aclaró la garganta.

—Estaba pensando una cosa —dijo entre dientes. Él terminó de fumar su cigarrillo y lo apagó en el cenicero más próximo.

—No bebes, ¿verdad? —preguntó con ánimo de relajar la conversación—. La noche que cenamos en Louis Dane's no tocaste tu copa, y nunca bebes vino en las comidas.

Ella levantó la vista hacia él.

—No me gusta el alcohol —admitió—. No sabes las cosas que te llamé la noche que nos conocimos cuando pediste para mí esa copa que, por supuesto, ni toqué y además me dejaste plantada con la cuenta.

Él se rió a gusto.

—Uno de estos días te compensaré.

Apoyó un brazo, largo y poderoso, en el respaldo del sofá y la estudió. Aquel gesto hizo que la camisa se le abriera todavía más, y Margie tuvo que apartar la vista para no quedar hipnotizada por la visión de su torso desnudo tremendamente masculino.

—¿Por qué no bebes?

—No podría tragar esos jarabes —respondió ella.

—¿Es eso verdad? ¿O es que el alcohol está asociado a algún recuerdo desagradable en tu memoria?

Ella pensó en el alcoholismo de su padre y notó que se ponía pálida.

—Me gusta mucho tu madre —dijo para cambiar de tema—. Tiene mucha personalidad.

Él vaciló pero finalmente aceptó abandonar aquella conversación.

—A la fuerza —respondió al cabo de un minuto—. Mi padre era militar, coronel retirado. Participó en dos guerras. En tiempo de paz, se aburría, así que para divertirse intentaba reglamentar estrictamente las vidas de la gente que lo rodeaba.

—¿En especial la tuya? —tanteó ella. Él alzó una ceja.

—Muy perspicaz —se rió—. Sí, en especial la mía. Al menos hasta que superé mi necesidad adolescente de obtener su aprobación. Nuestras peleas eran legendarias y a él le encantaban. Hasta que murió.

Ella buscó con la mirada los ojos oscuros de Cannon.

—¿Y Andy?

Cannon se encogió de hombros.

—Andy no se pelea con nadie y aún menos conmigo —añadió con aire desafiante.

—¿Eso es una advertencia?

—Tómalo como quieras —encendió un cigarrillo sin ofrecerle a ella—. Andy no tiene un carácter fuerte. Necesita una mujer lo bastante sofisticada como para mantener a los lobos a raya.

—¿Insinúas que es un débil que necesita una arpía como socia? —replicó—. Lo estás insultando y, además, no es verdad. Andy puede ser alegre y divertido pero no es un blando. Algún día lo averiguarás tú mismo.

Él arqueó ambas cejas con gesto insolente.

—¿Te crees que vas a enseñarme a mí cómo es mi hermano?

—No pienses que lo conoces mejor que nadie —se apresuró a responder—. Nunca conocemos del todo a los demás. Todos tenemos una parte de nosotros que ni siquiera nuestra familia conoce.

—Entonces ¿cómo conoces tú esa parte oculta de la personalidad de Andy?

—Cuando trabajaba en el periódico, aprendí a conocer a la gente —lo informó—. Andy tiene una determinación de acero bajo su

aparente afabilidad. Tú todavía no lo has descubierto porque hasta ahora no le negabas nada de lo que quería. Dile que no puede quedarse con Jan y verás lo que ocurre —lo retó.

Los ojos oscuros de Cannon se entrecerraron amenazadoramente mientras el olvidado cigarrillo despedía volutas de humo que ascendían por el aire entre ambos.

—Cielo santo, tienes valor.

—¿Qué pasa, señor Van Dyne? —lo reprendió ella—, ¿no estás acostumbrado a que la gente te discuta?

—No —admitió.

—Bueno, tal vez asustes a tu junta directiva pero hace falta mucho más que un fabricante de ropa interior... ¡Ay!

Margie se quedó boquiabierta cuando la mano de Cannon surgió de repente, la agarró por la nuca y tiró de ella hasta que su cara estuvo debajo de la de él.

—Tú sigue provocándome... —dijo en voz muy baja—. Estoy cansado y no tengo humor y esta tarde ya me has sacado de mis casillas.

—Déjame —gritó ella al tiempo que ponía las manos en el pecho de Cannon y lo empujaba, igual que había hecho antes. Y había perdido. Pero ahora se trataba de algo distinto. Tenía el pulso disparado pero no era de miedo.

Él cerró más la mano en torno a su cuello y la obligó a apoyar la mejilla en su hombro. No la tocó de ningún otro modo, sólo con esa mano implacable como el acero.

—Adelante, encanto, pelea —la miraba fijamente a los ojos mientras su cabeza descendía hacia Margie—. Pero lo único que vas a conseguir retorciéndote contra mí es que me excite todavía más...

Ella se quedó sin aliento ante aquella insinuación y, cuando sus labios se separaron, él la besó.

Margie sentía que su cuerpo se arqueaba mientras unos labios cálidos y firmes se abrían paso en su boca y los dientes de Cannon mordisqueaban dulcemente los suyos. Aspiró el olor a tabaco y a

brandy, la fragancia de una colonia cara, y sintió una emoción nueva y extraña que iba derritiendo el hielo en su interior. Cannon era increíblemente fuerte. Seguía sujetándola por el cuello y su boca se mostraba deliberadamente ofensiva, movía la lengua de un modo que la hacía sonrojarse. Podría clavarle las uñas, arañarlo, pero no lo hizo. Tenía las manos recogidas contra su propio pecho. Gimió, abrió los ojos y se encontró a Cannon mirándola con un brillo burlón y divertido en la mirada mientras su boca controlaba y dominaba la de ella.

Aquello era más serio de lo que se imaginaba. Con anterioridad, ningún hombre la había mirado a los ojos mientras la besaba y una oleada cálida recorrió su cuerpo. Eso la asustó más que la fuerza de Cannon. De repente, apartó su boca y se escurrió hacia abajo para escapar de la mano que la sujetaba por el cuello. Fue un movimiento tan rápido que perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás contra el brazo del sofá. Respiraba pesadamente y en sus ojos había miedo, desenfreno y emoción. Tenía los labios hinchados y su cuerpo temblaba. Miró a Cannon como un animal acorralado.

Él la estudió con detenimiento. No tenía ni un pelo fuera de su sitio, estaba impecable, y se llevó el cigarrillo a los labios con dedos firmes.

—Ha sido repugnante —le reprochó ella. Sus ojos centelleaban y lo miraban acusadoramente. Una sombra cruzó por los ojos de Cannon pero la expresión de éste no se alteró.

—Tú te lo has buscado, encanto —respondió con desenfado.

—Perdone usted —replicó ella mientras se esforzaba por recuperar el aliento—. Yo no encuentro placer en que me babeen.

Él frunció levemente el ceño.

—¿Así es como llamas a un beso, Silver, «babeear»?

Ella se puso de pie y se alejó. Sentía debilidad en las rodillas y su mente daba vueltas confundida. ¿Cómo podía hacerle entender lo profundas que eran las cicatrices que le había dejado su matrimonio? Nunca lo entendería. Un machista como él..., imposible.

—Me voy a la cama —dijo con voz ahogada. Se humedeció los labios secos y encontró el sabor de Cannon todavía en ellos.

—¿Te bates en retirada? —la provocó. Ella apoyó la mano en el pomo de la puerta. Así, furiosa, estaba muy guapa. Sus ojos refulgían como dos esmeraldas colombianas.

—Sólo Dios sabe de qué eres capaz —replicó. Cannon se recostó en el sofá y la miró con descaro e insolencia.

—No albergues demasiadas esperanzas, encanto —murmuró—. Tengo que sacudirme a las mujeres, todas quieren entrar en mi dormitorio. Tendrías que guardar cola.

—Ni siquiera compraría entrada para semejante lugar —aseguró ella.

—Entonces estamos empatados —respondió Cannon y dejó escapar una risa amarga—. Besarte a ti es como besar a un cadáver.

Ella se quedó sin respiración. Le había dolido; y mucho. Se giró y abrió la puerta.

—¡Margie! —llamó Cannon de pronto.

Ella se detuvo un instante pero no se dio la vuelta. Luego cerró de un portazo y no paro de correr hasta llegar a su habitación.

Capítulo 8

Margie y Cannon apenas se dirigieron la palabra en la mesa del desayuno, y ella evitó mirarlo. No podría soportar la expresión de mofa que sabía que encontraría en su mirada. El recuerdo del beso de la noche anterior estaba todavía demasiado reciente.

—¿A qué hora has dicho a tus invitados que vengan, cariño? —preguntó Victorine a Cannon mientras terminaban de desayunar y compartían una segunda taza de café.

—A las seis —contestó, y Margie notó que la estaba mirando—. Lo que dije sobre su atuendo de esta noche iba en serio, señora Silver. Si bajas esas escaleras vestida con algo escandaloso, yo mismo volveré a llevarte arriba.

Margie no replicó. Mantuvo la mirada fija en su plato y oyó cómo la silla de Cannon arañaba el suelo cuando éste la retiró para levantarse. Luego oyó un bufido y el ruido de pasos que se alejaban.

—Bueno, bueno —murmuró Victorine mirando a Margie—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Habéis reñido?

Margie levantó la vista y dio gracias por que Jan y Andy no estuvieran por allí y no hubieran presenciado la escena.

—Podría decirse así —murmuró lacónicamente. Dio un sorbo a su café—. ¡Es insoportable!

—También su padre —la informó Victorine. Sonrió con melancolía—. Pero yo lo quería con locura. Una vez averigüé por

casualidad que, cuando estaba más furioso y más miedo daba, podía calmarlo sólo con poner mis brazos alrededor de su cuello.

Margie se quedó mirándola fijamente.

—Preferiría dejarme matar antes que rodear el cuello de Cannon con los brazos.

La anciana sonrió.

—¿De verdad? ¿No será que Cannon te perturba?

Ella se movió, nerviosa.

—Me... me asusta.

—Sí, ya lo sé. También tú lo asustas a él. Nunca se había mostrado tan hostil con un invitado. Me doy cuenta de cómo se eriza cuando tú entras en la habitación; y siempre te sigue con la mirada.

Margie parecía incómoda. Fue a agarrar la taza de café con demasiado ímpetu y casi la vuelca. Respiró hondo mientras la estabilizaba. Victorine cubrió la mano de Margie con la suya.

—No dejes que te asuste, Margie. Es inflexible, pero porque siempre ha tenido que serlo. Sin embargo, puedo asegurarte que nunca te haría daño deliberadamente.

Margie estuvo a punto de discutir aquella última afirmación pero cayó en la cuenta de que había sido ella la que había provocado el violento enfrentamiento de la noche anterior. Y empezaba a preguntarse por qué. ¿Sería porque sabía que si lo hacía enfadar lo suficiente, la tocaría? ¿Era eso lo que deseaba que pasara?

—Está muy solo —siguió diciendo Victorine.

—No es eso lo que me ha dicho —murmuró Margie con los ojos entrecerrados—. Me dijo que tenía que sacudirse a las mujeres, me ha insinuado que nunca le falta compañía en la cama —de pronto recordó con quién estaba hablando y se sonrojó. Victorine sonrió con regocijo.

—Me preguntó por qué te habrá dicho algo así —murmuró—. Además, no es verdad. Desde que Della lo dejó..., mejor dicho, desde que él la echó de casa, no ha tenido ninguna relación seria. Sí, claro, a veces sale con mujeres, no olvides que es un hombre,

cariño. Pero no se implica emocionalmente, pone su corazón a buen recaudo. Y no ha dejado que ninguna mujer se acerque a él.

Margie se quedó mirando con preocupación el líquido negro que llenaba su taza.

—¿Puedo preguntar por qué su esposa... se marchó?

Victorine sonrió con tristeza.

—No por la razón que podrías suponer —dijo amablemente—. Sencillamente, a Della le gustan los hombres. Creo que en medicina hay un término para denominar esa obsesión con el sexo. El orgullo de Cannon sufrió mucho antes de que por fin se cansara y decidiera divorciarse —estudió detenidamente a Margie—. Tu marido te trataba con crueldad en la cama ¿verdad? —dijo pausadamente y suspiró—. Pero, cariño, no todos los matrimonios son así. Tuviste una mala experiencia pero no debes dejar que eso arruine tu futuro. No debes, Margie —extendió un brazo y le tocó ligeramente la mano—. Eres demasiado joven para dejar de vivir la vida.

Los grandes ojos de Margie se encontraron con los de Victorine y ésta vio todos sus miedos.

—En mi vida, los hombres no han sido precisamente la flor y la nata —dijo con calma—. Lo que sé de mi propio padre es muy poco agradable, y mi marido fue otra decepción... —levantó la vista—. Supongo que no todos los hombres son unos monstruos pero ¿cómo puedes distinguir a uno malo de uno bueno antes de haber empezado a vivir con ellos? —murmuró con tristeza—. Yo creía que Larry era el mejor del mundo. Si no puedo confiar en mi propia capacidad para juzgar a los demás, entonces ¿cómo voy a dar crédito a mis impresiones sobre una persona?

Victorine parecía preocupada.

—Tienes que aprender a confiar de nuevo —dijo—. Ya sé que es más fácil decirlo que hacerlo pero quizás averigües que surge de manera natural cuando conozcas al hombre adecuado.

Margie suspiró y terminó su café. Sonrió con timidez.

—Nunca había hablado de esto con nadie. Excepto tal vez con Jan.

—Me halaga que me lo digas. ¿Y tu madre?

—Murió al dar a luz a Jan. Apenas la recuerdo. Nos crió mi abuela McPherson, una anciana muy estricta. Le interesaba más inculcarnos disciplina que darnos afecto —suspiró y esbozó una sonrisa—. La queríamos pero en toda nuestra vida Jan y yo sólo nos hemos tenido la una a la otra...

Victorine la miraba con una expresión rara, atenta, vigilante.

—¿McPherson? —murmuró.

Margie deseaba haberse mordido la lengua. ¿Y si Victorine había descubierto su verdadera profesión? El apellido de su abuela era el que utilizaba como seudónimo para firmar sus novelas.

—¿Ocurre algo? —preguntó mientras estudiaba el rostro de la madre de Cannon. Victorine se encogió de hombros.

—Me he quedado pensando dónde he oído antes ese apellido —se rió—. Y como tu cara me resulta tan familiar... Bueno, en fin, me imagino que todos nos parecemos a alguien, ¿no?

—Sí, supongo que sí —fue la respuesta de Margie aliviada de poner fin a aquel asunto.

—Me gusta tu hermana —comentó Victorine—. Me gusta cómo actúa Andy cuando está con ella. Se muestra muy protector, muy capaz..., muy diferente del Andy de antes, que siempre estaba esperando la aprobación de Cannon antes de actuar. Está muy cambiado.

—Jan lo quiere mucho —observó Margie—. Nunca la había visto así de feliz. Pobre Jan, era siempre la que pagaba el mal carácter de Larry pero estaba obligada a quedarse con nosotros porque no tenía adónde ir. Desde que ha conocido a Andy la veo reírse, jugar, bromear... Creía que ya se había olvidado de cómo se hacían esas cosas.

Victorine parecía pensativa.

—Y eso mismo podría decirse también de ti, ¿no? —planteó con delicadeza—. Siempre estás trabajando, a todas horas. ¿No serás como esos novelistas frustrados que están siempre escribiendo la

novela del siglo pero que nunca la terminan? Vamos, confiesa.
¿Escribes novelas?

Margie se echó a reír a carcajadas.

—Muy bien, de acuerdo. Sí, escribo novelas.

—¡Lo sabía! ¿Qué tipo de novelas?, ¿de misterio?

—Sí —mintió Margie—, ¿cómo lo ha adivinado?

La madre de Cannon se rió.

—No lo sé, se me ha ocurrido de repente. A mí personalmente, lo que me gusta son esos novelones de tipo histórico con historias románticas y un poco picantes. Los devoro —estudió a Margie con ojos pensativos—. ¿Tú también lees ese tipo de libros?

—No, no, son demasiado sugestivos para mi gusto —mintió Margie pidiendo perdón por engañar a su anfitriona.

—Ah, ya —Victorine bajó la vista hacia su café pero en su boca se dibujaba una sonrisa apenas disimulada.

—Cannon no quiere que Jan y Andy se casen —dijo Margie sin percatarse de esa sonrisa.

—Sí, estoy al tanto —Victorine se acabó el café—, pero se le pasará. Todo lo que necesita para cambiar de opinión es conocer más a Jan y verla con Andy. Lo que pasa es que Cannon es contrario al matrimonio. Es muy protector con Andy y no quiere que cometa un error. Su experiencia en ese terreno lo amargó mucho, igual que a ti. Pero se le pasará.

Margie suspiró.

—Espero sinceramente que tengas razón.

Capítulo 9

Margie había albergado la esperanza de quedarse en su habitación esa noche y evitarse así tanto la cena con los invitados como tener que ver de nuevo a Cannon. No quería volver a enfrentarse a él hasta no tener claro cuáles eran sus sentimientos pero Victorine no quiso ni oír hablar de semejante idea.

—No vas a esconderte en tu habitación, de eso puedes estar segura —afirmó con convencimiento, y de pronto su reducida figura pareció agrandarse.

—No me estoy escondiendo —aseguró Margie—. Es como si esta noche me quedara hibernando con el fin de recuperar fuerzas para mañana.

—No —se negó Victorine con firmeza—. Y espero que te pongas el vestido más sugerente que tengas —añadió con una sonrisa—. Yo haré lo propio. Así aprenderá.

Margie se echó a reír.

—Será una suegra fantástica...

—Y me imagino que no te importaría presentarte como candidata al puesto de nuera... —tanteó Victorine esperanzada.

—Con quien quiere casarse Andy es con Jan, no conmigo.

—Sabes muy bien que no me estoy refiriendo a Andy —ladeó la cabeza del mismo modo como lo hacía su hijo mayor—. A Cannon le gustas, lo sabes. No lo puede ocultar.

Margie entornó los párpados.

—No quiero una relación de ese tipo. Me da miedo.

—A él también —replicó Victorine y sonrió al ver la expresión de incredulidad de Margie—. Es cierto. Della lo amargó. Siempre se asegura de que sus amigas sean mujeres muy sofisticadas y liberales y que su idea del compromiso sea una habitación de hotel para pasar una noche —añadió con picardía.

—Eso es todo lo que quiere de mí también —dijo Margie en voz baja.

—¿Estás segura? —inquirió Victorine—. Podrías llevarte una sorpresa, cariño. Ahora date prisa y arréglate. Y no lo olvides..., ¡ponte algo provocativo!

Pero Margie no había metido en la maleta nada que fuera ni medianamente provocativo, así que, en consonancia con su estado de ánimo, eligió un vestido de estilo victoriano con escote alto, cerrado con un lazo, y volantes en la pechera y también en el dobladillo de la falda, que era larga y con mucho vuelo. Se puso unos zapatos de tacón alto abotinados, se recogió el pelo en un moño alto y casi no se maquilló. Con aquel vestido, su delgada figura adquiriría una delicadeza a la antigua usanza, muy elegante. Además, esa noche no estaba de humor para fiestas y quería que su aspecto fuera acorde con su humor.

Bajó y se encontró a Victorine y a Jan de pie junto al arranque de la escalera.

—¿Qué te parece, es lo bastante sugerente? —preguntó la madre de Cannon, y se movió un poco para mostrar su vestido de color ciruela, de terciopelo y muy escotado. Entonces reparó en cómo iba vestida Margie.

—Deja ver el tobillo —dijo ésta a modo de explicación—. En su época, a principios del siglo veinte, era muy provocativo.

Victorine se rió.

—Lo creo.

Margie observó a Jan. Estaba preciosa con su vestido de seda amarillo pálido que se ceñía a las curvas suaves de cuerpo.

—Pareces una rosa del árbol de té —dijo a su hermana pequeña.

—¿A que sí? —Victorine acababa de decirle exactamente lo mismo—. Tienes mucho gusto vistiendo. Uno de estos días, esa habilidad puede llegar a ser importante.

Jan se ruborizó y sonrió.

—He pensado que Andy podía sentirse incómodo si me ponía algo llamativo.

—¿Cómo? —preguntó Andy que se acercaba a ellas en ese instante, muy elegante y trajeado—. ¿Yo incómodo? ¡Ni hablar!

Jan se rió y corrió a su encuentro.

—¿Estoy bien? —preguntó. Quería que él le diera su aprobación.

—Estás para comerte —murmuró y se inclinó hacia delante para darle un beso en la frente.

—¿Podrías reservar eso para cuando estéis en vuestro dormitorio? —refunfuñó Cannon mientras se unía a ellos. Lanzó a su hermano menor una mirada intimidadora—. No puedo andar por esta casa sin encontrarme con vosotros dos haciendo arrumacos por los pasillos.

—Si te molesta, no mires, hermanito —respondió Andy en una repentina e inusual muestra de carácter. Luego sonrió fríamente—. Y para tu información, Jan y yo no compartimos habitación. Tendremos tiempo de sobra para eso... cuando nos casemos.

—¿Sin mi aprobación? —fue la contestación insolente de Cannon.

Andy se puso muy tieso y abrazó con fuerza a Jan.

—Si es necesario, sí. Mírame bien, Cal. Me he hecho mayor, ya no soy el chico de instituto deslumbrado por tu machismo. Y lo creas o no, soy muy capaz de mantenerme y de mantener a Jan.

—¿Y dónde vas a trabajar, si se puede saber? —quiso saber Cannon. Andy cambió de postura.

—Pues en la fábrica, claro.

—Piénsalo otra vez —contestó Cannon con una mirada triunfal—. Si te casas sin mi aprobación, tendrás que empezar desde abajo y sin un centavo.

—¡Cannon...! —comenzó a decir Victorine.

—El testamento dice muy claramente que el control absoluto de tu parte de la herencia me corresponde a mí... hasta que cumplas treinta años —añadió Cannon y se llevó una mano al bolsillo para sacar la pitillera—. Y no pensarás cuestionar mi autoridad para contratar y despedir a quien yo quiera... Así que no te pases de listo conmigo porque eso no te conducirá a ninguna parte.

—Si nos perdonáis —se limitó a decir Andy mirando a Victorine y a Margie—, me parece que vamos a cenar en la ciudad.

Jan parecía a punto de echarse a llorar y el corazón de Margie estaba deshecho. ¡Dichoso Cannon! Mientras lo pensaba, le decía con la mirada bien a las claras, lo que pensaba de él. Pero Cannon no se inmutó.

—Siento que tengamos invitados esta noche —dijo Victorine y dirigió a su hijo mayor una sonrisa fría aunque su mirada ardía de indignación—. Me encantaría discutir contigo lo que acabas de decir, hijo mío.

Cannon sonrió regocijado al notar la furia contenida de su madre.

—No lo dudo. Pero por mucho que me presionéis Andy y tú, no pienso ceder ni un milímetro hasta que no esté convencido de que mi hermanito no se está equivocando.

—¿Piensas pasarte el resto de tus días diciéndole con qué mujeres debe salir, qué cubierto tiene que usar, qué programas puede ver en la tele...? —intervino Margie.

—Esto no es asunto tuyo —se limitó a responder él.

—Jan es mi hermana; claro que es asunto mío —lo miró fijamente—. Ya ha sufrido bastante en su vida sin necesidad de que alguien tan protector y envarado como tú le complique las cosas.

Cannon la miró como si quisiera morderla. Victorine estaba a punto de abrir la boca para hablar cuando sonó el timbre de la puerta.

—Aquí están tus invitados —se apresuró a decir—. El mayordomo los hará pasar al salón pero ¿no deberíamos ir a recibirlos?

Cannon todavía estaba mirando fijamente a Margie.

—Luego —dijo amenazadoramente—, tú y yo vamos a tener unas palabras.

—¡Lo estoy deseando! —respondió Margie puntuando cada palabra y le lanzó una sonrisa llena de dulzura. Cannon dio media vuelta y se dirigió enfadado, a grandes zancadas, hacia la puerta de entrada mientras Victorine dejaba escapar un suspiro de alivio y animaba a Margie a seguirla. En el umbral había dos hombres, uno alto y serio y otro bajo y gordo con la cara congestionada. Cannon los hizo pasar al salón y lanzó una mirada de advertencia a Margie mientras le presentaba a Bob Long y Harry Neal.

Al cabo de unos momentos, Margie se encontró en una esquina del salón con Bob Long mientras los demás discutían sobre la política económica del gobierno.

—¿Le interesa la política? —preguntó Margie educadamente. Él negó con la cabeza, parecía irritado.

—Lo mío es la gestión del agua y las medidas de ahorro en distribución y consumo —miró a Margie—, pero no puedo esperar que le interese hablar de semejante asunto.

Aquella actitud tan prepotente la ofendió un poco pero a pesar de todo sonrió.

—Al contrario, es un tema que me apasiona también a mí. Soy de una ciudad pequeña cerca de Atlanta. Gastamos dos millones de galones al día y recibimos el agua de un afluyente del río Chattahoochee. La ciudad que se encuentra más cerca de la nuestra tiene una fábrica que utiliza ella sola, un millón de galones de agua al día; por no hablar del consumo individual que asciende a tres millones de galones.

Bob Long se quedó mirándola fijamente, como si temiera haber oído mal.

—¿Y se abastece del mismo afluyente?

—En parte —respondió Margie—. Pero el año pasado, con la sequía, la ciudad tuvo que excavar tres nuevos pozos para cubrir las necesidades de agua y ahora están examinando si es factible construir una planta depuradora para todo el condado.

—Lo mismo nos pasó a nosotros —dijo él y procedió a contarle los detalles del problema y las medidas que habían tomado las autoridades para solucionarlo.

Cuando Cannon los interrumpió estaban charlando animadamente sobre las nuevas leyes que regulaban el consumo de agua por municipio.

—Siento interrumpir, Bob —murmuró y lanzó una mirada severa a Margie—, pero Harry y yo necesitamos que nos aclares algunas cosas de la oferta de fusión.

—Fusión... —Bob Long parpadeó—. Ah, sí, la fusión —se giró y le ofreció la mano a Margie—. No recuerdo cuando fue la última vez que disfruté tanto con una conversación. Tenemos que seguir hablando.

Cannon parecía confuso, la miraba de una forma rara, y se alejó con su invitado. Andy y Jan acababan de unirse al grupo. Andy parecía dispuesto para el combate y la propia Jan tenía el aspecto de estar preparada para participar también ella en la refriega si era necesario. Ni siquiera la mirada hostil de Cannon cuando entraron en la sala logró incomodar a ninguno de ellos.

—Vaya, vaya —bromeó Margie—. ¿Habéis cambiado de idea?

—Pues sí —Andy sonrió—. En la universidad hice un curso de artes marciales. He salido fuera, he mirado el coche y me he dicho que uno sólo huye cuando todas las apuestas están en su contra.

—Lo mismo digo —intervino Jan con una rara muestra de carácter—. Quizá no le guste a Cannon pero va a tener que aceptarme antes o después.

Margie les sonrió.

—Bien dicho. Os ayudaré en todo lo que pueda, incluso me ofrezco a manteneros si es necesario hasta que encontréis la forma de salir adelante.

Andy le lanzó una cálida sonrisa.

—Nunca lo permitiría —dijo—, pero tu apoyo significa mucho para nosotros. Gracias.

—¿Para qué sirven si no las cuñadas? —Margie se encogió de hombros teatralmente.

—Por cierto —continuó Andy—, ¿cómo has conseguido que el viejo Long te sonría? Eso me ha parecido ver cuando entrábamos... Odia a la gente, siempre se queda en un rincón con su vaso en la mano hasta que llega el momento de hablar de negocios y entonces, por sistema, se muestra en desacuerdo con cualquier cosa que se diga.

—¿Long? Ese nombre me suena —murmuró Jan pensativa.

—Seguramente. Llevo semanas quejándome de él —miró a Margie—. Cal está intentando convencer a Long para que su fábrica de punto se una a nuestra firma. Long no cede. Han tenido reuniones y reuniones y más reuniones, y Cal está obligado a llevar en persona las negociaciones, pero hasta ahora ha tenido que tratar el tema con todos los cargos intermedios de la empresa de Long. Ésta es la primera vez que accede a acudir en persona.

—Me siento halagada —murmuró Margie con una sonrisa.

En la mesa, no le sorprendió que la sentaran junto a Bob Long. Resultó que éste había formado parte de la comisión de planificación de gestión del agua y conocía todos los entresijos. No dejaron de hablar durante toda la cena. De hecho, Bob Long fue el último en marcharse; un hombre completamente distinto del directivo de cara amargada que había entrado por la puerta unas horas antes.

—Todavía no me has dado una respuesta sobre la fusión, Bob —le recordó Cannon y lanzó una mirada severa en dirección a Margie.

—Ah, eso —Bob movió una mano alegremente—. Adelante. Haz que redacten los contratos y mándamelos. Firmaré. Ha sido un placer, señora Silver —añadió y, sonriendo, estrechó la mano delgada de Margie con la suya, huesuda—. Espero que se repita.

—Yo también, señor Long —dijo con una sonrisa genuina—. Buenas noches.

Él asintió con la cabeza, se despidió de los demás y salió por la puerta sonriendo.

—Dios mío —dijo Cannon en cuanto su invitado se hubo marchado—. Llevo meses intentando arrancarle una respuesta positiva que nos permita a Harry y a mí seguir adelante con nuestros planes de expansión. No quería ceder, ni siquiera quería reunirse con nosotros. Y llega, habla dos horas contigo y se comporta como si la fusión no tuviera la menor importancia para él.

—Es un introvertido —explicó Margie—. No sabe relacionarse y su manera de participar es oponerse a todo. Le gusta que lo traten como a uno más, tomar parte en la conversación pero no sabe cómo hacerlo.

—Tú lo has conseguido —señaló Cannon.

—Yo he sido reportera —le recordó ella—. Hace años, un redactor jefe con mucha experiencia me dijo que no hay gente sosa sino reporteros con poca imaginación. Después de aquello, a fuerza de rodaje, aprendí a hacer hablar a la gente. No es tan difícil. Sólo tienes que encontrar temas que les gustan y saber escuchar.

—Qué sencillo haces que suene, cariño —dijo Victorine—. Y sabes muy bien que no es nada fácil.

—En todo caso, me lo he pasado bien —respondió Margie—. Hemos estado hablando largo y tendido de la gestión del agua y las restricciones...

—Mis dos hijos forman parte de comités que se ocupan de cuestiones relacionadas con el ahorro de agua en Chicago —observó Victorine—. Cannon fue una vez a hablar del tema en televisión.

—No sabía que a Bob le interesaran esas cuestiones —murmuró Cannon y miró a Margie como si ésta tuviera la culpa.

—Me parece que vamos a ir a ver un poco la tele —dijo Andy que llevaba de la mano a Jan y le sonreía.

—No os sentéis demasiado cerca... —advirtió Cannon con una sonrisa casi imperceptible—. De la televisión quiero decir. Ya sabéis lo que dicen de las radiaciones.

Andy consiguió devolverle la sonrisa.

—Ya, ya sé lo que dicen. Pero puedo cuidarme solito, hermano mayor. Y puedo cuidar de Jan, si ella me deja.

Cannon observó a Andy.

—Uno de estos días vamos a tener que hablar en serio.

Andy asintió con la cabeza.

—Eso mismo creo yo.

—Voy a dar una vuelta en coche —anunció Cannon—. Ve a buscar un chal y ven conmigo, Margie.

Ésta levantó la vista hacia él.

—No me estarás hablando a mí... —replicó.

—Sí, a ti. Te llevaré a dar un paseo romántico a la luz de la luna.

Ella estudió su expresión dura y suspiró. Bueno, era inevitable, en algún momento iba a tener que enfrentarse a él, así que bien podía ser esa noche. De ese modo, no tendría que pasar el resto de su estancia allí preguntándose cuándo iba a dejarle las cosas claras.

—Si no he vuelto dentro de dos horas —dijo Margie a Victorine en un susurro—, llama al sheriff y dile que sospechas que ha habido juego sucio.

Victorine se rió.

—De acuerdo, y haré todo lo esté en mi mano para protegerte, cariño. Juraré que te arrastró contra tu voluntad...

—Debo haber perdido la cabeza para marcharme así contigo —dijo Margie a Cannon cuando ya estaban en la carretera.

—Y encima de noche —reconoció él—. Y entonces ¿por qué lo has hecho?

Ella se quedó con la vista clavada en el regazo; las luces de neón de los carteles luminosos que flanqueaban la autovía lanzaban destellos de colores.

—No lo sé. Hace un rato te habría estrangulado.

—Estabas defendiendo a tu hermana, encanto. No esperes que yo haga menos por mi hermano.

Ella dirigió su atención a las olas que se levantaban en la superficie del mar apenas visibles detrás de las filas de moteles que se levantaban junto a la playa.

—En otras palabras, que todo depende del punto de vista, ¿no?

—Exacto.

—¿Adónde vamos? —preguntó. Él giró la cabeza para mirarla.

—Esa pregunta me suena. ¿Es que siempre sospechas que tengo segundas intenciones cuando te hago subir al coche conmigo?

Ella se echó a reír.

—¿Así suena? Lo preguntaba por simple curiosidad.

—No te preocupes —dijo. Giró el volante y entraron en una carretera larga que corría paralela a la playa—. No voy a intentar llevarte a un motel.

Las mejillas de Margie se pusieron como la grana.

—No pensaba que fueras a hacer nada parecido.

—¿No? —dijo con la mirada fija en la carretera—. La mayor parte del tiempo actúas como si fuera un violador evadido.

—Tú mismo me dijiste que no eras un hombre tierno —respondió ella mientras entrelazaba las manos sobre el regazo. Él miró hacia los lados.

—Yo dije «amante» tierno —le recordó—. Y creo que me has malinterpretado. Quería decir que en la cama era exigente, no cruel.

La cara de Margie estaba ardiendo pero sabía que la oscuridad la protegía.

—¿No dices nada? —preguntó Cannon. Levantó el pie del acelerador mientras sacaba un cigarrillo del bolsillo y lo encendía.

—Estoy lamiendo mis heridas —murmuró ella.

—No tendrías ninguna si no hubieras tratado de romperme la mandíbula —le recordó él.

—¡Pero si me insultaste!

—¿Y se puede saber qué hacías tú? —replicó él—. No quiero parecer presuntuoso, pero, por Dios, la última vez que tuve que pelearme por un beso fue hace veinte años. Y nunca me habían dicho que fuera «repugnante».

Ella empezaba a entender el comportamiento de Cannon y se sintió un poco avergonzada de sí misma. Era un hombre orgulloso y sus palabras debían de haberlo herido. La noche anterior estaba asustada y alterada; no podía aceptar que aquel beso le gustara tanto. No sólo no le había repugnado sino que dudaba que Cannon pudiera despertar en ella esa sensación.

—No debería haber dicho eso —admitió—. No era verdad.

Él dio una calada larga al cigarrillo.

—Normalmente no soy agresivo —dijo al cabo de un minuto—. Lo de anoche fue excepcional. Maldita sea, es la manera que tienes de reaccionar cuando estás conmigo —añadió de pronto—. No puedo acercarme a ti.

—Ya te lo he dicho, no es nada personal —replicó ella. Suspiró y se abrazó la cintura—. No disfruto con el sexo —confesó en voz baja—. No puedo evitarlo así que, por favor, acéptalo y no... fuerces las cosas.

Él salió de la carretera y detuvo el coche en un área con mesas de picnic desde las que se podía contemplar una zona de dunas. Más allá se veían las olas rompiendo en la arena. Apagó el motor y se volvió hacia ella. La luz de la luna iluminaba su rostro sólo parcialmente, sus ojos brillaban por encima de la brasa del cigarrillo.

—Una mujer es frígida por culpa de un hombre —dijo lacónicamente. Ella seguía con la vista clavada en el regazo.

—¿Qué esperas de mí? ¿Una confesión? —se rió nerviosa—. Lo siento, pero te dije una vez que soy una persona muy reservada.

—Ya somos dos —él aspiró largamente el humo del cigarrillo—. ¿Por qué te doy miedo?

Margie jugueteó con la tela de la falda.

—Eres muy grande —murmuró. Los labios de Cannon se curvaron ligeramente en un amago de sonrisa.

—¿Y qué quieres, un hombre que te llegue por la cintura para estar segura de vencerlo en el cuerpo a cuerpo?

Sonaba tan ridículo que ella no pudo evitar reírse.

—No, supongo que no.

Él dio otra calada al cigarrillo y se inclinó hacia delante para apagarlo en el cenicero. Fue un movimiento que lo acercó más a ella, tanto que Margie notó el calor de su cuerpo y la fragancia masculina de su colonia. De pronto, él se giró de modo que su cara quedó a sólo unos centímetros de la de ella y el corazón de Margie empezó a latir muy deprisa.

—Una vez me dejaste que te abrazara ¿te acuerdas? —preguntó Cannon mientras buscaba sus ojos con la mirada—. Te hice enfadar y gritaste, la noche que salimos con Andy y Jan.

Ella se humedeció los labios. Lo miraba hipnotizada.

—Quería pegarte —recordó.

—Me estoy dando cuenta de que eso se ha vuelto una costumbre —murmuró con una sonrisa. Con mucha suavidad, le puso las manos en los hombros y esperó hasta que la resistencia cedió lo bastante como para permitirle acercarla a él.

—Ven aquí —susurró y lentamente fue deslizando los brazos alrededor de ella, dándole tiempo para retirarse si lo deseaba—. Así, Margie, sin exigencias, sin amenazas. Lo único que quiero es abrazarte.

Ella sintió la mejilla áspera de Cannon cuando rozó su cara. También notaba el ritmo lento y estable de la respiración de éste en la curva de sus senos, levemente aplastados contra el pecho de él. No la estaba forzando ni obligando a nada, sabía que si se resistía mínimamente, la soltaría. Saber eso la hacía sentirse segura. Se relajó y le puso las manos sobre los hombros.

—¿Ves? —murmuró él. Su voz era tan profunda y acariciadora como el sonido de las olas que morían en la playa—. No voy a hacerte daño.

Ella dejó que sus ojos se cerraran y se abandonó al abrazo. Era la primera vez que cedía sin luchar antes y era raro disfrutar de las

sensaciones que aquel abandono producía en su cuerpo: un hormigueo, una excitación amortiguada que se elevaba hasta sus sentidos y la hacía ser consciente de la calidez que la envolvía, del poderoso cuerpo de Cannon, de su olor, de la fuerza de sus manos, que le empujaban delicadamente la espalda por encima de la fina tela del vestido.

Notó que él se movía y la alzaba de su asiento. Se encontró sentada sobre sus muslos y con la cabeza apoyada en su hombro. Se quedaron mirándose, los ojos de ambos se paseaban sin prisas sobre el rostro del otro, absorbiendo cada detalle.

—Es como abrazar un animalito salvaje —murmuró él dulcemente. Alzó una mano para retirarle unos mechones despeinados de las mejillas—. Eres muy suave, Margie. Tu piel es como la seda.

Los dedos de Margie vacilaron antes de tocar la boca de Cannon. Trazó el perfil de sus labios y sintió su cálida firmeza. Luego los dedos fueron hasta su mandíbula cuadrada, al pómulo, a la mejilla, oscurecida por la sombra de la barba incipiente. Le gustaba. Era la primera vez desde de su matrimonio que disfrutaba tocando a un hombre. Él frotó su nariz con la de ella de un modo suave y sensual.

—Bésame, Margie —sugirió con voz zalamera. Su boca estaba justo encima de la de ella; la provocaba, la atormentaba. Las dos bocas casi se tocaban. Casi. Los dedos de Margie todavía estaban acariciándole el pómulo.

—Puedes hacerlo tú —susurró ella nerviosa.

—¿No es eso lo que no funciona contigo, encanto? —preguntó —, ¿que lo haga yo todo? No voy a obligarte a nada. Si quieres besarme, aquí tienes mi boca.

Las manos de Margie agarraron las solapas de su chaqueta y se quedó mirándolo fijamente, aturdida. Notaba el pulso que le latía con fuerza en las yemas de los dedos. Probó a rozar sus labios con los de ella. Una vez, dos... Lo besó con fuerza, provocadoramente, pero aquello no la satisfizo: él ni siquiera se movió.

Sintiéndose más segura, deslizó las manos bajo los mechones negros de la nuca de Cannon y se apretó contra él. Notó cómo sus senos se aplastaban contra la pechera de la camisa mientras llevaba de nuevo los labios a su boca. Todo ese rato, no dejaba de mirarlo a los ojos. Abrió la boca y lo animó a hacer lo mismo para poder oler su aliento. El también tenía los ojos muy abiertos y observaba el modo en que respondía cuando su lengua se movía sensualmente entre los labios entreabiertos de ella y la provocaba con una habilidad enloquecedora. Margie se quedó sin aliento ante tantas nuevas sensaciones.

Los labios de Cannon rozaron los suyos al hablar.

—Esa noche te alteró mucho, ¿no? —murmuró—. Lo de mirarnos mientras nos estábamos besando...

—Nunca lo había hecho —confesó sin aliento. Sus dedos se enredaron en el pelo de Cannon, le gustaba su tacto.

—Yo tampoco —respondió él—. Quería mirarte. Y sigo queriendo lo mismo. Abre un poco la boca.

El corazón de Margie latía con fuerza mientras obedecía sin dejar de mirar los ojos oscuros de Cannon. Entonces unos dientes la mordisquearon y una lengua se abrió paso entre sus labios. También notó que sus manos la agarraban y la obligaban a cambiar de posición. Se encontró sentada a horcajadas y notó cómo Cannon empujaba sus caderas contra las de él. Su boca se volvió más exigente y Margie notó que su cuerpo la traicionaba, que un deseo dulce brotaba dentro de ella a medida que notaba el de Cannon. La boca de éste seguía provocándola y se dejó llevar por la corriente que la arrastraba como a un nadador exhausto. Cerró los ojos; el placer era mayor de lo que esperaba. Incapaz de sostener la mirada apasionada de los ojos oscuros de Cannon, se rindió sin protestar. Dejó escapar un quejido, un sonido extraño, largo, doloroso, en medio de la oscuridad. Le temblaban las piernas, tenía las rodillas dobladas y estaban frente a frente. Le dolían los senos mientras trataba de pegarse aún más a él.

Notó cómo un estremecimiento recorría el cuerpo de Cannon y, de pronto, sintió que la mano de él estaba sobre uno de sus pechos y lo acariciaba por encima de la tela del vestido, poseyéndolo. La invadió el pánico. Se echó hacia atrás dando un grito y le agarró la mano con dedos fríos. Sus ojos mostraban confusión y perplejidad.

Él respiró hondo.

—Soy un hombre —se justificó—. Si te frotras contra mí de esa manera, ¿qué esperas?

Ella logró contener su lengua y se tragó la contestación desagradable que había acudido automáticamente a su boca, pero se levantó del regazo de Cannon y volvió a su asiento. Se abrazó la cintura con firmeza.

—Lo siento —acertó a decir con voz temblorosa.

Él no habló. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Su pulso ya no era tan firme como antes. Se quedó tranquilamente sentado y fumando un rato antes de hablar. Su aspecto era oscuramente sensual. Tenía el pelo revuelto y en los ojos negros todavía brillaba la pasión frustrada.

—Presumiblemente, los hombres te tocarán de vez en cuando —la provocó él en tono burlón.

—Así no —confesó ella y lo miró con timidez. Él parecía confuso.

—¿No está permitido achucharse un poco? —murmuró. Ella respiró hondo. Le debía al menos una explicación.

—Si quieres saber la verdad, no sé mucho de achuchones.

—¡Pero si has estado casada!

—Sí —replicó ella. Había amargura en su mirada—. Con un hombre que creía que la violación era uno de los derechos del marido.

Capítulo 10

Él se quedó mirándola largo rato. Su cara estaba rígida como la de una estatua y tenía los ojos entrecerrados, como si estuviera calculando. Ella apartó la mirada, se sentía avergonzada. Nunca había confesado aquello a nadie, aparte de a Jan.

—Siento haber dejado que las cosas fueran tan lejos —dijo muy tensa—. No soporto la intimidad con un hombre. Recuerdo demasiado bien a donde conduce.

Él dejó salir una nube de humo.

—Es culpa mía —afirmó, y se movió en el asiento para dejar reposar su brazo en el respaldo mientras la observaba—. Últimamente he dedicado más tiempo a las dichas fusiones que a las mujeres. No me había dado cuenta de que estaba tan necesitado.

Ella lo miró con el rabillo del ojo.

—Si te sirve de consuelo —dijo—, hacía mucho tiempo que no deseaba tanto besar a alguien.

Cannon sonrió de medio lado.

—Lo mismo digo —murmuró. Ella sonrió y bajó la vista hacia su vestido que estaba completamente retorcido.

—Ahora entiendo por qué hacen cola para estar contigo —se rió—. Estás loco si piensas que es por tu dinero.

Él alargó un brazo y tomó una de sus manos. La apartó de su regazo y la entrelazó con la suya mediante una lenta y excitante

caricia.

—¿Eres capaz de hablar de tu matrimonio? —preguntó. Ella negó con la cabeza.

—Es demasiado doloroso —confesó—. Me casé muy ilusionada y acabé escarmentada. Destruyó todas mis ilusiones sobre el placer sexual.

Él suspiró.

—Debió de hacerte muchísimo daño.

Ella se encogió de hombros.

—Yo era virgen. No sabía nada de sexo aparte de lo poco que había leído en libros y de lo que contaban otras chicas. Me imagino que mi ignorancia lo exasperaba y las cosas fueron de mal en peor.

Los dedos de Cannon se pusieron en tensión.

—La mayoría de los hombres se preocupa de ir despacio la primera vez para no hacer daño.

Ella se rió con amargura.

—No era el caso de Larry —recordó—. La culpa era mía, la culpa era siempre mía... —se movió inquieta—. ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—En seguida —con la mano en la que tenía el cigarrillo, la obligó a volver la cara hacia él—. ¿Disfrutaste alguna vez?

Ella buscó sus ojos y esbozó un amago de sonrisa.

—No —admitió—. La primera vez me dolió y luego... me resultaba tremendamente desagradable.

—Una última pregunta y te dejaré tranquila. ¿Alguna vez sentiste con él lo que acabas de sentir conmigo? —preguntó con dulzura. Ella alzó ambas cejas.

—Si crees que voy a contestar a eso, te has vuelto loco —le dijo.

—¿Asustada? —quiso saber él. Ella hizo un pequeño puchero con el labio inferior.

—Sensata. Tu ego ya es demasiado pronunciado.

—No se trata de ego —dijo Cannon negando con la cabeza—, sino de confianza en mí mismo. En algunos aspectos —aclaró mientras sonreía—. Contigo tengo que ir tanteando el terreno.

Ella arqueó una ceja.

—¿Literalmente? —murmuró. Él se rió.

—Normalmente actúo con más delicadeza de la que he mostrado esta noche. Dios, hace un momento me has puesto a cien. Y cuando he notado cómo te pegabas a mí, no he podido evitar acariciarte.

Ella se ruborizó y miró sus manos entrelazadas. Estudió la mano de Cannon, mucho más morena que la de ella, enorme, de uñas cortas y fuerte.

—Me gustan tus manos —habló pausadamente. Los dedos de Cannon se contrajeron.

—Y a mí las tuyas, encanto.

Se apoyó en el respaldo de su asiento y siguió fumando tranquilamente su cigarrillo. Se quedaron un rato callados. Era un silencio reconfortante y deliciosamente íntimo. Ella apoyó la cabeza en su hombro y, sin decir una palabra, él la atrajo hacia sí para que la mejilla descansara en su pecho.

—Aunque no tengo el menor deseo de hacerlo —dijo Cannon unos momentos después—, supongo que deberíamos volver a casa.

Ella abrió los ojos y miró a través de la ventanilla.

—Me gusta estar contigo —confesó. Cannon le dio un apretoncito en el brazo y ella notó su aliento en el pelo.

—Y a mí contigo —murmuró él—. Mucho.

Era como volver a ser una chica que tuviera su primera cita con un amigo especial. Ella frotó la mejilla contra su pecho y suspiró. Él apagó el cigarrillo en el cenicero y alargó la mano hacia la llave de contacto. Ella fue a apartarse pero él no se lo permitió.

—No —dijo con un tono raro, dulce, y la miró a los ojos un instante—. No, quédate donde estás. Me gusta sentirte ahí apoyada.

Puso en marcha el coche y retrocedieron para incorporarse de nuevo a la autovía. Durante todo el trayecto siguieron en aquella posición. El brazo de Cannon la retenía como si fuera un tesoro.

Cuando llegaron a la casa todas las luces estaban apagadas. Él se bajó primero y le abrió la puerta. La tomó de la mano y caminaron

así hasta el porche.

—Parece que se han ido todos a la cama —señaló él con una sonrisa. Ella levantó la vista.

—¿Tú crees que Jan y Andy son amantes? —preguntó. Él la miró.

—No lo sé —respondió con calma—. Por el bien de ambos, espero que no hayan dejado que las cosas vayan tan lejos. No me gustaría que se tuvieran que casar a la fuerza, obligados por un embarazo no deseado.

—¿Y cómo sabes que sería no deseado?

Él la miró fijamente a los ojos.

—¿Tú querías tener hijos?

Ella asintió con la cabeza, repentinamente triste.

—Más que nada en el mundo pero él decía que no.

—Fue mejor que no los tuvierais, dadas las circunstancias —señaló él, y ella volvió a asentir con un gesto.

—¿Y tú? —sentía que había confianza para hacer aquella pregunta.

Por un instante, Cannon dejó caer la máscara que siempre cubría su rostro y ella vio a un hombre que estaba muy solo. Él movió la cabeza arriba y abajo.

—¿Y ella no? —tanteó. Cannon se rió con amargura.

—Decidió que un embarazo podría estropear su figura. No merecía la pena el sacrificio.

—Ay, Cal, lo siento —murmuró compadeciéndolo.

Él la estudió durante un rato buceando en su mirada. Se le oscurecieron los ojos y el pecho subía y bajaba trabajosamente. La agarró del brazo y la arrastró hacia la parte del porche que estaba a oscuras; luego la ciñó lentamente contra su cuerpo.

—Si te asusto, dímelo —susurró con voz ronca e inclinó la cabeza hacia ella.

La boca de Cannon se abrió en el momento en que rozó la de Margie y su lengua le hizo separar los labios y la devoró en un silencio que ardía con nuevas sensaciones, nuevas emociones. Ella

le deslizó los brazos alrededor de la cintura por debajo de la chaqueta abierta, y disfrutó del calor del cuerpo de Cannon que ardía debajo de la tela fina de la camisa de seda. Se fundió con él. Adoraba la sensación de aquellas piernas fuertes pegadas a sus muslos, de los brazos que la abrazaban con firmeza y la ceñían aún más contra él. Con la lengua, le acarició el labio superior y exploró su interior húmedo con una sensualidad que era nueva en ella.

Él retrocedió, le costaba respirar.

—No hagas eso —murmuró con voz ronca. Margie buscó sus ojos oscuros con un abandono que también resultaba nuevo, casi sin aliento.

—Me gusta cómo sabes —respondió en otro murmullo. Luego sonrió con un brillo de fascinación en la mirada—. Sabes a humo.

De forma involuntaria, la boca de Cannon esbozó una sonrisa.

—Y tú sabes a miel. Dulce, suave, tentadora... Demasiado tentadora para esta hora de la noche —añadió—. A menos que quieras acabar en la cama conmigo...

Un hormigueo recorrió a Margie de pies a cabeza. Se quedó sin aliento al imaginarse la escena: la palidez de su piel en contraste con el cuerpo moreno y cubierto de vello de Cannon, los dos tumbados en la cama, sus brazos rodeándole el cuello, dándole la bienvenida...

—Te estás poniendo colorada —murmuró. Ella bajó la vista al suelo y se separó. Lo que estaba sintiendo era demasiado nuevo.

—Creo que será mejor que demos el día por acabado, señor Van Dyne, antes de que pierda pie.

—Hace un momento era Cal —dijo él mientras metía la llave en la cerradura, abría la puerta y la hacía pasar. Ella lo miró.

—Haces que me sienta como un animal en peligro de extinción —confesó y se rió.

—Y apenas he comenzado —murmuró él en tono travieso—. Ven a nadar conmigo por la mañana.

Ella vaciló.

—Había pensado ir al muelle y echar la caña, a ver si pesco algo —admitió. Él alzó mucho las cejas espesas.

—¿Te gusta pescar?

Ella se rió.

—Bueno, ¿es que nunca has visto a una mujer que le guste pescar?

—No es eso —contestó—. A mí me encanta pero prefiero la pesca de profundidad. Siempre que vengo a Florida aprovecho para salir al mar.

Los ojos de Margie se iluminaron.

—¿En serio?

—Voy a alquilar un barco —dijo—. Iremos a pescar una aguja azul, ¿qué te parece?

—Tú pescarás una aguja azul —enfaticó ella—. Yo miraré. No soy lo bastante fuerte como para sacar del agua un pez tan grande. Y creo que da muchos coletazos.

—Si prefieres que vayamos al muelle...

—No, no, por favor —se apresuró a decir—, nunca he salido a pescar en alta mar. La pesca de profundidad debe ser muy emocionante, me encantaría probar. Y tú pareces un experto.

Él se rió.

—De acuerdo. Tendremos que levantarnos muy temprano.

—¿A las cuatro está bien?, ¿o antes?

Él le acarició fugazmente el pómulo y ella sintió que un delicioso estremecimiento le recorría la espalda.

—Las cuatro es buena hora. Tomaremos un café y luego comeremos algo en el barco. El patrón prepara unos desayunos magníficos —aseguró Cannon con entusiasmo.

Ella sonrió y se alejó sin mucho entusiasmo hacia la escalera.

—¿Margie?

Se giró con una mano ya en el pasamanos, y lo miró.

—Mañana déjate el pelo suelto —le pidió él.

Ella sonrió con timidez y asintió con la cabeza. Luego subió despacio las escaleras, arrastrando los pies, como si no quisiera

separarse de él. Y Cannon se quedó mirando cómo se alejaba hasta que desapareció de su vista.

Capítulo 11

A las tres y media, Margie ya estaba en pie a pesar de que casi no había dormido. Iba de un lado a otro de su habitación, deseando que las manecillas del reloj se movieran más deprisa para poder volver a ver a Cannon cuanto antes. El golpe repentino en la puerta le hizo dar un salto. Corrió a abrir y se encontró a Cal de pie en el pasillo. Iba vestido con vaqueros y un polo rojo de manga corta que lo hacía parecer aún más moreno. Llevaba una chaqueta ligera al hombro.

—¿Estás lista? —preguntó con una sonrisa y sus ojos recorrieron el cuerpo de Margie. Ella llevaba también vaqueros, una camisa de color verde pálido y un jersey verde remangado hasta los codos.

—Claro que sí —respondió—. No sabía si te habrías despertado.

—No he podido dormir —confesó con una sonrisa fatigada—. Ni un minuto.

Ella levantó la vista y se quedó mirándolo.

—Yo tampoco —reconoció con voz suave.

Los dedos de Cannon le acariciaron el pelo suelto y la obligaron a alzar el rostro hacia él para que los labios de los dos se tocaran. Era como poner en contacto una antorcha con hierba seca. Margie se quedó sin aliento al sentir esos labios y sus manos agarraron los antebrazos velludos de Cannon con tal fuerza que los dedos se le quedaron blancos de tanto apretar.

—Dios... —gimió él, y la alzó en brazos antes de que ella pudiera protestar. Cerró la puerta de un puntapié sin dejar de besarla y la llevó hasta la cama.

—No —murmuró Margie implorado mientras él la tumbaba encima de la colcha que poco antes había estirado con esmero.

—No pretendo que nos acostemos —prometió él echándose sobre ella. Su pecho subía y bajaba sobre los senos de Margie mientras soportaba su peso con los brazos, a ambos lados de la cabeza de ella—. Sólo pretendo quererte un poco —le susurró junto a la boca—. Tocarte y sentir tu cuerpo pegado al mío —sus labios rozaron los de Margie, jugando, provocando. Sonrió al notar la inmediata respuesta. Se rió y frotó su pecho suave contra los senos de ella para sentir cómo reaccionaba ante aquella presión sensual.

—Delicioso —susurró sobre los labios entreabiertos de Margie—. Es como hacer el amor a una virgen, sentir esas primeras respuestas vacilantes, temblorosas... ¿Todavía me tienes miedo?

—Más que nunca —confesó ella sin aliento. Tenía los ojos muy abiertos, perplejos ante la novedad del deseo. Llevó las manos a los pómulos de Cannon y luego sus dedos bajaron hasta la garganta, la pechera del polo., y notó el calor y la fuerza de su cuerpo debajo de la tela.

—En cuanto me digas que pare, paro —dijo él, boca contra boca—. Bésame, fiero. Confía en mí y, esta vez, dame un beso como Dios manda.

Y eso hizo ella. Le ofreció la boca y dejó que él hiciera lo que quisiera mientras su cuerpo palpitante disfrutaba de la proximidad del de Cannon. Entrelazó sus piernas con las de él y se fundió en un abrazo mientras seguían besándose y besándose y besándose...

—Así —susurró él temblorosamente mientras miraba los ojos apasionados de Margie—, esto es hacer el amor, hacer el amor de verdad. No lo habías hecho antes, ¿verdad?

—No —murmuró ella. Sentía que todo su cuerpo se estremecía—. Nunca. Cal...

Él respiró hondo y le revolvió el pelo afectuosamente.

—¿Hay algo que quieras preguntarme? —su voz era ronca—. Adelante, pregunta.

—Sólo si me prometes no reírte de mí.

Cannon enroscó un mechón de la melena de Margie alrededor de su dedo índice.

—No me reiré.

—La mayoría de los hombres... ¿tiene siempre mucha prisa cuando está en la cama con una mujer? —preguntó con calma.

—Sólo algunos —sus ojos buscaron los de ella—. Los egoístas, a los que únicamente les interesa su propio placer.

Margie apoyó las manos en el pecho firme de Cannon y notó cómo subía y bajaba al ritmo de la respiración. La siguiente pregunta empezó a cobrar forma en su mente pero vaciló.

—No, yo no —se adelantó a responder él tras leer la pregunta en su mirada—. A mí sólo me gusta si soy capaz de dar tanto placer como recibo. ¿Eso era lo que querías saber?

Ella notó que se ruborizaba pero no bajó la vista.

—¿Puede ser de verdad placentero?

La expresión de Cannon se endureció y le acarició levemente un pómulo.

—Pobrecita —murmuró—. Debe haberte hecho sufrir mucho para haberte dejado cicatrices tan profundas.

Margie bajó los ojos hacia el cuello de Cannon.

—Tal vez tendría que haber puesto más empeño —se reprochó ella—. A lo mejor si hubiera...

—Dudo mucho que hubiera servido de algo. Deja de mirar atrás, ya has sufrido bastante —le puso una mano en la frente para obligarla a alzar la vista hacia él—. Bueno, preciosa dama, ¿empezamos a desvestirnos el uno al otro o nos levantamos? Habrás notado que estás empezando a ejercer un efecto inconfundible en mi entrepierna...

Ella se echó a reír y en su interior brotaron las sensaciones más maravillosas. Se sentía a salvo, protegida y muy femenina. Él le devolvió la sonrisa y depositó un beso entusiasta en sus labios

antes de rodar hacia un lado y levantarse a continuación. Luego se inclinó y la levantó a ella también.

—Te parece divertido, ¿eh? —refunfuñó, y cruzó las manos por detrás de su cintura para ceñirla contra sí—. Conduces a un pobre hombre indefenso a tu dormitorio, lo arrastras hasta la cama y luego lo despachas en el peor momento...

—¿Un pobre hombre indefenso? Seguro —sonrió y entrelazó las manos alrededor del cuello de Cannon. La sonrisa se desvaneció mientras lo miraba a los ojos, unos ojos oscuros, brillantes—. Contigo todo es mágico —dijo sin pensar. Aquellas palabras expresaban lo que sentía.

Él se quedó un rato mirando su cara llena de fascinación antes de hablar.

—No te meteré prisa —prometió.

—Ya lo sé —ella levantó la cabeza y le dio un beso en la barbilla—. ¿Amigos?

—A no ser que hayas perdido el juicio —murmuró con una sonrisa pícaro—, comprenderás que lo que siento está muy lejos de ser amistad.

Ella alzó la barbilla.

—Ya nada me sorprende —dijo pero se apartó de él. Cannon se echó a reír y recogió del suelo su chaqueta antes de salir con ella de la habitación.

Margie no recordaba haber vivido nunca un día tan cargado de emociones. Cal había alquilado un barco de pesca y ella estaba a su lado cuando capturó a una feroz aguja azul. El patrón y la tripulación también miraban esa lucha tan emocionante. Cannon se ató a la silla situada en la plataforma móvil y peleó con el hermoso animal que daba coletazos e intentaba deshacerse del anzuelo.

Cal no paraba de reírse, sus ojos brillaban mientras afrontaba el desafío y su piel morena enrojecía con el esfuerzo y el placer de la batalla. Margie podía vislumbrar al gran empresario que disfrutaba también cuando tenía que librar una batalla contra la junta directiva.

Cuando por fin consiguió izar al enorme pez, las piernas le temblaban por el esfuerzo.

Margie, que había estado animando y dando saltos de emoción mientras duraba la lucha, al ver al noble animal colgando fuera del agua, tuvo un arrebató de compasión. Había luchado con valor y, sin embargo, había perdido, y le pareció una vergüenza matarlo sólo para llevarse el trofeo a casa.

—No hace falta que estés tan compungida, encanto —Cal se rió y la atrajo hacia sí mientras giraba la cabeza y le decía al capitán que lo soltara.

Margie no podía creer lo que estaba oyendo. Levantó la vista hacia él, aturdida, mientras el pez volvía a caer al agua y vio en el rostro de Cannon algo que hasta entonces se le había pasado por alto.

—Ha sido un gran combate, ¿eh? —el capitán, un hombre de edad, sonrió a Cal y Margie mientras éstos observaban cómo la aguja azul se orientaba y se alejaba del barco.

—Y me ha hecho pasar un mal rato —agregó Cal—, pero se lo ve muchísimo mejor ahí en el agua que disecado y colgado en una pared.

El capitán movió la cabeza en un gesto afirmativo y se mostró de acuerdo antes de volver a sus tareas.

—Exacto —dijo, y se rió—. Al fin y al cabo lo bonito es el deporte, no los trofeos.

—Eres una buena persona, Cannon Van Dyne —afirmó Margie, y lo pensaba de verdad. Él se encogió de hombros.

—La fauna marina no es tan abundante como para andar diezmándola por deporte. Y no necesito rodearme de trofeos de caza y pesca para sentirme valiente.

Ella se puso de puntillas y le plantó un beso en la boca.

—Y eso ¿a qué se debe? —preguntó él tranquilamente.

Margie bajó la vista y se acercó más a él mientras el capitán dirigía el barco de nuevo hacia la costa. De repente se le había

ocurrido que nunca había conocido a un hombre que fuera tan hombre como el que estaba de pie junto a ella.

—Eh —murmuró Cannon puso un dedo debajo de la barbilla de Margie para obligarla a mirarlo. Ella sonrió tímidamente.

—¿Qué?

Él se quedó mirándola a los ojos.

—Nunca he estado con una mujer que me hiciera sentir lo que siento contigo.

—¿Cómo hago que te sientas? —quiso saber. Cannon le acarició delicadamente la boca con un dedo y tomó aire lentamente.

—Como si fuera capaz de conquistar el mundo entero. Haces que me sienta completo.

Él la hacía sentir de la misma manera pero ella todavía estaba demasiado insegura de sí misma como para admitirlo. Bajó la vista y escondió la cara en el hombro de Cannon entre los pliegues de la chaqueta.

—Cielo santo, no hagas eso cuando estamos rodeados de gente —gimió él y su brazo se endureció.

—¿Hacer? ¿Qué? —preguntó.

—Tocarme de esa manera —murmuró y atrapó la mano de Margie que, inconscientemente, ella había llevado hasta la abertura de la camisa y había introducido debajo de la tela para acariciarle el pecho cubierto de vello.

—Ah —susurró aturdida. No se había dado cuenta de lo que hacía. Él bajó la vista y vio la sorpresa que había en sus ojos. Respiraba pesadamente.

—Cuando volvamos a casa, nos daremos un chapuzón —dijo, todavía estaba tenso—, y podrás tocarme todo lo que quieras.

Ella ocultó de nuevo la cara en la chaqueta, avergonzada, emocionada, temblando con un tipo de placer que nunca había experimentado antes.

—No temas —murmuró y la atrajo hacia sí mientras el barco se acercaba a la orilla—. Simplemente, deja que suceda, Margie.

Como si pudiera evitarlo, pensó ella cerrando los ojos. Se sentía como si la hubiera alcanzado una avalancha, no tenía a donde huir. Y tampoco estaba segura de querer hacer tal cosa.

Capítulo 12

Cuando llegaron a casa, Jan y Andy estaban hablando con Victorine. Margie se dio cuenta de que no quería compañía; no soportaba ni siquiera pensar en otras personas. Quería estar a solas con Cannon. Éste le soltó la mano con notable renuencia y entraron en el salón mirándose el uno al otro.

—¿Dónde os habéis metido? —preguntó Victorine. Había regocijo en su mirada.

—De pesca —respondió Cannon mientras encendía un cigarrillo.

—¿Y habéis pescado algo? —quiso saber Andy. Cannon se rió.

—Una aguja azul pero la he vuelto a soltar. Era una cría.

—Una cría que pesaba varios cientos de kilos —murmuró Margie sonriendo.

—Nunca te entenderé —suspiró Victorine—. ¿Para qué los pescas si no piensas quedártelos?

Andy respondió por su hermano.

—La emoción, madre, el reto... Es como escalar montañas o participar en carreras de coches: el placer de la aventura.

—Pescar truchas también puede ser muy emocionante —murmuró Jan mirando tímidamente a Cannon—. Papá, Margie y yo solíamos ir a la montaña todos los años en la época de la trucha y vadeábamos las partes menos profundas del Chattahoochee con la esperanza de agarrar alguna.

Cannon parecía impresionado de verdad.

—¿Pescabais muchas? —preguntó a Jan. Ésta sonrió.

—Mi parte —admitió—. Pero me temo que yo no devolvía al agua las que pescaba. Me encanta la trucha asada.

Cannon se rió.

—A mí también. Pero la aguja, en cambio, no es que me vuelva loco.

—¿Adónde ibais? —preguntó Victorine. Cannon todavía estaba mirando a Margie.

—Habíamos pensado ir a nadar un rato —respondió con aire ausente.

—¡Qué buena idea! —intervino Andy, y abrazó a Jan por la cintura—. Vamos con vosotros. Vamos, cielo —se dirigió a Jan—, ve a cambiarte. ¿Vienes, Margie?

Ésta lanzó una mirada a Cannon con la esperanza de que no se notara lo decepcionada que estaba. Para deleite suyo, él parecía tan frustrado como ella.

Cuando las dos hermanas llegaron a la playa, Margie casi echó a correr hacia Cannon que la estaba esperando. Ya era muy sensual cuando estaba vestido pero en bañador quitaba el hipo.

Estaba tan absorta mirándolo que ni siquiera reparó en Andy, que apareció detrás de ellas y se llevó a Jan al agua. Sus ojos estaban clavados en Cannon. Tan moreno parecía una estatua griega de bronce. Su torso estaba cubierto por un vello negro rizado que desaparecía formando una flecha debajo del bañador, y las piernas, fuertes y firmes, también estaban cubiertas de vello. Era el hombre más masculino que había visto en toda su vida, y le temblaron las manos ante la mera idea de tocarlo.

Él notó el intenso escrutinio, se giró y la miró; tenía un cigarrillo entre los dedos. La burla, la hostilidad que había al principio en su mirada, había desaparecido. En sus ojos oscuros brillaba una emoción nueva y Margie sintió que las rodillas le flaqueaban al notar cómo la miraba. Fue hacia ella y recorrió con la mirada su bañador

blanco y negro, las pequeñas curvas que dibujaban sus senos debajo de la lycra y el escote en pico, bastante pronunciado.

Tiró al suelo el cigarrillo y estiró los brazos hacia su cintura sin dejar de mirarla.

—Quiero que estemos solos —dijo con voz pausada. Ella acertó a esbozar una sonrisa burlona.

—¿Crees que estos dos se marcharán si les ofrecemos dinero?
Él se rió.

—¿Lo intentamos?

Los ojos de Margie se derritieron cuando su mirada se encontró con la de Cannon y sintió que la temperatura de su cuerpo aumentaba con la proximidad de sus cuerpos.

—Va todo muy deprisa... —murmuró distraídamente.

—Ya lo sé —de repente se inclinó, la alzó en brazos y se dirigió hacia la orilla—. Espero que sepas nadar —murmuró.

—Como un pez, señor Van Dyne —se rió y le echó los brazos al cuello. Le encantaba sentir el roce del pecho de Cannon en sus senos. Él bajó la vista y alzó una ceja.

—¿Desnuda? —preguntó. Margie sintió que el rubor encendía sus mejillas.

—La verdad —confesó—, es que nunca lo he probado.

Él la miró fijamente a los ojos.

—¿Te gustaría? —preguntó. Hablaba con intensidad—. ¿Conmigo?

Ella apenas podía respirar. No podía dejar de mirarlo y no se dio cuenta de que estaban en el agua hasta que una ola cubrió sus senos y notó de repente el frío. Se pegó con fuerza a él y Cannon se echó a reír al ver los esfuerzos que hacía por permanecer por encima del nivel del agua.

—No permitiré que te ahogues —la regañó—. Relájate, tampoco está tan fría...

—Está helada —lo contradijo ella riéndose.

—Bueno, yo te daré calor, si ésa es tu única queja —murmuró, y dejó que Margie resbalara hasta quedar de pie. Ella se acurrucó

contra él, pegando su cuerpo al de Cannon y entrelazando las piernas con las suyas.

—Nos vamos a hundir —murmuró. Sentía la respiración de Cannon en los labios.

—Qué buena idea —respondió él mirando a Jan y Andy, que estaban jugando en el agua—. Si nos besamos debajo del agua, no podrán vernos —sugirió. Ella se estremeció ante la idea y sus labios se entreabrieron.

—Dios, ven aquí —gimió él y la agarró por la nuca para aproximar su cara a la de él—. Toma aire, cariño... —murmuró justo antes de tomar posesión de su boca.

Se sumergieron al mismo tiempo con las bocas unidas. Él la sujetaba por las nalgas y la apretó contra su pelvis hasta que ella gimió. Los dedos de Margie encontraron el vello áspero de su pecho y lo abrazó por el cuello mientras disfrutaba del placer de sentir el tacto de su cuerpo en las palmas de las manos. Se estaba ahogando, le faltaba el aire pero no le importaba porque lo deseaba a morir.

Salieron a la superficie al mismo tiempo, jadeando. La falta de oxígeno y el deseo los habían dejado sin aliento. Él la tomó de la mano y la condujo hacia la orilla.

—Hacer el amor debajo del agua puede tener sus riesgos —le explicó con una sonrisa pícaro mientras salía del agua y tiraba de ella—. No quería que nos ahogáramos intentándolo.

—Ha sido... increíble —susurró buscando las palabras que pudieran describir sus emociones.

—Sí —los ojos de Cannon recorrieron posesivamente las curvas de su cuerpo—. Te deseo tanto que me resulta doloroso y ni siquiera puedo tocarte.

Le agarró una mano y la puso sobre su pecho, presionando la palma contra el vello espeso y rizado. Su respiración se aceleró cuando los dedos de Margie acariciaron su cuerpo.

—Quiero tumbarme contigo en la arena —susurró mirándola a los ojos—. Quiero quitarte ese bañador, poner los labios sobre tu

piel y probar cómo sabe. Quiero acariciarte y atormentarte hasta que sientas como si estuvieras ardiendo y entonces... —murmuró inclinándose hacia ella, y el tono de su voz bajó mientras veía en los ojos de Margie el deseo que había encendido con sus palabras—, entonces quiero tumbarme encima de ti y sentir que tu cuerpo me desea tanto como el mío a ti.

—No —rogó ella en un murmullo imperceptible.

—¿No me deseas? —murmuró él recorriendo su pómulo con el dedo pulgar. Ella se humedeció los labios.

—Sí —admitió, y notó que un estremecimiento recorría su cuerpo al pronunciar esa palabra.

—Yo a ti también —murmuró Cannon—. Estoy ardiendo y, aunque quiero mucho a mi hermano, ahora mismo desearía que estuviera en el otro extremo del mundo... ¡en Singapur!; y tu hermana con él.

Ella dejó escapar una risa temblorosa. La cara le ardía, en sus ojos brillaba el deseo que él había encendido.

—Estamos en una playa pública —le recordó.

—Tanto peor —respondió mirándola a los ojos. Luego bajó la vista a su propio pecho. Los dedos de Margie estaban explorando sus músculos.

—Esto era lo que querías hacer en el barco, ¿verdad?

—Sí —admitió ella mientras miraba cómo el pecho de Cannon subía y bajaba pesadamente bajo la leve presión de sus dedos. Le encantaba su tacto, su olor masculino. Él echó una ojeada y vio que Jan y Andy se habían metido en el agua y se alejaban de la orilla nadando.

—Por fin —gruñó—. Un minuto de gracia.

Se giró hacia ella, le puso una mano sobre el abdomen, se inclinó y la besó con un movimiento perfectamente natural y lleno de armonía.

—Ahora no están mirando —murmuró—, vamos a aprovechar mientras dura.

Mientras decía esas palabras la mano subió hacia sus senos y los dedos se deslizaron debajo de la lycra del bañador. Sin dejar de mirarla, Cannon llevó a cabo una exploración lenta y sensual que hizo que Margie se quedara sin aliento y se arqueara involuntariamente hacia él con el deseo de que la caricia leve de esos dedos que la atormentaban se transformara en algo más. La boca de Cannon se cernía sobre la de ella.

—¿Quieres que siga? —susurró suavemente.

—Sí, por favor —murmuró ella, cuyos dedos revoloteaban, nerviosos, sobre el cuerpo de Cannon sin apenas tocarlo.

—Entonces ayúdame —susurró junto a su boca antes de tomarla de nuevo.

Los dedos de Margie lo guiaron y movió el hombro para que el tirante del bañador se deslizara con más facilidad. Notó cómo la mano de Cannon se cerraba sobre uno de sus senos, la palma en contacto con el pezón duro, y gritó, pero su grito murió en la boca de él, que se volvió repentinamente posesiva y devoró la suya. Se vio sumergida en una ola de placer que la hizo temblar de la cabeza a los pies.

Al cabo de un momento, él se retiró. Sus ojos ardían de frustración y echó un vistazo por encima del hombro. Andy y Jan volvían hacia la orilla, y de sus labios surgió un improperio.

Bajó la vista hacia Margie, hacia la mano que aún reposaba sobre su piel blanca allí donde le había bajado el tirante. La mano se veía morena en contraste con su palidez y él la levantó un poco y la acarició. En los ojos de Cannon se leía la fascinación que le producía la involuntaria reacción del cuerpo de Margie cuando la tocaba.

—Nos van a ver —protestó ella vacilante.

—No pueden, yo te tapo —respondió. Sus ojos volvieron a mirarla—. Retiro lo que dije la noche que nos conocimos. Lo que menos necesitas es un sujetador con relleno. Eres perfecta.

Ella se sonrojó al ver la adoración que se leía en sus ojos y al sentir el modo tan íntimo como sus dedos la tocaban.

—Mira —susurró él, señalando con la mirada los dedos morenos sobre su piel.

Ella tembló ante aquella visión y atrapó con su mano la de él mientras le dirigía una mirada implorante.

—¿Avergonzada? —quiso saber Cannon—. Aquí —dijo, y volvió a colocar el tirante del bañador en su sitio, encima de su hombro, no sin reticencia. Ella no era capaz de mirarlo a los ojos. Se sentía como una colegiala sorprendida en pleno besuqueo con el chico más guapo de la clase. Le ardía la cara y se sentó en la arena con las rodillas contra el pecho.

Él se agachó a su lado y extendió un brazo para alcanzar el paquete de tabaco y el encendedor, que estaban junto al montón que formaban las toallas apiladas sobre la arena. Encendió un cigarrillo con pulso firme justo en el momento en que Jan y Andy se acercaban corriendo hasta donde estaban.

—¡Qué divertido! —exclamó Jan mientras alargaba el brazo en busca de una toalla para secarse el pelo.

—Ahora me comería un bocadillo —dijo Andy mientras se secaba el torso—. ¿Alguien más tiene hambre?

—Yo —dijo Cannon con una risa seca pero sólo Margie sabía a qué se refería—. Venga, a ver si podemos llegar al frigorífico antes de que Nina empiece a preparar la cena.

—Pero vosotros dos no habéis nadado todavía —señaló Jan.

—Teníamos cosas mejores que hacer —respondió Cannon mientras ayudaba a Margie a ponerse de pie.

—Ahora sospechan algo —murmuró Margie de camino hacia la casa. Cannon y ella iban precedidos por los más jóvenes.

—¿No te alegras de que no tuvieran unos prismáticos a mano hace un rato? —dijo él en voz baja, y se rió al ver la cara que ponía.

—No he tenido miedo —murmuró al cabo de un momento—. Me daba un poco de vergüenza, es una cosa nueva para mí..., pero no estaba asustada.

Cannon se detuvo, la hizo volverse hacia él y le rodeó la cintura con las manos. Sus ojos oscuros la miraron con intensidad.

—No eres frígida —dijo con voz suave—. Y, si me dejaras, podría borrar todas las cicatrices.

—Ya lo sé —admitió ella. Tenía los ojos fijos en su boca ancha, de labios cincelados—. Lo único que pasa es que todo va demasiado rápido...

Él le puso un dedo sobre los labios para hacerla callar.

—Te daré tiempo para que te acostumbres a mí —dijo—. Sólo tomaré lo que tú quieras darme.

Ella estaba empezando a darse cuenta de que quería darle todo. Se giró y los dos siguieron andando sin hablarse pero tomados de la mano.

Margie se preguntaba cómo podría mantener su mirada apartada de Cannon esa tarde para que la familia no notara su innegable interés por él. El destino resolvió el problema en su lugar. Cannon estaba invitado a una cena que, al parecer, había olvidado hasta que una mujer de voz sexy llamó para recordárselo.

Margie fue la que respondió al teléfono pues era la que se encontraba junto al aparato cuando éste sonó, y sus ojos observaron a Cannon mientras hablaba con su interlocutora. Su expresión no indicaba que aquello le agradara pero el tono de su voz mostraba que ambos se conocían desde hacía mucho. En cuanto colgó, se disculpó y subió a vestirse.

Jan y Andy decidieron ir a alquilar una película y se habían marchado cuando Cannon volvió a bajar. Victorine estaba absorta en su serie de televisión preferida y Margie, que no tenía nada más urgente que hacer, la acompañaba, a pesar de ser consciente de que la fecha límite para la entrega del libro estaba cada día más cerca.

—Me temo que volveré tarde —dijo Cannon a su madre mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla—. No me esperes levantada.

—No se me ocurriría —bromeó la anciana—. ¿Quién es ella, si puedo preguntar?

—Missy Caller —respondió Cannon—, y su hermano. Es para ese dichoso contrato de Seaside. Estamos intentando que nos concedan la exclusiva de su línea de prendas de baño.

—Estoy segura de que si le guiñas el ojo a Missy conseguirás lo que quieras —su madre se rió. Cannon no sonrió y había inquietud en sus ojos mientras estudiaba la cara de Margie.

—Margie, ven un momento conmigo ahí fuera —se limitó a decir. Ella lo miró sin saber qué hacer. Sabía que Victorine no perdía detalle.

—Yo...

Él extendió una mano hacia ella. Nada más, pero aquello fue suficiente. Margie se levantó, murmuró algo a Victorine y dejó que él la tomara de la mano y la guiara fuera. La noche olía a brisa marina.

—No tengo ganas de ir —explicó pausadamente y se volvió hacia ella cuando llegaron al coche—. Si ese contrato no fuera tan importante, me olvidaría de todo. A pesar de lo que ha dicho mi madre, no tengo ningún interés personal en Missy. Sólo profesional.

Ella levantó la vista hacia él.

—No tengo ningún derecho sobre ti —le recordó.

—Ya lo sé. Tal vez quiero que lo tengas —replicó para sorpresa de Margie y le acarició levemente un pómulos—. Mañana haremos algo diferente, iremos a algún sitio donde Andy y Jan no puedan dar con nosotros.

—Tal vez sería mejor que no —respondió ella al recordar lo vulnerable que se volvía cuando estaba con él. Los ojos oscuros de Cannon la atravesaron. Tomó su cara entre las manos y la sujetó para que lo mirara.

—No tienes ningún motivo para tenerme miedo —dijo lacónicamente.

—No se trata de eso —protestó débilmente. Se derretía cuando la tocaba. Los pulgares de Cannon acariciaron sensualmente sus labios.

—Entonces ¿es por tu educación victoriana? —murmuró. Ella no pudo evitar echarse a reír.

—Ya, ya lo sé. Estamos en el siglo veintiuno, ¿verdad?

Él se inclinó y apretó suavemente su boca contra la de ella en un beso que era suave, tierno e intenso a la vez.

—¿Qué te parece si dejamos que las cosas sigan su curso? — sugirió con un tono de voz grave arrastrando las palabras—. Además —añadió—, tú eres la que me arrastra a las camas y me obliga a hacer cosas íntimas...

—¡Eres un sinvergüenza!

—Mujer lasciva... —replicó él inclinándose de nuevo la cabeza. Su boca rozó de nuevo la de Margie—. Dichosa Missy —murmuró. Los ojos verdes de Margie lo observaban.

—¿Es guapa?

Él alzó una ceja y estudió sus ojos brillantes, su pelo largo y negro, su cutis, suave y aterciopelado a la luz de la luna.

—Comparada contigo, ninguna mujer es guapa.

—Tú tampoco estás mal —contestó Margie entre risas. Él tomó aire y respiró hondo.

—Te pediría que me esperaras pero no tengo ni idea de a qué hora volveré a casa. Mejor que nos veamos en el desayuno, hacia las seis.

Ella enarcó las cejas.

—¿Debería ponerme una trinchera?

Los ojos de Cannon brillaron.

—¿Y qué tal si bajaras en salto de cama?

Los puños de Margie le golpearon el pecho.

—Para.

Él sonrió.

—¿Por qué no te pones un vestido y vienes conmigo?

Ella negó con la cabeza.

—Porque no quiero pasarme la noche mirando cómo a otras mujeres se les cae la baba por ti.

La sonrisa de Cannon se desvaneció lentamente y sus ojos penetrantes se clavaron en los de Margie, buscando en ellos la

verdad más allá de las bromas. La tomó por la cintura y la alzó en el aire para que los labios de ambos estuvieran a la misma altura.

—Dame un beso de buenas noches y vuelve dentro. Hace fresco y no tienes nada para abrigarte.

Esa muestra de preocupación casi hizo que ella se echara a llorar. A lo largo de toda su vida, Jan era la única persona a la que le había importado lo que pudiera ocurrirle. Era una novedad que alguien se preocupara por ella. Retuvo las lágrimas y apretó los labios contra los de Cannon al tiempo que lo rodeaba con los brazos.

Él le devolvió un beso dulce, lento, interminable. Al cabo de un momento, levantó la cabeza. Sus ojos estaban muy oscuros y había una extraña ternura en ellos.

—Buenas noches —murmuró. Pero la besó de nuevo, y esa vez no fue un beso suave ni breve. Cuando volvió a dejarla en el suelo, Margie sentía como si todo su cuerpo estuviera ardiendo.

—Mejor que me vaya —dijo él lacónicamente—, mientras todavía pueda. Buenas noches.

Ella se quedó allí de pie, mirándolo, hasta que el coche traspasó la verja de la entrada y se perdió en la oscuridad.

Victorine le dirigió una mirada breve, regocijada, cuando volvió a sentarse en el sofá, delante de la televisión.

—La verdad es que no tiene ningún interés en Missy —le confió. Margie sonrió.

—Creo que le arrancarías los ojos a esa pobre chica si lo tuviera —admitió con una sonrisa avergonzada. La madre de Cannon se echó a reír y le dio unas palmaditas en la mano.

—Me alegro mucho de que tú y yo nos entendamos tan bien —murmuró—. Así me ayudarás a manejar a Cannon.

Era demasiado pronto para pensar así, pero Margie deseaba tanto que fuera verdad que ni siquiera protestó.

El teléfono sonó cuando el programa casi había acabado y Margie respondió. Se quedó muy sorprendida al oír que quien estaba al otro lado de la línea era su agente.

—¿Por qué no estás en casa? —refunfuñó éste—. Por fin me ha saltado tu contestador; las líneas estaban estropeadas... En fin —su tono de voz era triunfante—, tengo muy buenas noticias. ¿Te acuerdas de Gene Murdock? Bueno, pues quiere rodar la historia de tu último libro, pero se marcha de la ciudad mañana por la tarde. Quiere que nos reunamos los tres para hablar del contrato. ¿Podrás estar en mi oficina mañana alrededor de las diez?

Capítulo 13

Ni siquiera podía responder. Desde su llegada a Panama City, el libro era la menor de sus preocupaciones. Por extraño que pareciera, era como si perteneciera a otra vida, no a ésta en la que había irrumpido de pronto Cannon Van Dyne.

—Eh... ¿por la mañana? —repitió.

—¿Te encuentras bien, cariño? —su agente se rió—. Eres Silver McPherson, ¿recuerdas?, la autora de *Ardiente pasión*, el número uno en las listas de superventas desde hace cuatro semanas.

—Claro que me acuerdo —dijo tontamente—. A las diez de la mañana... Bueno, si hay algún vuelo que salga a las siete... Haré lo que pueda. Si no lo consigo, te llamaré, ¿de acuerdo?

—Muy bien. ¡Y enhorabuena! Creo que va a ser un éxito. ¡Hasta luego!

Margie se quedó mirando fijamente el auricular que todavía tenía en la mano consciente de la mirada curiosa de Victorine. Nueva York, por la mañana. Lo más probable era que tuviera que quedarse a dormir allí, y la idea de alejarse de Cannon le resultaba insoportable. ¿Qué le ocurría? Antes de ir a Florida, una oferta semejante habría sido lo mejor que le habría podido pasar; en ese instante, en cambio, significaba sólo una barrera entre Cannon y ella, un ladrillo más en la pared que su engaño estaba levantando entre ellos. Algún día se enteraría de a qué se dedicaba y ¿qué pensaría? Se pondría furioso porque ella no le hubiera contado la

verdad, eso seguro. Y ¿cómo afectaría su fama literaria a la imagen conservadora que a Cannon le gustaba proyectar? Sintió un dolor tan profundo que las lágrimas arrasaron sus ojos.

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó amablemente Victorine. Margie la miró.

—Eh, sí —respondió como un autómata—. Era... eh... es que mañana tengo una reunión. Es por un tema relacionado con unos dividendos... —se mostró deliberadamente vaga al respecto y dejó que Victorine extrajera sus propias conclusiones.

—Gracias a Dios que yo tengo a Cannon para ocuparse de manejar mis inversiones —contestó—. Y no hará falta que busques billete, Cannon puede llevarte en su avión.

—No puedo pedirle que... —comenzó a decir Margie.

—Claro que puedes. Ahora ven a seguir viendo la tele conmigo y no te preocupes, cariño. Todo se resolverá —prometió.

Margie volvió a sentarse, pero su mirada mostraba inquietud. ¿Qué haría si Cannon decidía acompañarla?, ¿cómo podría mantener en secreto la finalidad de su viaje?

Apenas durmió en toda la noche, dándole vueltas. Las cosas entre Cannon y ella habían ido tan deprisa que no había tenido tiempo de pensar en los problemas y ahora le estallaban en pleno rostro. Ya no había ninguna razón lógica para esconderle la verdad. Al menos, no una que él fuera a aceptar.

No fue de gran ayuda que Jan irrumpiera en su habitación y se sentara en el borde de la cama.

—¿Cannon va a llevarte a Nueva York esta mañana? —soltó—. ¿Qué pasa, es por el libro?

Margie se dio media vuelta; sus ojos huían de la luz de la mañana, le dolía la cabeza.

—Sí —murmuró—. Quieren los derechos para una película.

—¡Una película! —exclamó Jan—. ¿De qué tipo?

—Para la televisión —consiguió responder, y se incorporó en la cama—. ¿Qué hora es?

—Las seis. ¿Por qué estás así? ¡Vas a ser famosa!

—No quiero ser famosa —gruñó—. Ojalá no hubiera escrito nunca un libro.

Jan se quedó mirándola fijamente.

—¿Qué...?

—No importa —Margie escondió la cara entre las rodillas que tenía dobladas contra el pecho—. ¿Cómo voy a explicarle a Cannon el motivo de este repentino viaje a Nueva York? —gimió—. No quiero mentirle.

Jan dio un respingo.

—Ya entiendo. Estás colada por él, ¿verdad?

Margie se rió débilmente.

—Es una manera de decirlo.

Su hermana se acercó más a ella y la abrazó para reconfortarla.

—Ay, Margie, yo fui la idiota que te pidió que no le contaras lo de Silver McPherson.

—No pasa nada. Todo se resolverá de alguna manera.

Jan se retiró y la miró con ojos pensativos.

—¿Estás enamorada de él?

La pregunta pronunciada en voz alta era demoledora. Margie notó que se sonrojaba y que le brillaban los ojos. Jan se limitó a asentir con la cabeza.

—Ayer era obvio. Cannon no podía apartar los ojos de ti y tú lo mirabas como si fuera el plato más delicioso del restaurante...

—Él me desea —corrigió Margie mientras estudiaba sus rodillas flexionadas—. Y como tú bien sabes, tengo un grave problema al respecto.

—No, ningún problema —discutió Jan con dulzura—. Si lo amas, no tendrás ningún problema, todo será de lo más natural, ya lo verás.

—Es un tipo de compromiso que me aterroriza ¿no lo entiendes? —explicó Margie—. No soy el tipo de persona que puede acostarse con alguien una noche y luego seguir tan tranquila. No soy así, ¡no puedo irme a la cama para satisfacer un apetito!

—Pero qué victoriana eres... —se burló Jan—. Créeme, si lo quieres como yo creo, no serás capaz de negarte. Triste pero cierto.

Margie levantó la mirada y Jan vio en ellos todo lo que sentía.

—Ay, Jan. Lo quiero tanto que casi me duele —dijo, y luego se rió.

—Me alegro mucho —respondió su hermana—. Tenía miedo de que te conformaras con escribir y no pidieras nada más a la vida. Habría sido un desperdicio, Margie.

—Pero ¿cómo voy a explicarle a qué me dedico? —suspiró—. ¡Es un lío!

—Y tú te agobias demasiado —Jan se puso de pie—. Venga, será mejor que te vayas levantando. Margie... ¿puedo pedirte un gran favor? El último, te lo juro.

—Sabes que puedes.

Jan se encogió de hombros.

—¿Podrías mencionarle a Cannon que, bueno, que Andy y yo estamos dispuestos a esperar unos meses, o sea, a estar unos meses sin vernos para demostrarle que estamos totalmente seguros el uno del otro? —sonrió—. Y a lo mejor también podrías engatusarlo un poco, ¿no?

—¡Serás pícara! —le reprochó Margie. Retiró la sábana, se puso de pie y se estiró—. Sí, claro que hablaré con él, si me escucha.

—Díselo cuando estés vestida como ahora —sugirió Jan señalando el camisón transparente—. Seguro que te escucha —sonrió y, apenas había salido de la habitación, la almohada se estrelló contra la puerta.

Cuando Margie bajó con la maleta y el bolso, Cannon se hallaba ya sentado a la mesa, desayunando con toda la familia. Ella dejó el equipaje junto a la puerta de entrada y un hormigueo la recorrió al notar que él examinaba el immaculado traje de chaqueta blanco de hilo que había combinado con una blusa beige y bolso y zapatos del mismo color. Un atuendo muy formal.

—He oído que nos vamos a Nueva York —murmuró con una sonrisa pícara que estaba dirigida sólo a ella.

—Po...podría sacarme un billete en línea regular —tartamudeó y se sentó rápidamente en la silla que él había retirado para ella.

—No seas ridícula —dijo—. Aprovecharemos para ver algo.

Ella lo miró con timidez y leyó en sus ojos oscuros lo que estaba pensando.

—¿Seguro que no te importa?

Él se rió.

—Claro que no. Pasaremos la noche y volveremos mañana.

—Cannon tiene una suite en un hotel de allí —explicó Victorine—. Pasa mucho tiempo en Nueva York trabajando, ya lo sabes. Es muy acogedora, ¡y la comida del hotel es deliciosa!

—Y la puerta del dormitorio se puede cerrar con llave —murmuró Cannon al ver la expresión acorralada de la cara de Margie y se echó a reír cuando se dio cuenta de que los demás intentaban ahogar la risa.

—No te atrevas a seducirla —le advirtió Victorine con expresión altanera—. Me niego a que mi amiga se convierta en otra de tus conquistas.

Cannon sonrió a su madre. Estaba rematadamente guapo con su traje gris, que lo hacía parecer más alto y más moreno que nunca.

—Ella nunca sería eso —dijo, y su expresión cambió y se hizo más intensa cuando miró a Margie. Victorine vio esa mirada y bajó los ojos, sonriendo, a su café.

Margie se sentó rápidamente junto a Cannon en la cabina y contempló cómo las manos hábiles de él manejaban los mandos mientras el pequeño jet atravesaba las nubes.

Tras la muerte de Larry, siempre había pensado que sería incapaz de volver a volar en un avión pequeño, pero hacerlo con Cannon era toda una experiencia. Se mostraba precavido pero con una gran confianza y dominio, y a su lado se sentía más segura de lo que se había sentido nunca junto a otro ser humano. Era extraño lo bien que estaban los dos juntos a pesar de que su pulso siempre se aceleraba cuando él estaba cerca. Miró cómo manejaba el avión

y se preguntó si así la manejaría también a ella, con esa suavidad y esa confianza en sí mismo. Estaba casi segura de que así sería y temía más que nunca lo que se avecinaba.

La suite del hotel de Cannon era muy lujosa pero Margie apenas tuvo tiempo de dejar la maleta en el suelo antes de salir corriendo y montarse en un taxi. Dejó a Cannon en la suite con una historia de lo más convincente: tenía que hablar de unas disposiciones legales con el abogado de su marido. Odiaba mentir y mientras lo hacía decidió que tenía que encontrar el modo de contarle la verdad.

Su agente, Jim Payne, la estaba esperando en su oficina, todo sonrisas, y la hizo sentar al lado de Gene Murdock, que era la mitad de alto que Jim y el doble de mayor. Estaba entusiasmado con el proyecto de hacer una película con su saga de la Guerra Revolucionaria.

La reunión se prolongó bastante pero al final se quedó convencida de que Murdock haría un buen trabajo. Más importante aún, Jim también estaba seguro. Se pusieron de acuerdo en los términos del contrato: le pagarían un adelanto que serviría para asegurar su futuro. Estrechó las manos de los dos hombres y se metió en el ascensor mareada.

Una cosa era cierta, pensó, tendría que contarle la verdad a Cannon muy pronto. Cualquiera día empezarían a hacer publicidad y Silver McPherson se volvería más famosa de lo que ya era. No podría soportar que Cannon lo supiera por un tercero, eso la haría sentir aún más culpable.

Regresó al hotel y lo encontró hablando por teléfono con el ceño fruncido. Sus labios dibujaban una línea delgada mientras oía lo que le estaba diciendo su interlocutor.

—No —dijo bruscamente, echando un vistazo a Margie cuando ésta entró por la puerta—. No, eso no va a funcionar. Ya te he dicho que mi abogado me advirtió que había que cambiar esa cláusula, y no firmaré nada hasta que así sea. ¿Que si puedo qué? Maldita sea —dijo refunfuñando y exhaló un suspiro que sonó más como un

bufido—. De acuerdo, ¿dónde? ¿A qué hora? Allí estaré —colgó el teléfono de un golpe.

—¿Problemas? —preguntó ella. Él la estudió con las manos metidas en los bolsillos.

—Nada grave. Por desgracia, va a llevarme el resto del día. Había planeado que hiciéramos un montón de cosas.

Ella se encogió de hombros.

—Cuando se trata de trabajo, uno no puede negarse. Lo entiendo —sonrió—. No pasa nada.

—Sí que pasa —contestó acercándose. La agarró por los hombros y la atrajo hacia sí lenta, sensualmente. Su respiración se volvió tan irregular como la de ella—. ¿Mejor? —la provocó, y sus manos atraparon las caderas de Margie y la apretó contra sus muslos. Fue un movimiento perezoso, perturbador. Ella atrapó sus manos pero eso no lo disuadió.

—Así —murmuró y sus labios entreabiertos descendieron hacia la boca de ella—. Ayúdame...

Margie contuvo la respiración mientras él se movía y sintió su excitación antes incluso de que su boca la obligara a separar los labios y dejar que su lengua, cálida y cargada de deseo, penetrara entre ellos. Margie también se movió, se apretó contra él a medida que la magia de sus brazos se apoderaba de ella y la derretía. Llevó los dedos a los botones de su camisa y le desabrochó cuatro de ellos con mano trémula.

—¿Quieres tocarme? —susurró él junto a su boca.

—Me muero de ganas —admitió ella con una voz rara, ronca. Introdujo la mano por la abertura, debajo de la tela, y dejó que sus dedos se enredaran en el vello rizado que cubría el pecho cálido de Cannon.

Él se echó un poco hacia atrás conteniendo la respiración mientras contemplaba esa mano sobre su pecho desnudo.

—Échate conmigo —dijo con voz ronca—. Vamos a hacerlo como Dios manda.

Ella alzó los ojos y respiró hondo.

—Tienes una reunión.

—Puedo perdérmela —respondió lacónicamente.

—Pero no debes —murmuró leyendo en sus ojos. Él exhaló un gran suspiro.

—No —admitió.

Margie se inclinó hacia delante y puso los labios sobre su pecho antes de empezar a abotonar nuevamente la camisa. Notaba cómo temblaba Cannon.

—Yo que tú, compraría un cerrojo para la puerta del dormitorio mientras estoy fuera —sugirió—. Y será mejor que pongas todos los muebles contra la puerta.

—Cavaré delante una trampa para tigres de bengala mientras estás en esa reunión —prometió pero en sus ojos se leía adoración. Él se inclinó y le dio un beso suave.

—Volveré en cuanto pueda —prometió—. ¿Me echarás de menos?

—Ya te echo de menos.

Capítulo 14

Cenaron en el restaurante del hotel y Margie se dio cuenta de que tenía mucho apetito, favorecido por la felicidad que sentía de estar con Cannon. Éste se mostraba especialmente atento. No dejaba de mirarla y sus ojos se deslizaban continuamente hacia el escote, bastante pronunciado, de su vestido plateado. Él también estaba muy guapo con su traje oscuro y algunas mujeres lo miraba descaradamente.

—Si esa pelirroja no deja de devorarte con la mirada —murmuró Margie a la hora del postre—, voy a levantarme y a tirarle el vino por la cabeza.

Él se rió.

—Sería desperdiciar este vino tan bueno.

Tomó la botella y le llenó la copa. Era un Borgoña reserva muy suave y ella ya había bebido demasiado pero no hizo caso a las advertencias de su propia conciencia. Tal vez fuera la última cena que compartiría con él, porque esa noche iba a contarle la verdad, a qué se dedicaba en realidad, aunque eso acabara con ella.

—¿Tratas de emborracharme? —murmuró.

—Nada más lejos de mi intención —replicó él, mirándola por encima del borde de la copa que en ese momento se había llevado a los labios—. Sólo pretendo... que te relajés.

—No estás borracha de verdad, ¿no? —preguntó él cuando subieron a la suite. Sin dejar de mirarla, se despojó de la chaqueta y la corbata y se desabrochó los botones superiores de la camisa.

—No, sólo relajada —prometió ella. Se sentía burbujeante y provocativa y le rodeó el cuello con los brazos—. Muy, muy relajada —se le nubló la vista. Su sonrisa se desvaneció cuando lo miró a los ojos—. Y muy, muy enamorada —suspiró. Las palabras salieron de su boca con tanta suavidad que apenas se dio cuenta de lo que había dicho.

—Dios, preciosa —murmuró él mientras se inclinaba. Atrapó la boca de Margie de un modo nuevo, diferente. Ella se acercó más a él, lo necesitaba, lo amaba, lo deseaba...

Cannon llevó las manos a los tirantes del vestido y los deslizó hacia abajo para que su boca pudiera tener libre acceso a la piel suave y perfumada de hombros, cuello, escote... y más abajo, a las curvas redondeadas de los senos. Dejó escapar un gemido profundo y Margie notó el frío de la habitación en su carne desnuda cuando el vestido cayó arrugado alrededor de sus sandalias plateadas.

Abrió los ojos e intentó protestar pero la boca de Cannon había tomado posesión de las zonas de su cuerpo que habían quedado al descubierto y la lengua de éste se movía provocativamente sobre sus pezones rosados y los volvía duros, sensitivos. Las manos de Cannon, expertas y cuidadosas, la tocaban, la acariciaban, eran fuego sobre la piel...

Ella gimió y se arqueó contra él animándolo a continuar, desoyendo la vocecita que en el fondo de su mente le advertía que tuviera cuidado y se moderara. Se hallaba tan abandonada a las sensaciones que estaba experimentando que apenas podía respirar. Su cuerpo se había entregado a Cannon y todas sus células y sus nervios trataban de decírselo. Notó que él la levantaba del suelo con brazos firmes y seguros y ponía su boca sobre la de ella.

—Ya soy mayor para relaciones esporádicas —susurró junto a la boca de Margie—, y tú también. Si hacemos el amor, significa que nos comprometemos a algo. ¿Me oyes? No quiero sólo sexo.

—Te quiero —murmuró ella a modo de respuesta—. Te quiero...

—No dejaré que te alejes de mí, Margie —prometió mientras avanzaba con ella en brazos por el vestíbulo de la suite—. No mientras viva.

—No me hagas daño —susurró ella mientras la recorría un débil estremecimiento.

—Tesoro —murmuró él con voz ronca—, eso es lo único que no voy a hacerte...

Ella se abrazó con fuerza a su cuello y besó con adoración su cara mientras él la llevaba al dormitorio y cerraba la puerta tras ellos. La espalda de Margie pronto reposó sobre el blando colchón y él se tumbó sobre ella con suavidad.

—La luz, Cannon —susurró.

—¿No quieres ver? —murmuró él sobre sus labios—. Yo sí.

El corazón de Margie latía con fuerza. Estaba tumbada sobre las almohadas, mirándolo mientras él se sentaba y recorría con una mirada cargada de intensidad, sin prisa, su cuerpo, cubierto tan sólo por las medias. Ella sabía que se estaba ruborizando pero no podía evitarlo. A Larry, el único hombre que la había visto desnuda hasta entonces, nunca le había interesado su «cuerpo flacucho», como solía decir.

—Si no fuera celoso —dijo Cannon con voz vacilante—, te pediría que te hicieras un retrato así. Pero no podría soportar que el pintor te viera como yo te estoy viendo ahora —se inclinó y depositó en sus labios un beso lleno de ternura mientras con los dedos trazaba una caricia dulce y abrasadora alrededor de uno de sus pechos con una habilidad innegable.

—¿Quieres ser mía, Margie? —preguntó.

—Sí —contestó ella sin vacilar y se incorporó para atraerlo hacia sí—. Siempre.

El deslizó las manos por detrás de su espalda desnuda, la abrazó y la besó. Margie notaba las palmas calientes en la piel de la espalda. Cannon dejó caer su peso sobre ella para que pudiera sentir todos los rincones de su cuerpo. La tela rozaba con aspereza la piel desnuda de Margie. Ésta gimió suavemente.

—¿Ves lo agradable que puede llegar a ser? —susurró él. Su boca rozó la de ella y sus dientes atraparon el labio inferior de Margie y tiraron de él—. Ven, cariño —murmuró, y llevó una de las manos de Margie hasta los botones de la camisa—. Quítamela.

Con una destreza que era nueva para ella, sus dedos desabrocharon los botones y le echaron hacia atrás la camisa para dejar al descubierto los hombros, anchos y morenos. Puso las manos sobre ellos con admiración y sintió su calor. Le gustaba el tacto de la piel de Cannon, la dureza de sus músculos, el vello oscuro, masculino y sensual, que cubría su amplio pecho. Lo acarició, enredó los dedos en él y tiró con suavidad. Sonrió cuando oyó que un gemido ronco escapaba de la garganta de Cannon.

—Eres una bruja —dijo él, incorporándose para mirar la cara sonriente de Margie, cuyos ojos verdes ardían de excitación—. Lo has hecho a propósito.

—Ha sido sin querer —murmuró. Deslizó las manos por sus hombros, por su cuello—. A Larry no le gustaba que lo tocara —rememoró, y su sonrisa se desvaneció—. Tampoco le gustaba tocarme, ni mirarme...

—Deja de volver la vista atrás —contestó él mirándola a los ojos mientras acariciaba con destreza su cuerpo y hacía que el deseo lo dominara—. Ahora estás conmigo, y yo quiero tocar cada centímetro de tu piel.

—Tal vez resulte una decepción...

—Imposible —respondió tranquilamente—. Tú haces que me sienta completo. Eres lo que siempre he querido en una mujer, cumples todos mis sueños. No puedes decepcionarme.

Las lágrimas nublaron la vista de Margie y la imagen de Cannon se volvió borrosa. Alargó un brazo para tocar el contorno masculino

de su boca.

—¡Te quiero tanto!

Él se movió para que los cuerpos de ambos se tocaran completamente. Los senos suaves de Margie se aplastaron contra el vello que cubría su pecho; las piernas de ella se entrelazaron con las suyas.

—Vamos a hacerlo —susurró temblorosamente mientras se besaban con más intimidad. El deseo que sentían el uno por el otro era demasiado poderoso—. No puedo parar.

—No quiero que pares —gimió ella arqueándose—. Ámame. Quiero que me ames y alivies este deseo. Casi me duele.

—Dios, qué dolor tan dulce —suspiró él. Su boca se mostraba tan cuidadosa, tan tierna, que a ella le habría gustado gritar. Sus manos dibujaban caricias en la piel de Margie, preparándola para él.

—Nunca había deseado a nadie antes de este modo —confesó ella mientras él la dejaba descansar sobre las almohadas—. Nunca había estado enamorada, hasta ahora.

—Estate quieta, cariño —susurró él—. Quédate tumbada y haz lo que te diga...

—Qué perverso... —dijo ella temblando deseando que él la tomara, la llenara...

—Ni la mitad de lo que voy a hacerte ahora... —prometió con una sonrisa triunfante cuando sus manos se movieron y ella gritó—. Sí —dijo sin aliento, mirándola—. Así, cariño, así quiero que me recibas...

Se llevó una mano al cinturón para desabrochárselo, pero se quedó helado al oír el repentino sonido del timbre de la puerta que irrumpió como una bomba en el silencio del dormitorio, hizo saltar en pedazos la intimidad de los dos cuerpos e introdujo de nuevo la lógica y la razón. Cannon empezó a soltar palabrotas dignas de un marinero borracho.

—Espero que quienquiera que esté llamando a esa maldita puerta esté al corriente de pago de su seguro de vida —dijo entre dientes mientras se sentaba en la cama y se esforzaba por

tranquilizar su respiración agitada y calmarse—. ¡Dios...! —gimió. Le temblaban los hombros y enterró la cara entre las manos un momento. Su cuerpo estaba rígido.

—No te habría parado —susurró ella—. Lo siento.

Él respiró hondo y enderezó los hombros. Bajó la vista hacia ella con pesar y la cubrió con la sábana.

—Qué vergüenza —dijo dulcemente—, tener que tapar tanta belleza.

Ella acertó a esbozar una sonrisa para él.

—Ahora empiezo a darme cuenta de dónde estoy, y por qué —confesó con un brillo malicioso en la mirada—. Eres un seductor sin corazón...

—¿Yo? —le espetó él fingiéndose ofendido. Se levantó en busca de su camisa y se la puso—. De eso nada. Tú eres la que me ha arrastrado hasta aquí y ha intentado seducirme.

—¡No he hecho nada parecido! —replicó ella. Se sentó en cama y se echó hacia atrás el pelo, negro y despeinado—. Un caballero... —empezó a decir enfatizando esa palabra.

—No soy ningún caballero —le recordó mientras miraba hacia el vestíbulo donde el timbre de la puerta seguía sonando—. Y tú sabes muy bien que no me querrías si lo fuera, ¿a que sí? —añadió con una sonrisa. Ella lo miró con los ojos entrecerrados, a través de las pestañas.

—Te responderé cuando haya tenido varias horas para pensarlo. Ahora será mejor que vayas a ver quién es. Quizá algún huésped haya llamado a la policía al ver que metías en tu guarida a una jovencita encantadora.

—Eres encantadora, lo reconozco —murmuró camino de la puerta del dormitorio—. Si te quedas donde estás hasta que me haya librado de nuestro visitante, te lo demostraré también físicamente.

—Eh, bueno, por esta noche ya he tenido bastantes emociones —dijo—. Creo que... me gustaría tener tiempo para pensar.

Él le devolvió la mirada pero no estaba enfadado, ni siquiera impaciente. Sonreía.

—Iremos a tu ritmo, preciosa. Te deseo pero no quiero forzarte a nada. Hasta mañana.

Ella asintió con la cabeza.

—Buenas noches.

Él le guiñó un ojo y salió.

El inoportuno visitante era un socio de Cannon que quería aclarar algunos puntos del contrato en el que habían estado trabajando todo el día. Margie estaba secretamente agradecida por la oportunidad de escapar a su propio dormitorio y encerrarse en él. El vino la había ayudado a mostrarse desinhibida momentáneamente, pero la interrupción los había devuelto a la normalidad de un modo abrupto. No sólo había estado a punto de dejar de lado todos sus principios, sino que ¡incluso había reconocido delante de él que lo amaba!

Se puso el camisón y se tumbó en la cama con la mente todavía puesta en las caricias de Cannon, en la presión de su cuerpo sobre el de ella, en la trampa dolorosamente dulce que era su boca. Lo amaba, eso era cierto. Lo anhelaba de un modo que nunca habría imaginado. Y aunque él no había dicho que compartiera aquellos sentimientos, había reconocido que era todo lo que deseaba en una mujer.

Claro que, se recordó Margie, los hombres estaban dispuestos a decir cualquier cosa cuando deseaban a una mujer, independientemente de que fuera o no verdad. Y una cosa era cierta, que Cannon la deseaba, se recordó mientras se ruborizaba.

Apagó la luz y se cubrió con la manta. Por la mañana, con la mente despejada, volvería a pensar en todo aquello. En ese momento no podía resolver rompecabezas emocionales, sólo podía dormir.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, se despertó sobresaltada y se sentó en la cama. Se mordió el labio inferior al recordar; a su mente acudían escenas y fragmentos de la noche anterior. Sus largas piernas se deslizaron fuera de la cama y se dirigió hacia su maleta. Sacó de ella un par de pantalones azul marino y una blusa blanca. Fue al cuarto de baño y se duchó rápidamente, agradecida al secador por poner algo de orden en su pelo. Se maquilló más de lo habitual para camuflar las ojeras y los labios hinchados. La realidad parecía más dura a la luz del día que la noche anterior. En ese instante, agradecía que la inesperada interrupción hubiera evitado que hiciera el amor con Cannon.

—Idiota —se riñó—. Eres una idiota.

No sabía cómo iba a poder mirarlo a la cara. Ojalá no hubiera bebido tanto. Ojalá se hubiera resistido...

Hizo la maleta metódicamente, la cerró y dejó el bolso encima. Luego se puso una americana azul sobre los hombros, abrió la puerta y cruzó el vestíbulo de la suite.

Cannon estaba en el salón, explorando el contenido de unas bandejas que, aparentemente, acababa de dejar allí el servicio de habitaciones. El desayuno consistía en huevos con salchichas, tostadas y café. Él levantó la vista en cuanto ella entró en el saloncito. Llevaba un polo amarillo de manga corta que dejaba al

descubierto sus poderosos brazos. Tenía los ojos rojos, igual que ella, y no podía disimular sus ojeras debajo del maquillaje.

—Buenos días —acertó a decir Margie con voz ronca y tensa pero evitó mirarlo a los ojos.

—Buenos días —respondió él con igual reserva—. Siéntate y desayunaremos algo antes de volver a Florida.

Ella se sentó y se puso la servilleta en el regazo antes de tomar la taza de café y beber un sorbo.

Él hizo lo propio y ninguno de los dos dijo ni una palabra mientras comían. Los ojos oscuros y preocupados de Cannon no se apartaban de ella.

—Margie...

Ella levantó la vista y el cuchillo se le cayó encima de los huevos revueltos que apenas había tocado. Vio su propio pesar reflejado en el rostro de Cannon.

—No pasó nada —le recordó él. Ella sonrió con melancolía.

—Por los pelos —apuntó.

—Y aunque así hubiera sido, ¿acaso se habría acabado el mundo? —inquirió. Se levantó y fue hasta ella. Se arrodilló a su lado y le pasó un brazo por detrás de la cintura y otro por el regazo—. Contéstame. Si hubiéramos hecho el amor, ¿sería tan horrible?

—Tú mismo has dicho —suspiró—, que tengo una concepción de la vida muy victoriana, herencia de mi abuela McPherson, la cual decía que si una chica se dejaba seducir, lo mejor que podía hacer era arrojarse por la ventana.

—¿Y no depende eso de quién la seduzca? —preguntó secamente.

—Para la abuela, no —miró los ojos oscuros y sonrientes y se relajó por primera vez esa mañana—. Fue por el vino, ya lo sabes —dijo en tono suave.

—Eso no me lo creo —replicó. Le tocó el muslo y la pierna de Margie se tensó involuntariamente con la sensual caricia—. Nos deseamos, no hay de qué avergonzarse. Es muy humano.

Margie adelantó su labio inferior e hizo un puchero.

—Sale barato.

Cannon alzó las cejas sobre sus ojos sonrientes.

—Bueno, esta suite es bastante cara.

Ella le dio un empujón en el hombro con la palma de la mano.

—Para ya —lo regañó—. Sabes a qué me refiero. Ahora la gente... hace el amor sin asumir ningún compromiso, pero yo no puedo tomármelo a la ligera.

Él respiró pausadamente y se quedó estudiando su cara un buen rato.

—No te dije lo que siento por ti, ¿verdad? —llevó los dedos a su barbilla y le hizo girar la cara y mirarlo—. ¿Crees que es sólo atracción física?, ¿que serías tan sólo una marca más en el poste de la cama?

—No te lo reprocho —replicó ella como si aceptara la realidad—. Eres un hombre.

—Y tú una mujer. Muy mujer. La primera mujer —añadió con una mirada penetrante—, que toco desde hace varios meses. Trabajo mucho y no tengo aventuras, ni siquiera breves.

—¿Sólo aventuras de una noche?

—Eso es lo que suelen durar —admitió—. Incluso cuando estoy muy interesado en una mujer. Desde que me divorcié, no he querido comprometerme.

Ella lo miró intensamente.

—¿Estás buscando cicatrices? —quiso saber él—. No se ven a simple vista.

Margie negó con la cabeza.

—Estoy tratando de imaginarme qué clase de mujer pudo atraerte lo suficiente para arrastrarte al altar.

En la boca sensual de Cannon apareció una sonrisa.

—Ella era, es, una pelirroja voluptuosa que me hizo perder la cabeza. Yo tenía veinticinco, recién salido de la universidad y nombrado vicepresidente de la empresa, y creía en el amor para toda la vida. Me curé en dos años y decidí divorciarme de ella la noche que la encontré en nuestra cama con su último amante.

—¿Lo conocías?

Él se rió.

—Era su decorador.

—¿Te abandonó por...? —el tono de Margie era de incredulidad. Él la estudió.

—Lo dices como si te costara trabajo imaginar que una mujer pudiera dejarme por otro hombre.

—Y me cuesta —confesó ella apartando la cara—. Será mejor que acabemos de desayunar.

—¿Qué responderías —preguntó mientras entrelazaba sus dedos con los de ella—, si te dijera que yo no podría abandonarte por otra mujer?

Los ojos de Margie se agrandaron y se quedó con la boca abierta mientras su mirada se encontraba con la de Cannon, que era tranquila, relajada.

—¿Me lo dices... en serio?

Él se llevó los dedos de Margie a los labios y depositó en ellos un beso.

—Sí.

Luego le dio la vuelta a esa mano y se llevó la palma a los labios. Su respiración era vacilante y sus dedos apretaron los de ella.

—Si quieres la luna, te la traeré —susurró medio en broma—, con tal de que me prometas que nunca me dejarás.

Los ojos de Margie se llenaron de lágrimas mientras contemplaba cómo Cannon se levantaba y tiraba de ella para ponerla también de pie. La rodeó con los brazos y la ciñó contra su cuerpo firme y grande. ¿Qué podía decir? Al cabo de unas horas habrían regresado a Panama City y tendría que contarle la verdad. Se daba cuenta de que no había futuro para ellos si no se sinceraba con él. Tendría que confesarle su secreto aunque eso pudiera representar el final de su relación.

—Sólo si tú me mandas a paseo —prometió y se apretó contra él mientras aspiraba su olor.

—¿Mandarte a paseo? —Cannon se rió—. Dios mío, pídemme algo fácil, como que me corte un brazo; no me dolería ni la mitad que mandarte a paseo —sus brazos la apretaron—. Margie, te... te deseo.

Sonaba como si estuviera diciendo una cosa pero refiriéndose en realidad a otra muy distinta. Ella contuvo la respiración y levantó la vista hacia él.

—Cannon, cuando volvamos, tengo que confesarte algo; es algo que... debes saber. Y tal vez no te guste, o deje de gustarte yo.

Él alzó una ceja.

—Que no estás tomando la píldora, ¿es eso? —bromeó. Ella sonrió.

—Pues la verdad es que no tomo la píldora pero no es eso lo que tengo que contarte.

—Entonces ¿de qué se trata?

Parecía tan preocupado que estuvo a punto de contárselo todo pero las palabras no le salían.

—Hoy no —dijo.

—De acuerdo. Hoy no —la agarró por la cintura y la alzó en el aire para que sus bocas estuvieran al mismo nivel—. He soñado contigo —murmuró mientras la apretaba más contra sí—. He soñado que hacíamos el amor —su boca le separó los labios, los mordisqueó, jugó con ellos—. Era tan real que me he despertado empapado en sudor y abrazándote en la cama.

Los brazos de Margie le rodearon el cuello. Ella frotó su nariz contra la de él y sonrió perezosamente.

—¿Y estaba ahí? —murmuró. Él se rió.

—La sensación era la misma —respondió—, pero al abrir los ojos he visto que estaba abrazando la almohada de plumas.

—No pensaba que fuera tan flácida —susurró mientras Cannon la besaba.

—Tan suave —la corrigió—. Y sólo en ciertas partes. Por ejemplo..., aquí —añadió, y la levantó más, de modo que su boca alcanzó el valle entre sus senos. Incluso a través de la tela, el beso

resultaba perturbadoramente íntimo y ella contuvo la respiración con un jadeo audible.

Él dejó que resbalara pegada a su cuerpo hasta que los pies llegaron al suelo y se quedó mirándola fijamente un rato.

—Sólo con mirarte —dijo con voz pausada, grave—, me pongo a cien. Bruja, hechicera...

—Tú también has debido hacer algún sortilegio, ¿sabes? —replicó ella. Apoyó las palmas de las manos sobre su pecho y noto los fuertes músculos que se contrajeron con aquel leve contacto—. Cuando nos conocimos, me preguntaba si todo tu cuerpo sería tan peludo como tus brazos... —de repente se echó a reír y, cuando levantó la vista, sus ojos brillaban con malicia.

Él también se rió. Entrelazó las manos por detrás de su cintura y la hizo balancearse de un lado a otro con afecto.

—Pues sí, ya lo viste anoche.

—He decidido que me gustan los hombres peludos —anunció—. Así tiene una en qué ocupar las manos.

—¿En qué?, ¿en dar tirones? —la reprendió, y la apretó contra sí—. Dios mío, me tienes atrapado. No quiero compromisos pero sería mucho peor tener contigo una aventura corta. Aparte de en ganar dinero, tú eres en lo único en lo que pienso.

—Me alegra saberlo —dijo ella—, porque desde la primera vez que nos vimos yo sólo he pensado en ti.

—Cariño —murmuró él con voz temblorosa. La besó con tanta ternura que los ojos de Margie se llenaron de lágrimas. Tomó la cara de Cannon entre las manos para animarlo a que siguiera besándola... eternamente. Después de un rato, él la empujó hacia atrás con suavidad para apartarla y suspiró.

—No más de esto por el momento —dijo con voz ronca—. Durante los próximos días, trataremos de conocernos el uno al otro sólo mediante la palabra.

Ella se quedó mirándolo.

—¿Y luego?

Él sonrió.

—Me parece que ya lo sabes. Y yo también.

Los ojos de Margie se llenaron de inquietud.

—Hay muchas cosas de mí que no te imaginas.

—Ya me enteraré —murmuró. La besó dulcemente—. Vamos.

—Cannon...

Él se dio la vuelta en el vestíbulo, ya con las maletas en la mano.

—¿Qué, preciosa?

—¿Qué pasa con Andy y con Jan? —preguntó pausadamente.

Él se rió al ver su expresión preocupada.

—Sabes muy bien que ahora mismo te daría cualquier cosa que me pidieras. Les daré mi bendición, ¿de acuerdo?

El rostro de Margie se iluminó. Al menos, algo bueno saldría de todo aquel subterfugio. Jan, por lo menos, sería feliz.

—Gracias —dijo, y sonrió. Él la acercó hacia sí mientras salían por la puerta.

—Sólo espero que sean tan felices como nosotros.

Iba a recordar esas palabras más tarde, cuando aterrizaron en Panama City. Iba a recordarlas vivamente. Siguió a Cannon al interior de la terminal con la chaqueta al brazo, tratando de no quedarse rezagada, y el destino salió a su encuentro.

—¡Dios mío, es ella! —exclamó una voz estridente y una mujer de pelo blanco se interpuso en su camino. La anciana tenía en la mano un ejemplar de *Ardiente pasión* y sus ojos iban, alternativamente, de la foto de la solapa a la cara de Margie. Ésta sintió la tentación de echar a correr, pero eso sólo empeoraría las cosas.

—Es igual que en la foto ¿verdad? —la mujer le tendió el libro a Cannon. Éste se quedó contemplando fascinado la foto de Margie en la solapa de la cubierta del best seller—. La habría reconocido en cualquier parte. ¿Cuándo va a publicar la próxima novela? —continuó la mujer, totalmente ignorante del desastre que acababa de provocar—. ¡Leo todo lo que escribe! La admiro muchísimo, sus

libros tienen algo que no sé definir pero que me atrapa desde la primera página.

—Eh..., pronto. A principios del año que viene —acertó a responder Margie—. Perdona, tengo que irme.

Pasó corriendo por delante de su admiradora, a la que un Cannon de rostro rígido y mirada furiosa acababa de devolver precipitadamente el libro. Margie sintió que su mundo se derrumbaba y contuvo las lágrimas que arrasaban sus ojos mientras lo esperaba fuera de la terminal, donde el calor a esa hora de la mañana era considerable.

Él no tardó en aparecer. Margie notó su presencia junto a ella antes incluso de que sus ojos lo vieran, y levantó la mirada hacia él con reticencia.

—Bueno, bueno —dijo Cannon fríamente—. ¿Conque unos cuantos artículos para el periódico del condado, eh?

Ella entornó los párpados y respiró hondo.

—Pensaba que eras una persona muy convencional —respondió—. Temía arruinar las posibilidades de Jan con Andy si te contaba la verdad. Soy... soy bastante famosa.

—Efectivamente —reconoció él—. He visto ese dichoso libro encima de las mesas de todas las secretarías de la empresa y esa portada está en los escaparates de todas las librerías. Una lástima que no me haya tomado la molestia de abrirlo, ¿verdad?

Ella retrocedió con ojos llenos de pesar.

—¿Tanto importa, Cal?

La expresión de él era fría. Ni siquiera le sonrió.

—Me has mentado.

—No —protestó ella—. Sólo he omitido contarte a qué me dedico.

—Al final, el resultado es el mismo —concluyó él—. Y lo peor de todo es que lo has hecho por tu hermana. ¿Y lo de anoche también? —preguntó fríamente.

Sin ser consciente de lo que hacía, ella alzó un brazo y le acarició la mejilla. Él le agarró la muñeca con rudeza pero no le

retiró la mano.

—Tendrás que decirme cuánto te debo —su voz sonaba rara, como la de un desconocido, y en sus labios, los labios que ella había besado ardientemente la noche anterior, apareció una sonrisa despectiva—. Quiero pagar por mis placeres.

Con ese comentario la hirió más que si la hubiera abofeteado. Los ojos verdes de Margie se llenaron de lágrimas y se alejó.

—¿Adónde vas? —preguntó él con frialdad—. El coche está por ahí —la guió hasta su plaza en el aparcamiento, se montaron y volvieron a casa sin intercambiar ni una sola palabra en todo el trayecto.

Margie entró en la casa como un zombi. Dio gracias por que no hubiera nadie en el vestíbulo y se dirigió directamente a su dormitorio. No había hecho más que entrar y dejar el bolso encima de una silla cuando Jan apareció corriendo con cara esperanzada y ojos llenos de inquietud.

—¿Has hablado con él? —se apresuró a preguntar, sin reparar en que la puerta del dormitorio estaba abierta—. ¿Has conseguido engatusarlo? —añadió en tono frívolo, refiriéndose al comentario que le había hecho un par de días atrás, que era tan sólo una broma entre ellas.

Sin embargo, para el hombre furioso que estaba en el umbral con la maleta de Margie en la mano, aquel comentario confirmaba sus peores sospechas.

—Venid las dos al salón —dijo Cannon con voz grave. Se dio la vuelta y desapareció. Margie notó que las lágrimas arrasaban sus ojos y se deslizaban por sus mejillas mientras Jan la miraba sin comprender nada.

—Ya sabe quién soy —tragó saliva y la cara de Jan se volvió borrosa—. Y lo que es peor, cree que he estado fingiendo que me gustaba para conseguir que te diera su aprobación.

La cara de Jan se contrajo.

—Estás enamorada de él —murmuró. Margie asintió y luego se derrumbó.

—Va a decirnos que nos vayamos a casa, Jan —lloró en el hombro de su hermana—. ¡Lo siento, lo siento mucho!

De repente, Jan era la fuerte de las dos y se apresuró a consolarla a pesar de sus propios miedos y aprensiones.

—No te preocupes —dijo, repitiendo las palabras que Margie solía decirle en los momentos de angustia—, todo se va a arreglar.

—Te he fallado.

Jan la abrazó con más fuerza.

—Andy y yo encontraremos la manera. La que me preocupa eres tú. Ay, Margie, perdóname por haberte metido en todo esto... Tendría que haberme enfrentado a él desde el principio.

Pero Margie no la oía. Su corazón estaba destrozado y temblaba.

Andy lanzó una mirada furiosa a Cannon cuando Margie y Jan entraron en el salón. Cannon apenas las miró. Estaba fumando y Margie nunca lo había visto tan intratable.

—Me marcho a Chicago mañana por la mañana —anunció sin preámbulos—. En semejantes circunstancias, lo mejor sería que tus... invitadas se marcharan a Atlanta también mañana —aconsejó a Andy.

—Mi prometida y su hermana —lo corrigió Andy. Sus ojos brillaban por el enfado.

—Por encima de mi cadáver —respondió Cannon con frialdad—. Olvídate de casarte con Jan. Te lo digo en serio.

—Si no hay más remedio, nos casaremos sin tu aprobación —contestó Andy.

—Andy, no... —dijo Jan.

—Te quiero —Andy le tomó la mano sin mostrarse avergonzado por reconocerlo públicamente—. No me interesa vivir si no es contigo. Si eso significa pelearme con mi hermano, de acuerdo. Prefiero perder su respeto antes que tu amor.

Cannon se movió y miró con furia a Andy pero había también un brillo de admiración en sus ojos.

—Volveré a Atlanta con vosotras —anunció Andy sin inmutarse—, y Jan se vendrá a vivir conmigo. Además, todavía le quedan unos días de vacaciones, así que los disfrutaremos allí.

Cannon se llevó el cigarrillo a los labios y dio una calada.

—¿Os estáis confabulando contra mí? —murmuró.

—Y si hace falta, llamaré a los vecinos para que nos apoyen —bromeó Andy con una sonrisa débil—. Tengo tanto derecho a vivir con alguien, como tú a vivir solo. Yo no pienso quedarme soltero sólo porque tú estés desilusionado de las mujeres.

—Las mujeres traicionan —replicó Cannon y miró directamente a Margie.

—¿Por qué dices eso?

—¿A que no sabes quién es nuestra invitada? —preguntó Cannon en un tono sarcástico a su madre, que acababa de entrar en la habitación.

—Pues claro que lo sé —respondió Victorine con expresión arrogante mirando a su hijo mayor, y rodeó con el brazo los hombros de Margie—. Es una de mis novelistas preferidas.

Margie se puso rígida y Victorine le dio unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes, cariño —la consoló—. Yo lo sabía desde el principio. Tengo todos tus libros —miró a Cannon y se dirigió a él—. Y si te hubieras molestado en abrirlos, la habrías reconocido a primera vista como me pasó a mí.

Cannon no sonrió.

—Qué pena que nadie me dijera nada.

—¿Y darte más armas para que te opusieras a la boda de Andy y Jan? —preguntó Margie en tono abatido. Sonrió con amargura—. Ahora te vas a enterar de todo, no te preocupes, es el momento de las confesiones. No, Jan —dijo al ver que su hermana menor iba a interrumpirla—. Andy también tiene derecho a saberlo.

—Eso no lo discuto —protestó Jan. Fue hasta donde estaba Cannon y le habló—. Es culpa mía. Yo rogué a Margie que no te contara a qué se dedicaba. Tenía la esperanza de hacerte creer que éramos de buena familia y que... —enderezó la espalda, su mirada era de disculpa—. Mamá murió al nacer yo y nuestra abuela McPherson nos llevó a vivir con ella. No tuvo más remedio. Nuestro padre... —hizo una pausa y luego fue muy clara—. Nuestro padre era alcohólico. Se bebió todo lo que teníamos, nos dejó sin nada. Cuando estaba borracho, iba a casa de la abuela y le exigía que nos devolviera. Un par de veces —rememoró con desasosiego—, intentó llevarnos por la fuerza. Ashton es una ciudad pequeña y todo el mundo lo conocía. Era... famoso. En la escuela, lo pasábamos mal por su culpa.

Se echó hacia atrás la corta melena y continuó. Margie nunca se había sentido tan orgullosa de su hermana menor.

—Cuando murió, y nuestra abuela lo siguió al poco tiempo, no nos dejó prácticamente nada. Apenas lo bastante para que Margie pudiera ir dos años a la universidad. Cuando se casó con Larry Silver, yo me fui a vivir con ellos y gran parte de los problemas en su matrimonio fueron por mi causa.

—Eso no fue así —protestó Margie. Jan se rió amargamente.

—Sabes bien que sí. Mi presencia sólo servía para empeorar las cosas para ti —miró de nuevo a Cannon—. Luego, Larry murió. No tenía seguro de vida y sus padres no querían saber nada de nosotras: tenían dinero de sobra pero nuestra familia no les parecía aceptable así que nos dieron la espalda. Bueno, nos mandaron a su abogado para exigir su parte del pequeño patrimonio de Larry, que murió sin haber hecho testamento —añadió—. Así que Margie se quedó sin nada, aparte de mí y un puñado de deudas y recuerdos espantosos.

Jan tomó aire y respiró hondo.

—Total que aceptó un trabajo en el periódico para que no nos muriéramos de hambre hasta que yo terminara la escuela. No voy a contaros cuántas noches pasó en la calle, cubriendo asesinatos,

tráfico de drogas e incendios. Aceptó el primer puesto vacante y era en la sección de sucesos, así que eso era lo que hacía, correr tras la cámara en busca de la noticia.

Los ojos oscuros de Cannon buscaron a Margie pero había algo en ellos que ésta no podía soportar, así que entornó los párpados.

—Trabajaba y escribía en sus ratos libres —continuó contando Jan—, y un día mandó el manuscrito a una editorial y les gustó. Lo compraron, el editor la ayudó a pulirlo y, al cabo de unos meses, estaba en la lista de los libros más vendidos. Yo estaba tan orgullosa de ella que creía que iba a explotar —miró a su hermana con el amor y el orgullo reflejados en su expresión—. Y lo sigo estando. Y desearía no haberle pedido nunca que ocultara la verdad. No somos ricos. Yo gano un buen salario en el bufete donde trabajo y Margie está en camino de poder comprarse un Rolls-Royce, pero todo lo que tenemos nos lo hemos ganado a pulso. No somos de buena familia —levantó la barbilla con orgullo—, pero somos honradas, señor Van Dyne. He cometido una gran injusticia con Andy no contándole esto desde el principio —concluyó—, y he empeorado las cosas al pedirle a Margie que fingiera que era otra persona. Lo siento mucho. Ahora Margie y yo nos marcharemos a casa. Espero que no hayamos causado demasiadas molestias —miró a Andy con sus emociones a flor de piel—. Una cosa es verdad, sin embargo —susurró—, que te amo con todo mi corazón.

La cara de Andy se contrajo. Fue hacia ella, la abrazó y enterró el rostro en su pelo.

—Dios, ¿y a mí qué puede importarme lo que haya hecho tu padre? —dijo con voz ronca—. Te quiero a ti, tonta.

Los ojos de Margie estaban llenos de lágrimas. Al menos el amor de Andy era sincero.

—Voy a buscar mis cosas —dijo con calma y se alejó—. Estaría muy agradecida si alguien pudiera llevarme al aeropuerto.

—Vendrás con nosotros, Margie —se apresuró a decir Andy. Ella negó con la cabeza.

—Tengo una fecha de entrega dentro de dos semanas —dijo con orgullo—, y la razón por la que he ido a Nueva York es que van a rodar una película basada en Ardiente pasión y tenía que firmar el contrato.

—¡Qué maravilla, Margie! —saltó Jan.

—Sí —Margie se rió. Fue una risa triste, sin alegría—, qué maravilla —repitió, y fue hacia las escaleras—. Una mancha más en el blasón de la familia.

Cannon no dijo ni una palabra pero sus ojos la siguieron y hacía mucho tiempo que Victorine no lo veía tan afectado por algo. La preocupación asomaba en los ojos de la anciana mientras trataba de encontrar la manera de resolver la situación. Y de repente, sonrió. En realidad, era muy sencillo.

—¡Ay! —gritó. Dejó que su cuerpo se escurriera y se cayó al suelo.

Capítulo 16

Cannon llevó a su madre al dormitorio y agarró el teléfono que había encima de la mesilla mientras Margie se sentaba en el borde de la cama y le tomaba la mano.

—¿Qué haces? —preguntó Victorine a su hijo en un susurro.

—Voy a llamar a una ambulancia —informó lacónicamente.

—¡No! —se negó su madre y trató de sentarse en la cama—. ¡No... ni se te ocurra! —jadeó intentando respirar—. Estás empeorando las cosas.

El murmuró algo entre dientes y apretó con fuerza el auricular antes de volver a dejarlo en su sitio con más ímpetu del necesario.

—Dame... mis pastillas —ordenó Victorine con firmeza—. En el cajón, aquí... y ponme una debajo de la lengua.

Cannon sacó una de las pastillitas blancas y la depositó obedientemente en la boca de su madre. Luego se quedó de pie junto a Margie. Jan y Andy estaban a los pies de la cama y miraban nerviosos la escena. Todos esperaban, impacientes, para ver si la pastilla hacía efecto.

—Preferiría llevarte a un hospital —dijo Cannon.

—Y yo preferiría... quedarme aquí —replicó Victorine sin aliento. Apretó los dedos de Margie, que sostenían cariñosamente su mano—. Ya estoy... mejor.

—Gracias a Dios —suspiró Cannon con alivio—. Te vas a marchar a casa —añadió severamente—. Quiero que estés cerca de

Howard por si vuelve a pasar.

—Howard... es el médico de la familia —dijo Victorine a Margie —, y un buen amigo —suspiró y sonrió, aliviada—. Así, ya va mejor.

—¿Quiere que le traiga algo? —se ofreció Margie.

—Nada, cariño. Pero ven a quedarte unos días conmigo en casa. Necesito compañía y Andy y Jan van a estar muy ocupados para dar vueltas conmigo por la casa.

La expresión de Cannon se nubló, se hizo más oscura, pero en sus ojos surgió un destello que sólo su madre percibió.

—Lo siento, no puedo —respondió Margie educadamente, sabiendo que la destrozaría tener que ver a Cannon y no poder tocarlo, acariciarlo, amarlo...

—Puedes traerte el ordenador —dijo la anciana con obstinación —, y el personal de la casa cuidará de que no te falte de nada para que puedas escribir tranquila. Y en tu tiempo libre, podríamos hacer cosas juntas. ¿A que sí, Cannon? —añadió con una mirada severa. Él respiró hondo.

—Si eso va a hacer que te quedes en casa, Margie es más que bienvenida.

—¡No puedo...! —insistió ella. Sus ojos se llenaron de pánico cuando, brevemente, su mirada se cruzó con la de Cannon. El se metió las manos en los bolsillos.

—No estaré mucho en casa, si eso es lo que te preocupa —dijo fríamente.

—En ese caso, iré —contestó Margie. Tomó la decisión en un instante. En un espacio de tiempo muy corto, Victorine había llegado a significar mucho para ella. Si podía hacer algo por la madre de Cannon, no lo dudaría.

—Me alegro de que todo esté arreglado —suspiró Victorine y se recostó en las almohadas—. Ahora es mejor que os marchéis y me dejéis descansar. Tú quédate, Margie —añadió sin soltar la mano delgada de ésta—. Estoy bien, no os preocupéis.

Jan y Andy abandonaron la habitación con renuencia; Cannon, en cambio, se marchó inmediatamente. Margie oyó después cómo

salía en su coche y no regresó en todo el día.

Tampoco volvió a la hora de cenar. Margie y Victorine pidieron a Nina que les preparara unas bandejas y Andy y Jan cenaron en la cocina. Éstos fueron después a ver a Victorine y Margie aprovechó para preparar sus cosas y darse una ducha. Se puso su bata verde y, al salir al pasillo para regresar al dormitorio, se quedó helada.

Cannon avanzaba hacia donde ella estaba. La miraba con ojos acusadores y su cara parecía más enfadada que nunca. Ella bajó la vista al suelo e intentó seguir su camino pero él le bloqueó el paso. Margie levantó la vista, asustada, y cuando él alargó un brazo hacia ella, se apartó.

Cannon dejó caer el brazo de nuevo junto al costado y en su mirada surgió algo oscuro e innombrable mientras la miraba y veía de nuevo en los ojos de Margie todos los miedos y la incertidumbre que los días anteriores habían logrado alejar.

—Lo siento, encanto —dijo ella de nuevo en su antiguo papel—, ya no estoy a tu alcance. He aprendido la lección.

—Margie... —empezó a decir él, muy rígido.

—No vamos a hurgar en la herida, ¿de acuerdo? —hablaba con fatiga—. Vuelve a tus negocios y a ganar dinero, don Ricachón, y déjame tranquila con mi escandalosa carrera. No tienes que preocuparte, me marcharé de tu casa en cuanto tu madre ya no me necesite.

—Por amor de Dios, ¿quieres escucharme? —pidió bruscamente. Ella negó moviendo la cabeza a derecha e izquierda.

—No me interesa oír nada. Lo has dicho todo esta mañana.

—Maldita sea, ¿por qué no me lo contaste?

Margie entrecerró los ojos. Aquello le dolía.

—Porque sabía lo que iba a pasar —miró el rostro de Cannon con ojos tristes, dolientes—. Y pasó.

Las palabras quedaron allí, resonando entre ellos, mientras él la miraba.

—Podrías haber confiado en mí.

—Una vez confié en un hombre —recordó Margie con voz pausada—. Últimamente se me había olvidado pero no volverá a suceder. No dejaré que vuelva a acercarse lo suficiente como para hacerme daño, señor Van Dyne. Ni usted ni ningún hombre.

Lo dejó allí plantado y se fue corriendo a su habitación.

La casa de los Van Dyne en Chicago era de infarto. Margie se quedó mirándola como si nunca hubiera visto un edificio de estilo victoriano. Era de piedra, no como la de su abuela que era de madera, y tenía las típicas ventanas saledizas, las características torretas y los muros cubiertos de hiedra. Estaba situada lejos de la carretera y tenía vista al lago Michigan. Se hallaba rodeada por una arboleda en uno de sus lados, una rosalda preciosa en el otro y un seto perfectamente podado en el tercero.

Jan sonreía mientras Andy explicaba a Victorine que las hermanas también vivían en una casa de estilo victoriano.

—Eso sí que es una coincidencia —dijo la anciana dirigiéndose a Margie con una sonrisa—. Personalmente, me encanta la arquitectura. Quizá sea un poco pretencioso pero me parece que ya no se construyen casas como ésta. Ya no se presta tanta atención a los detalles y al estilo... —añadió con un suspiro—. Es algo que se ha perdido.

Margie mostró su conformidad con una sonrisa pero su mente estaba en otros asuntos, sobre todo, en el hombre taciturno que iba a volante. No se había fijado en el perfil de los rascacielos de Chicago, ni en la torre Sears... Ni siquiera en la playa de arena blanca que discurría en paralelo a la autopista. Sus ojos estaban fijos en la nuca de Cannon.

A Margie y a Jan les llevó varios días habituarse a la casa y sus horarios. Había una empleada, Anna, que se encargaba del funcionamiento diario de la casa y Jack, su marido, hacía de chofer y jardinero. Además estaba la cocinera, la señora Summers, una mujer regordeta y muy alegre que preparaba los mejores bizcochos que Margie había comido en su vida. Detrás de la rosalda había

una piscina y una pista de tenis, y más allá se extendía una zona arbolada que habría despertado el entusiasmo de un naturalista.

No lejos de la casa había un lago que parecía sacado de un cuento de hadas, con sus cisnes y sus sauces. Alrededor de la orilla el terreno era llano y estaba cubierto de hierba. Cuando Margie no estaba trabajando en el libro, lo cual le llevaba la mayor parte de su tiempo, y cada vez más a medida que se acercaba la fecha de entrega, o haciendo compañía a Victorine, allí era a donde se dirigía, con los aparejos de pesca y un cubo con cebos.

Jan y Andy seguían haciendo todo lo que podían para convencer a Cannon de que su matrimonio no sería el fin del mundo, pero él no daba señales de querer modificar su inflexible postura. Sin embargo, todo cambió a partir del día que Jan y Margie entraron en el salón y encontraron a Cannon hablando con su madre.

Él estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a la puerta. Su aspecto era como siempre imponente aunque un poco solitario. Llevaba un traje azul oscuro muy acorde con su cargo de director general de una gran empresa.

Margie y Jan se detuvieron en el umbral y, sin querer, oyeron parte de la conversación.

—Si te parece que yo estoy demasiado débil, puedo encargarme de buscar a alguien que lo organice —estaba diciendo Victorine. Sus ojos repararon en las dos hermanas y, de repente, brillaron—. Recuerdo haber oído que Jan organiza muchas fiestas y reuniones para su jefe, ¿no es así, cariño? —preguntó a la interesada, y Cannon se dio cuenta entonces de que había alguien más en la habitación.

—¿Organizar? —empezó a decir Jan—. Eh, bueno, he organizado varias cenas. Suele invitar mucho a...

—¿Ves? —dijo Victorine con aire triunfante. Jan y Margie se quedaron mirándola.

Cannon se alejó de la ventana con las manos dentro de los bolsillos del pantalón y se detuvo delante de Jan.

—¿Puedes organizar una cena para veinte personas en una semana? —preguntó de sopetón. Su voz reflejaba claramente sus dudas.

—Por supuesto —respondió Jan con una confianza arrolladora—. Si me das la lista con los nombres de los invitados, claro —sonrió con picardía—. Incluso puedo sentarlos de tal manera que no se peleen por el postre.

A Cannon se le escapó una sonrisa y su aspecto cambió por completo.

—De acuerdo.

Jan se sonrojó pero no bajó la vista.

—No te fallaré, Cannon —prometió.

Capítulo 17

—¡Va a dejar que me ocupe de la fiesta! —exclamó Jan una vez que Margie y ella llegaron a la cocina donde nadie podía oírlas, y abrazó a su hermana con entusiasmo—. ¡Por fin va a darme la oportunidad de demostrar lo que soy capaz de hacer! ¿A que es genial?

—Genial —repitió Margie con una sonrisa—. Cannon no sabe lo que acaba de hacer —añadió con picardía—. Con todas las fiestas que has organizado...

Jan soltó una risita.

—Si así no logro convencerlo de mis habilidades sociales, lo daré por perdido —su sonrisa se desvaneció—. Aunque Andy y yo no vamos a cambiar de plan sólo porque Cannon no apruebe la boda. Ay, Margie, no sabes lo que sentí el otro día cuando Andy dijo que prefería perder la consideración de Cannon antes que perderme a mí.

—Tienes suerte de que te quieran tanto.

Su tono era triste, melancólico, y a Jan no se le escapó aquello. Se acercó y pasó un brazo por encima del hombro de su hermana mayor, que era más alta que ella.

—Las cosas se van a arreglar entre vosotros. ¿No te has dado cuenta del aspecto que tenía Cannon hace un momento?

Margie se encogió de hombros.

—Su aspecto y lo que siente son dos cosas distintas. No confié en mí; ni siquiera me otorgó el beneficio de la duda ni trató de

entender mi punto de vista.

—¿Y tú has intentado entender el suyo? —fue la respuesta sosegada de Jan—. No tiene muchas razones para confiar en las mujeres, ya lo sabes. Igual que tú tampoco las tienes para confiar en los hombres. Lleva tiempo.

Margie fue a servirse una taza de café con aire pensativo.

—En cualquier caso, ¿qué puedo ofrecerle yo? Notoriedad, especialmente cuando se rueda la película, una imagen llamativa y una fama de libertina que ni siquiera mis amigos ponen en duda... Eso no encaja con la imagen conservadora de su empresa. ¿Te imaginas a los de la junta directiva en una fiesta al aire libre conmigo como anfitriona?

Jan miró a su hermana y se fijó en sus ojeras, dos sombras oscuras debajo de los ojos. Hacía años que veía así a Margie y la inquietaba.

—No creo que a un hombre como Cannon Van Dyne le importe mucho lo que diga la junta directiva. No si está enamorado.

Sólo con pensarlo Margie se estremeció pero sabía muy bien lo que a Cannon le interesaba de ella y no se trataba de amor. Se rió y sus ojos verdes brillaron.

—No puedo imaginármelo enamorado —murmuró después de dar un sorbo a su café—. Me resulta muy raro, ¿no?

—A mí no —murmuró Jan—. Pero claro, yo no soy una vieja reportera como tú, no soy observadora y no soy capaz de notar si un hombre está loco por una mujer. Por el amor de Dios, Margie, todos se dan cuenta, ¿por qué tú no eres capaz de verlo?

—Ver ¿qué? —preguntó Margie con afabilidad. Jan alzó las manos en el aire.

—No importa, no importa. Me voy arriba a planear una estrategia. Veamos, me harán falta un par de pistolas, unos cuantos cañones...

Margie se rió para sus adentros mientras veía cómo Jan salía de la cocina. Sería estupendo que Cannon cambiara de opinión sobre las capacidades de su hermana.

Se terminó el café y estaba depositando la taza en el fregadero cuando la puerta se abrió y entró Cannon con un cigarrillo en la mano. Se detuvo en el umbral y se recostó en el marco de la puerta.

—¿Quieres un café? —preguntó ella. Su expresión no dejaba traslucir el tormento que sentía.

Él no respondió inmediatamente. Sus ojos oscuros la estaban examinando y encontraron señales de falta de sueño y exceso de trabajo. Los ojos de Margie descubrieron indicios de lo mismo en el rostro de Cannon.

—¿De verdad es capaz Jan de organizar cenas? —preguntó sin preámbulos.

—Sí —respondió, y se enfrascó en la tarea de aclarar su taza y dejarla en el escurrerplatos—. Ha organizado muchas últimamente.

—Margie...

Se acercó hasta que ella notó su calor en la espalda casi como si la estuviera tocando. Luego le puso las manos encima de los hombros con mucha delicadeza. Margie se encogió como si le quemaran.

—No —gimió él, y sus manos se contrajeron—, no saltes así cuando te toco. No puedo soportarlo.

Ella cerró los ojos, rindiéndose contra su voluntad, debilitada por el contacto delicioso de las manos de Cannon y el aroma a colonia y tabaco.

—No he saltado —susurró—. Me... has asustado.

La respiración pesada de Cannon resonaba en la cocina vacía.

—Tienes que entender lo que me pasó. Para mi mujer, mentirme se convirtió en una costumbre, hasta la noche que la encontré con su amante en nuestro dormitorio... No es una disculpa pero, maldita sea, las mujeres nunca me dicen la verdad. Yo pensaba que tú eras una santa —concluyó accidentalmente—, y te caíste del pedestal, eso es todo. De santa a ninfa, cuesta un poco acostumbrarse especialmente a un cínico como yo. Me sentí como un idiota.

—No cometas el error de creer lo que se dice de mí —dijo con voz indiferente y fría—. Yo soy tan libertina como tú victoriano. Pero

ésa es mi imagen pública y no puedo desmentirla ahora, igual que tú no puedes salirte de tu esquema conservador. Además —añadió con una carcajada alejándose de él—, hemos triunfado con esa imagen, cada cual con la suya. Y no son compatibles, Cannon, ni nunca lo serán. Así funcionan las cosas.

—No me gusta cómo suena lo que dices —observó él mirándola—. Eres demasiado joven para ser tan cínica.

—Hice un curso intensivo —replicó y cruzó los brazos delante del pecho—. Mi vida no ha sido un lecho de rosas pero me ha hecho fuerte. Y lo primero que aprendí fue que si dejas que la gente se te acerque demasiado, puede hacerte daño. Se me había olvidado últimamente pero no volverá a pasar —añadió con una mirada elocuente y una sonrisa que no incluía sus ojos verdes que brillaban con frialdad.

—Lo nuestro ha sido muy especial —la voz de Cannon sonaba tranquila; su mirada era penetrante, intensa.

—El sexo parece especial hasta que el encaprichamiento se pasa —replicó ella.

—No era sexo —la corrigió—. Tal vez tú no conozcas la diferencia pero yo sí. Te deseaba de un modo que no tenía nada que ver con tu precioso cuerpo.

Ella se quedó mirándolo. Su mente trataba de encontrar sentido a esas palabras pero no lo lograba.

—No es sensato confiar en los impulsos.

—Esa noche, en Nueva York, estuviste bastante rato conmigo en la cama antes de que nos interrumpieran —replicó él—. ¿Te parece que fue sólo un impulso?

Ella notó que sus mejillas se sonrojaban, pero no apartó la mirada.

—Había bebido mucho —protestó.

—¿Ésa es la explicación que te has dado a ti misma? —dijo pensativamente—. ¿Que te emborraché y te llevé por el mal camino? —hizo una pausa y fue a apagar el cigarrillo en el cenicero que había en la mesa—. Voy a estar unos días fuera de Chicago, es

un viaje de trabajo del que no puedo librarme. Tal vez sea lo mejor. Quizá incluso me echés de menos.

Ella lo miró fijamente mientras él se inclinaba a apagar el cigarrillo. Amaba todos y cada uno de los rasgos fuertes de su cara, el modo en que el pelo se le rizaba un poco en la nuca, sus hombros tan anchos... Era tan masculino y ocupaba tanto espacio en su vida que no quería ni pensar en que habría días en que ni siquiera lo vería en la mesa a la hora de cenar o en el pasillo. Desde que habían ido a Chicago, Cannon había cenado en casa todas las noches. Ella se había acostumbrado a tenerlo cerca. Se le nubló la visión.

Él se dio la vuelta y, por un instante, le pareció entrever un brillo de tristeza en los ojos de Margie.

—¿Sí? —preguntó y fue de nuevo hasta ella, la agarró por los brazos y la atrajo hacia sí.

—«Sí» ¿qué? —murmuró. Sus ojos sólo veían la boca grande y sensual de Cannon. Apenas oía lo que decía.

—Que si me echarás de menos...

Sin que ella se diera cuenta, sus labios se separaron. Tenía las manos en el pecho de Cannon pero no intentaba empujarlo.

—Me imagino que me darás un beso de despedida —murmuró él—. Por los viejos tiempos.

—No nos conocemos desde hace tanto —le recordó ella sin aliento.

—Yo te conozco desde siempre, Margie —dijo mientras sus labios rozaban los de ella con suavidad—. Te conozco desde hace centenares de años y te deseo desde el primer día... ¡Bésame, por Dios!

La besó y pegó su cuerpo al de él y ella gimió mientras se dejaba llevar por la magia del momento.

Las manos de Margie se enredaron en el pelo de Cannon y retuvo su boca sobre la de ella mientras el beso se hacía más íntimo, más exigente. Le temblaba todo el cuerpo y temía que las rodillas le fallaran. La lengua de Cannon penetraba en su boca con

un ritmo palpitante, sugestivo, mientras las manos de éste iban de sus senos a sus nalgas y dirigían el movimiento lento y sensual de sus caderas contra él.

Ella gimió de nuevo y se arqueó sinuosamente con el movimiento de sus caderas mientras le clavaba las uñas en los hombros. Lo deseaba, y olvidó todas las recriminaciones y reproches, arrastrada por la pasión que hacía arder su cuerpo.

—Estoy ardiendo por tu culpa —gimoteó sin darse cuenta bajo la boca exigente de Cannon.

—¿Y cómo diablos crees que me siento yo? —se quejó él.

—Sé que me deseas —dijo ella y le temblaba la voz. Lo miró con el deseo palpitando en su mirada.

—Desearte —murmuró él—. Qué palabra tan sosa para una escritora de novelas románticas. ¿Es lo mejor que se te ocurre?

Ella se sintió repentinamente cómoda, confiada, y sonrió de manera sensual.

—¿Vas a hablar o vas a besarme?

—Será mejor para ti que siga hablando —dijo él, e hizo un visible esfuerzo para controlarse—. La mesa de la cocina no es el mejor sitio para hacer el amor pero ahora mismo me está pareciendo bastante aceptable.

Ella se rió.

—Qué pícaro. Me pregunto si habrá alguna novela donde los protagonistas acaben en la mesa de la cocina.

—No sigas —y ella vio en sus ojos la antigua desconfianza—. Sé distinguir cuándo me están usando para un experimento.

—Yo haría que lo dieras por bien empleado —prometió con voz seductora y haciendo batir las pestañas. Él se rió con regocijo.

—¿En serio? Qué excitante. Qué tal si te tumbas encima de esa mesa y charlamos de ello...

—¡Cannon! —la voz de Andy en el pasillo rompió la frágil intimidad de la cocina.

—Maldita sea —murmuró Cannon—, me está esperando.

—Menos mal —señaló Margie—. Dios sabe cómo iba a poder trabajar con la espalda llena de astillas.

Él se echó a reír a carcajadas y el sonido de su risa le pareció a Margie delicioso después de tantos días de mal humor y caras largas. Se sentía de nuevo feliz como una niña, y la alegría que la dominaba hacía que su belleza resplandeciera. Cannon la miró y contuvo la respiración.

—¿Por qué has tenido que esperar tanto para sonreír —se quejó—, y ahora eliges justo el momento en que tengo que marcharme al aeropuerto?

—A ver si aprendemos a coordinarnos mejor cuando vuelvas —dijo Margie, y sonrió. Él le tocó la boca con un dedo.

—¿Me echarás de menos?

—Sí —admitió ella sin ocultar sus emociones.

—Yo también a ti —dijo él sin dejar de mirarla a los ojos—. Hablaremos cuando regrese.

Ella asintió.

—De acuerdo.

Cannon se marchó y fue como si lo que la rodeaba, la cocina, el mundo entero perdiera de pronto todo su brillo.

Capítulo 18

—Se supone que Cannon vuelve a casa hoy —murmuró Victorine el viernes mientras levantaba la vista de las agujas de hacer punto. Margie intentó disimular su emoción.

—Estoy segura de que estará deseando que llegue la fiesta de esta noche —dijo con malicia—. Aunque sólo sea para satisfacer su curiosidad sobre la capacidad organizativa de Jan.

—Ha hecho un trabajo estupendo —confirmó Victorine. Margie miró a la anciana con atención.

—Lo de ese día en Panama City, ¿de verdad fue un amago de infarto? —hizo en voz alta la pregunta que llevaba repitiéndose a sí misma desde hacía una semana. Victorine levantó la mirada. Sus rasgos delicados mostraban un asombro de lo más inocente.

—¿Infarto dices?

Margie sonrió.

—¿No le da vergüenza?

—En absoluto, cariño —dijo la anciana riéndose—. Cannon estaba a punto de cometer uno de los mayores errores de su vida. Tenía que hacer algo y, en ese momento, fue lo único que se me ocurrió. Por cierto, ¿qué tal va el libro?

—Todavía llevo un capítulo de retraso —suspiró Margie—. No hago más que aporrear el teclado pero la fecha límite es dentro de una semana.

—Es culpa mía —se disculpó Victorine—. Estoy segura de que venir aquí te habrá retrasado considerablemente. Pero de una cosa estoy segura: la fiesta será un éxito y eso obligará a Cannon a dar su brazo a torcer. Aprobará la boda, ya lo verás.

—Me gustaría estar tan segura como usted —dijo Margie con una leve sonrisa—. Bueno, me voy. Espero que la paz y la tranquilidad del lago estimulen mi creatividad.

—No necesitarías estimulación suplementaria —murmuró Victorine—, si él no fuera tan cabezota, inflexible e incapaz de admitir que es humano y, como tal, susceptible de cometer errores.

Margie se rió. Se puso en pie, reunió los aparejos de pescar y se marchó a la orilla del lago.

Cannon volvió a casa apenas media hora antes de la hora prevista para que empezaran a llegar los invitados. Parecía fatigado, sin vitalidad.

En ese momento Margie estaba bajando la escalera. Llevaba el vestido plateado, el mismo de aquella noche mágica en Panama City. Él estaba subiendo y, cuando levantó la cabeza y la vio, se quedó rígido y sus ojos se volvieron aún más negros.

—Dios, estás guapísima —dijo con voz grave—. Elegante, equilibrada, radiante...

Ella se humedeció los labios que se le habían secado de repente.

—Gracias —consiguió decir.

Cannon continuó subiendo sin apartar la vista de ella y se detuvo un escalón por debajo. Olía a colonia y a tabaco, y Margie pensó que el traje gris marengo que llevaba era bonito; hacía resaltar su pelo negro y contrastaba con su cutis oliváceo.

—Casi... te pierdes la cena —tartamudeó. La ponía nerviosa estar tan cerca de él.

—He perdido el avión y he tenido que tomar el siguiente —respondió, pero miraba su cuerpo—. Es agradable estar en casa —murmuró en voz más baja. Le puso una mano en la nuca y la atrajo

hacia sí—. ¿El lápiz de labios es de los que se corre? —susurró mientras acercaba su boca a la de ella.

—No... no lo sé —respondió con otro susurro.

Él abrió la boca y la animó a hacer lo mismo para dejarlo entrar, lenta, delicadamente, para transmitirle su calor, para que aspirara su olor a colonia y tabaco. Su respiración era tan acelerada como la de Margie y el corazón le golpeaba con fuerza el pecho sobre el que ella había apoyado las manos en busca de equilibrio.

—Te he echado de menos —consiguió susurrar Cannon sin retirar la mano de la nuca de Margie—. Te he echado mucho de menos...

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Margie alzó los brazos alrededor de su cuello y oyó el ruido sordo del maletín que llevaba en la otra mano cuando cayó sobre la madera del escalón. Notaba su cuerpo pegado al de ella, los latidos de su corazón. Cannon la besó una y otra vez y siguió besándola hasta que se convirtió en lo único que quedaba en pie de un mundo que se había esfumado bajo las rodillas temblorosas de Margie.

Pasó bastante rato hasta que él levantó su boca ardiente y ella pudo mirarlo con sus ojos verdes todavía entrecerrados. Lo veía todo borroso.

—¿Sabes hace cuánto tiempo no puedo dormir? ¿Sabes lo que es acostarse solo y desear a alguien tanto que acabas sintiendo como si te estuvieran cortando en dos con una sierra?

—No funcionará —susurró Margie casi temerosa de disfrutar de la felicidad que se abría ante ella.

—Yo me encargaré de que funcione —dijo él con un susurro estrangulado y volvió a bajar su boca hacia la de ella—. Cariño...

Margie echó la cabeza hacia atrás y entreabrió los labios para recibirlo. Él se incorporó bruscamente; en sus ojos ardían el deseo y la frustración.

—¿Estáis listos? —preguntó Jan que surgió de pronto en el piso de arriba. Llevaba un vestido de chiffon rosa que favorecía su cutis y resaltaba su figura delgada—. ¡Hola, Cannon! ¡Bienvenido! —

añadió, y vio cómo éste se apartaba de Margie con renuencia y recogía del suelo el maletín—. Los invitados empezarán a llegar en seguida.

Él dejó escapar un suspiro ronco y consiguió dirigir a Jan una sonrisa cansada.

—Si te parece que así voy bien vestido, iré a dejar el maletín y en seguida bajo.

—Estás estupendo así, ¿verdad, Margie? —murmuró Jan, y miró la cara ruborizada de su hermana que había girado la cabeza y miraba hacia lo alto de la escalera.

—Estupendo —reconoció ésta.

—Tan sólo deja que vaya a deshacerme de este maletín —murmuró Cannon sin molestarse en disimular el deseo que cubría su rostro.

—Adelante —respondió Jan y guiñó un ojo a Margie—. Yo me ocuparé de todo —añadió cuando sonó el timbre de la puerta y se apresuró a bajar.

Se abrió otra puerta del piso superior y Andy apareció en el pasillo enderezándose la corbata con una mano. Sonrió al cuadro que formaban Cannon y Margie que seguían sin moverse en medio de la escalera.

—Hola —saludó—. Estáis los dos estupendos. ¿Jan ha bajado ya? Voy a buscarla, ¿venís? —dijo por encima del hombro cuando ya estaba más abajo que ellos. Cannon seguía mirando a Margie, la cual no se había movido ni un milímetro.

—Dentro de un momento. Primero tenemos que dejar el maletín —respondió a su hermano.

—¿Que tenéis que qué? —preguntó Andy boquiabierto.

—Cariño, han llegado los invitados —dijo Jan alegremente indicándole con la mano que se reuniera con ella.

—¿Eh? ¡Ah, sí, claro! —se apresuró a llegar abajo.

—De... deberíamos bajar —susurró Margie. Cannon negó con la cabeza.

—Todavía no. Ahora no. Te necesito.

Ella intentó encontrar una respuesta pero no sabía qué responder.

Otra puerta se abrió y apareció Victorine con un vestido de color melocotón y escote victoriano. Fue hasta ellos y levantó una ceja mientras esbozaba una sonrisa maliciosa.

—¡Estáis bloqueando el paso! ¿Por qué no vais a peinaros un poco antes de bajar?

—¿Es una disculpa más convincente que dejar el maletín? —preguntó Cannon cuando pasó a su lado.

—Tu padre y yo siempre la usábamos —aseguró—. ¿Te importa que vaya dando la enhorabuena a Jan por su próxima boda?

Él suspiró al tiempo que veía cómo los invitados iban pasando por el vestíbulo camino del salón.

—Como tú quieras —dijo y tomó a Margie de la mano—. Parece que lo ha organizado todo muy bien.

—Y que lo digas —fue la respuesta satisfecha. Cannon apretó la mano de Margie mientras la arrastraba escaleras arriba y hacia la puerta de su dormitorio. Ella era consciente de cómo el deseo la devoraba y corría para poder mantenerse al paso de Cannon.

Éste abrió la puerta y la cerró tras ellos. Tiró el maletín al suelo y la alzó en brazos. Ella no se resistió, dejó que él la pusiera encima de una mullida colcha de color crema. Al cabo de un instante, Cannon se tumbó a su lado al tiempo que se quitaba la corbata y se desabrochaba la camisa.

—Se te va a arrugar —murmuró mientras lo ayudaba a despojarse de chaqueta y camisa.

—Al cuerno las arrugas —dijo, y sus manos impacientes le bajaron el vestido hasta la cintura. A continuación fundió su boca con la de ella.

Margie apenas podía pensar cuando por fin él levantó la cabeza. Tenía la boca un poco hinchada por el feroz ardor de la de Cannon; el cuerpo, lánguido; las piernas, temblorosas.

—¿Tan pronto paramos? —susurró.

Los ojos de Cannon la devoraban, absorbían todos los detalles, desde su preciosa melena negra despeinada hasta la maravillosa desnudez de su cuerpo de cintura para arriba.

—Bueno —murmuró con una ligera sonrisa—, tenemos que aparecer en algún momento.

Ella se arqueó sinuosamente y sonrió al ver el modo en que los ojos de Cannon se oscurecían mientras seguían ese movimiento.

—Eres una bruja —gruñó y llevó la boca junto a la de ella hasta sentir que los labios de Margie temblaban y se separaban.

Cuando el beso terminó, ella le agarró la cabeza, la llevó contra sus senos y lo besó en el pelo.

—Te quiero —susurró. Él levantó la cabeza y la miró con cara angustiada.

—Creía que había matado tus sentimientos hacia mí —admitió—. Te juro que no quería reaccionar así. Es que me obcequé y me dejé llevar, y después no hacía más que lamentarme. Quería pedirte disculpas y lo intenté antes de que nos marcháramos de Florida pero no me dejabas acercarme a ti —cerró los ojos—. ¡Dios, pensé que nunca me dejarías volver a acercarme a ti!

Ella le acarició la boca con sus dedos suaves y lo miró con ojos llenos de adoración.

—Estaba asustada —admitió—. Temía que tu mundo y el mío fueran incompatibles.

—Nosotros los haremos compatibles —prometió él, y rozó con los labios su desnudez. Ella tembló—. Vamos a casarnos, Margie. Espero que estés de acuerdo pero si no es así, te llevaré al altar aunque sea a rastras por mucho que grites y patalees. Saldríamos en todos los periódicos, sería una gran publicidad para tu película.

—Pero destrozaría tu imagen conservadora —le recordó ella—. Tu junta directiva...

Él tomó su cara entre las manos y la obligó a mirarlo.

—Te quiero —dijo en tono terminante y lleno de énfasis—. A usted, señora Silver, y a su famoso alter ego, y no hay nada más importante en mi vida. Ni la empresa, ni mi cuenta bancaria. Nada.

Ella notaba que las lágrimas rebasaban sus ojos.

—No llores —susurró secándole las lágrimas con sus labios, amorosos y cálidos—. Todo va a salir de maravilla.

—Pero casi se estropea —señaló ella.

—Sí —admitió—, pero afortunadamente tengo una madre con una mente retorcida y un gran corazón que me conoce mejor que yo mismo.

Ella lo miró con la boca abierta.

—¿Sabías que el ataque era fingido?

Él sonrió.

—Claro que sí. Pero notarás que le seguí la corriente sin vacilar. Estaba aún más interesado que ella en que vinieras a Chicago.

Margie hizo un puchero.

—No veo por qué. Los primeros días aquí, te pasabas la vida fuera de casa...

—Porque quería que me echaras de menos, al menos la mitad de lo que yo te echaba a ti —admitió con un susurro ronco—. Me conformaba con verte cuando volvía a casa o cuando iba a espiarte al lago.

—¿Me espiabas?

—No tenía más remedio —confesó pegándola a él y la razón se podía leer en su rostro—. A veces sentía una necesidad enorme de verte.

—Ya lo sé —susurró—. Cuando te enfadaste conmigo, la vida perdió de pronto todo su brillo...

Antes de que pudiera seguir hablando, la boca de Cannon descendió sobre la suya con una ternura dolorosa. La apoyó sobre las almohadas y su cuerpo cubrió el de ella con un deseo enfebrecido.

Margie le hundió los dedos en el pelo negro y le sujetaba la cabeza mientras el beso se prolongaba y se hacía cada vez más profundo. El cuerpo de Cannon la aplastaba contra el colchón.

—Te necesito —dijo él con suavidad. Su respiración estaba entremezclada con la de ella. Sus dedos le acariciaban los senos, la

cintura, las caderas, saboreando la suavidad de su piel y la firmeza de sus músculos.

—Nos van a echar en falta —consiguió decir Margie pero la fiebre la devoraba a ella también, y todo el deseo y el amor clamaba por expresarse y por alcanzar satisfacción. Las manos de Cannon le enmarcaron la cara; sus ojos buscaron los de ella y la miró con intensidad.

—Noto qué es lo que quieres —dijo con voz profunda, muy quieto—. Igual que tú sientes qué es lo que deseo yo. No puedo ocultarlo. Puedo dejar que te levantes pero me sentiré como si me cortaran un brazo, y eso tampoco puedo ocultártelo. Llevo mucho tiempo sin estar con una mujer y te deseo tanto que casi estoy temblando.

Ella ya se había dado cuenta. Y hacía que se sintiera extrañamente triunfante la conciencia de poder encender ese deseo que sólo ella podía satisfacer. Quería a Cannon de un modo casi insoportable y, a pesar del ligero nerviosismo que le producía entregarse a un hombre sexualmente, no quería negarse. Se obligó a relajarse. Sus manos comenzaron a acariciarlo y su respiración se hizo más lenta y más profunda.

—Por favor, no tengas muchas expectativas —susurró y una sonrisa tímida floreció en su boca—. Va a ser difícil, incluso siendo tú.

—Te quiero —dijo él con sencillez—. Concéntrate en eso y recuerda que es una forma de expresar amor.

Un calor dulce se fue apoderando lentamente del cuerpo de Margie según él la tocaba. Los ojos de Cannon expresaban adoración, su cara era pura ternura.

—Aquí —murmuró él, y rodó y se tumbó de espaldas en el colchón—. Tócame. De la manera que quieras, atrévete. Como si fueras una de tus heroínas —añadió con picardía. Ella esbozó una sonrisa mientras sus manos lo acariciaban.

—Mis heroínas están siempre muy enamoradas —le recordó—, y sólo hacen el amor con un hombre. No me gusta la promiscuidad.

—Ya me he dado cuenta —murmuró—. Al final, leí una de tus novelas, y me dio esperanzas. Pensé que si podías escribir escenas tan ardientes, serías capaz de vivir...

—Cállate —susurró. Se inclinó sobre él y lo besó. Posó su boca sobre la de él perezosamente y sonrió cuando notó que los labios de Cannon se movían, se abrían y respondían con un beso profundo y satisfactorio.

—Creía que ahora me tocaba a mí —murmuró. Las manos de Cannon fueron hasta su cintura. La levantó y la hizo tumbarse sobre él.

—Adelante —replicó—. Sólo estaba haciendo algunas... sugerencias —añadió con un brillo en la mirada mientras sus manos le agarraban las nalgas y las presionaban contra sus caderas.

Ella gimió intensamente y las pupilas se le dilataron ante la repentina intimidad. Las bromas desaparecieron bruscamente. Él le hundió los dedos en el pelo y atrapó su boca al tiempo que la hacía rodar hacia un lado y la tumbaba de espaldas. Se deslizó sobre su cuerpo palpitante.

—Ahora —le susurró junto a la boca—, te voy a demostrar lo que una mujer siente cuando está con su hombre. Te haré temblar de deseo y luego lo satisfaré. Voy a darte tanto placer que la idea de que las manos de otro hombre puedan llegar a tocarte te parecerá inconcebible...

—¡Cannon! —gimió mientras sus manos la tocaban de un modo desconocido para ella hasta entonces. El cuerpo de Cannon encendía el suyo como si fuera de madera seca, levantando chispas que la hacían arder.

—Bésame así —susurró él y su lengua la atrapó en un ritmo sensual mientras retiraba las prendas que todavía se interponían entre ambos.

Ella notó el repentino contacto de su carne desnuda como quien recibe una descarga de alto voltaje. Abrió mucho los ojos y lo miró a través de la nebulosa de placer que la envolvía.

—Esto es sólo el principio —aseguró Cannon. Sus manos la levantaron, la acariciaron... y sonrió ante la reacción que leyó en la cara de Margie, en sus empañados ojos verdes—. Así será el resto de nuestras vidas. Déjame enseñarte.

Ella retuvo la respiración y trató de decirle cuánto lo quería y que lo querría siempre, pero una oleada de placer la atravesó, y lo único que pudo hacer fue agarrarlo, gritar y temblar como una cuerda que vibra mientras él le enseñaba cómo complacerlo a su vez. Ella gimió con desenfreno, con urgencia, y oyó su propia voz como si fuera un eco del placer que su cuerpo estaba sintiendo, un placer plateado y exquisitamente dulce.

—Esto es el amor —susurró Cannon junto a su boca, y fueron las últimas palabras que penetraron en su mente antes de que su cuerpo se viera atrapado en un huracán de sensaciones, un frenesí que la hacía tensarse y luego se encrespaba, fuera de control.

Ella gritó con voz ronca y lo abrazó para pegar su cuerpo al de Cannon tanto como fuera posible, y fue como si se extraviara en él por completo. Se volvieron uno solo, de un modo que muchas veces había leído pero no había creído que fuera posible hasta ese momento. Y era amor. Total. Absoluto.

—No lo sabía —susurró temblando entre sus brazos.

Él depositaba besos tiernos y delicados en su frente, sus párpados cerrados, sus pómulos, sus labios hinchados. El desenfrenado palpar de sus corazones comenzó a calmarse poco a poco, y él seguía abrazándola con ternura, como si fuera un tesoro.

—Yo tampoco, preciosa —susurró junto a su boca. Vio cómo ella abría los ojos y la mirada que intercambiaron fue tan íntima como el contacto entre sus cuerpos saciados—, porque nunca había estado enamorado. Hasta ahora.

Margie le tocó la cara, maravillada, y él cerró los ojos para disfrutar de la caricia más intensamente.

—Te quiero —murmuró ella, y esas palabras fueron más sentidas que nunca—. Con todo mi corazón. En cuerpo y alma. Y

quiero que tengamos muchos hijos.

Él abrió los ojos. Le retiró el pelo de los lados de la cara y los dedos le temblaron.

—Nunca pensé que pudiera amar de esta manera —confesó—. Te necesito tanto como respirar, ¿lo sabes?

—Es recíproco, cariño —replicó ella, y consiguió esbozar una temblorosa sonrisa—. Quiero dártelo todo.

—Ya lo has hecho —le recordó él y una sonrisa suavizó su cara y su voz—. Y me imagino que esperarás que me porte como un caballero y me case contigo.

—¿Y arruinar una relación tan bonita? —dijo espantada. Él la señaló con la nariz y levantó una ceja.

—Sé que le gusta ser independiente, señora Novelista Famosa —dijo—, pero si no accedes a casarte conmigo ahora mismo, te llevaré abajo y anunciaré en ese salón lleno de invitados que estás embarazada.

—¡Cannon! —exclamó ella horrorizada—. ¡No serás capaz!

—Ponme a prueba —desafió él—. Dios mío, eres un cúmulo de contradicciones. ¿Cuántos de tus lectores saben que tienes una mentalidad tan victoriana? A mí no me importaría contarlo todo. Tú, en cambio, te pones colorada sólo de pensarlo.

Margie se rió avergonzada.

—Y a ti te pasa al revés —señaló—. Ay, Cannon, los de la junta directiva se van a quedar de piedra, ¿no te das cuenta?

—Al cuerno con la junta directiva, ¿vas a casarte conmigo o no? —murmuró cubriéndola de besos—. Piensa lo perpleja que se quedaría mi madre si le digo que a lo mejor estás embarazada... Y la verdad es que quizá lo estés ya —susurró en su boca y apoyó una mano en su vientre.

—Un poco impaciente, ¿no? —bromeó pero la idea la hacía estremecerse de emoción.

—El mes que viene cumpliré cuarenta —murmuró él—. ¿En serio te parece un poco prematuro? Si es así, puedo...

—No, no me parece prematuro —respondió y lo hizo callar con un beso—. Yo también quiero formar una familia. Y tengo un traje de cristianar de mi abuela...

—Los Van Dyne también tenemos uno —replicó él. Y sonrió—. Quiero diez.

—¿Diez? ¡Ay! —exclamó cuando las manos de Cannon se movieron.

—Podemos regatear —se rió con ganas—. ¿Cuántos quieres?

La magia volvía a tener efecto sobre ella.

—Diez —dijo riéndose—. Doce, quince... Los que quieras, pero bésame.

Él sonrió con aire triunfante y su boca se posó amorosamente en la de Margie.

Los invitados acababan de dar cuenta de la ensalada y se estaba sirviendo el primer plato cuando Cannon y Margie aparecieron en el comedor, tomados de la mano y agradecidos porque nadie hubiera advertido su llegada.

Victorine se levantó y fue hacia ellos.

—Ya era hora —les espetó y luego sonrió—. Pero miraos un poco, por favor...

—Fue sugerencia tuya —le recordó Cannon con una sonrisa cómplice.

—Estáis más despeinados que antes —replicó su madre—. Sólo os perdonaré si decís la palabra mágica.

Él alzó una de sus espesas cejas.

—¿Boda? —sugirió concisamente. La anciana resplandeció y abrazó a Margie con verdadero cariño.

—Te dije que mis hijos eran sensatos —se rió—. Cannon es capaz de reconocer lo bueno cuando lo tiene delante.

—Bah, no se trata de eso —le confesó Margie con una mirada pícaro dirigida a Cannon—. Es que ha cedido a mis encantos y ahora tendré que casarme con él.

Victorine frunció los labios mientras miraba a su hijo.

—¿No te da vergüenza? —preguntó—. ¡Pensará que eres un hombre fácil!

Él se echó a reír y rodeó a su madre con un brazo y a Margie con el otro.

—¿Pensarlo? Ya lo sabe —sonrió a Margie y le guiñó un ojo—. ¡Vamos a comer, estoy muerto de hambre!



DIANA PALMER (E.E.U.U., 1946) - Nacida Susan Spaethfue Kyle, es periodista y tiene más de 16 años de experiencia en publicaciones tanto diarias como semanales. En 1979 comenzó a publicar novelas románticas y ahora trabaja para tres editoriales de Nueva York: MIRA, Silhouette Books (historias contemporáneas) y Fawcett Books (narraciones históricas). Ha escrito más de 95 libros que han sido traducidos y publicados por todo el mundo. Entre los galardones que ha recibido destacan siete premios Waldenbooks, cuatro premios B. Dalton, dos Bookrak, todos ellos por sus ventas nacionales, un Lifetime Achievement Award de la revista Romantic Times Magazine, varios premios Affaire de Coeur y dos premios RWA.